EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE



TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE POR EL Dr J. C. MARDRUS

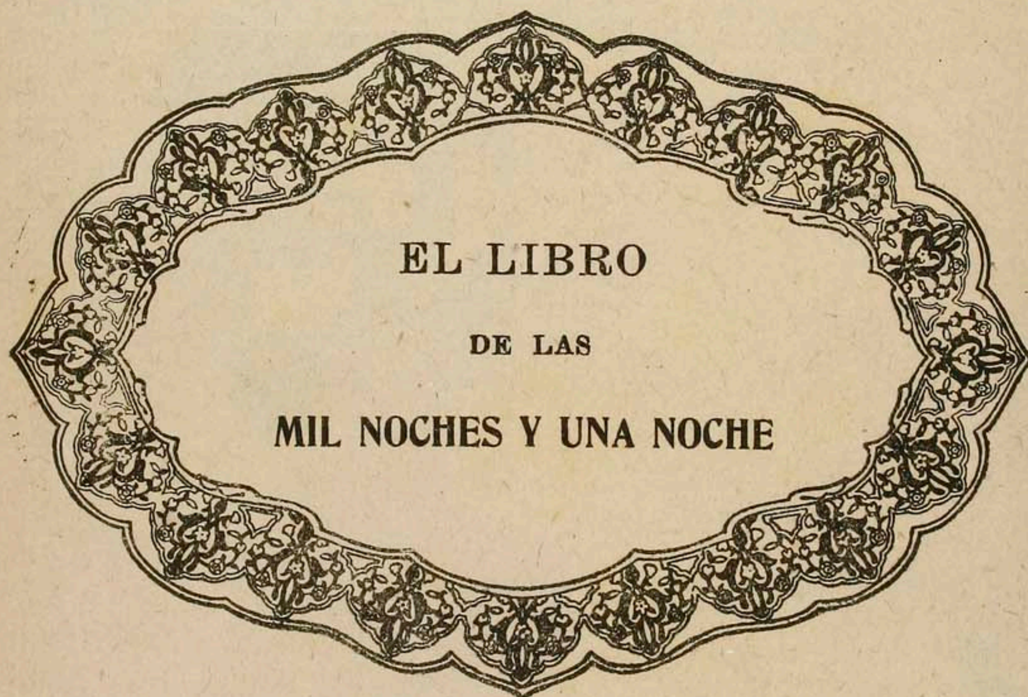
VERSIÓN ESPAÑOLA DE • V. BLASCO IBAÑEZ •

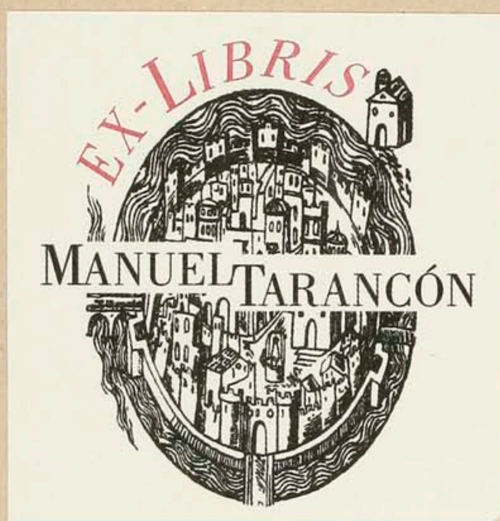
PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

EDITORIAL PROMETEO VALENCIA

LIBROS CÉLEBRES
ESPAÑOLES
Y EXTRANJEROS

Director literario: V. Blasco Ibáñez


EL LIBRO
DE LAS
MIL NOCHES Y UNA NOCHE


EX-LIBRIS
MANUEL TARANCÓN



EL LIBRO
DE LAS
MIL NOCHES Y UNA NOCHE

TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE POR EL

Doctor J. C. MARDRUS

Versión española de VICENTE BLASCO IBAÑEZ

PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

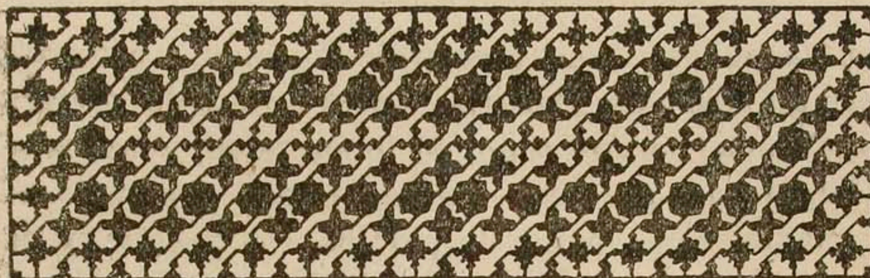
TOMO DÉCIMO

El parterre florido del ingenio y el jardín de la galantería *(Continuación)*.—**El falso califa.—Historia de Rosa-en-el-Cáliz y de Delicia-del-Mundo.—Historia mágica del caballo de ébano.—Historia de los artificios de Dalila la Taimada y de su hija Zeinab la Embustera con Ahmad-la-Tiña. Hassán-la-Peste y Alí Azogue.**

PROMETEO

SOCIEDAD EDITORIAL

Germanías, 33.—VALENCIA



EL PARTERRE FLORIDO DEL INGENIO Y EL JARDIN DE LA GALANTERIA

(CONTINUACIÓN)



¿Macho ó hembra?



Entre diversas anécdotas del gran Khosrú, rey de Persia, cuentan que este rey era muy aficionado al pescado. Un día en que estaba sentado en su terraza, con su esposa la bella Schirin, llegó un pescador que le llevaba como presente un pez de tamaño y hermosura extraordinarios. Maravillado quedó el rey con aquel presente, y ordenó que dieran al pescador cuatro mil dracmas. Pero la bella Schirin, que jamás aprobaba la generosa prodigalidad del rey, esperó á que el pescador se fuera, y dijo: «No conviene ser pródigo hasta el

punto de dar á un pescador cuatro mil dracmas por un solo pez. Deberías hacer que te devolviera esa suma, porque si no, en lo sucesivo, cuantos te traigan un presente regularán sus pretensiones tomando como punto de partida ese precio; ¡y no podrás entonces complacerles!» El rey Khosrú contestó: «¡Pero sería indigno de un rey admitir de nuevo lo que dió! ¡Olvidemos, pues, lo pasado!» Pero Schirin contestó: «¡No, no es posible dejar así la cosa! Hay un medio de recuperar la suma sin que el pescador ni nadie tenga nada que decir. No tienes mas que hacer venir otra vez al pescador y preguntarle: «¿Es macho ó hembra el pez que me has traído?» Si te contesta que es macho, se lo devuelves, diciendo: «¡Lo que yo quiero es una hembra!»; y si te dice que es hembra, se lo devuelves también, diciendo: «¡Lo que yo quiero es un macho!»

El rey Khosrú, que amaba con un amor extremado á la bella Schirin, no quiso contrariarla, y aunque á disgusto, se apresuró á hacer lo que le aconsejaba ella. Pero el pescador era un hombre dotado precisamente de un ingenio muy fino, y cuando Khosrú, después de llamarle, le preguntó: «¿Es macho ó hembra el pez?», besó la tierra y contestó: «¡Ese pez ¡oh rey! es hermafrodita!»

Al oir estas palabras, Khosrú se sintió satisfecho y se echó á reir; luego ordenó á su intendente que diera al pescador ocho mil dracmas en lugar de cuatro mil. El pescador se fué con el intenden-

te, que le contó los ocho mil dracmas, y los puso en el saco que le había servido para llevar el pez, y salió.

Cuando pasaba por el patio de palacio, dejó caer del saco inadvertidamente un dracma de plata. En seguida se apresuró á poner su saco en el suelo, buscando aquel dracma y recogiéndolo con verdadera satisfacción.

Y he aquí que Khosrú y Schirin le observaban desde la terraza y vieron lo que acababa de ocurrir. Entonces, aprovechando la ocasión que se le presentaba, exclamó Schirin...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 382.ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces, aprovechando la ocasión que se le presentaba, exclamó Schirin: «¡Mira el pescador! ¡Qué ignominia la suya! ¡Se le cae un dracma, y en vez de dejarlo para que se lo lleve algún pobre, es tan vil que lo recoge á despecho del menesteroso!» Estas palabras impresionaron mucho á Khosrú, que hizo llamar de nuevo al pescador, y le dijo:

«¡Oh ser abyecto! ¡Parece mentira que seas un hombre con alma tan pequeña! ¡Te pierde esa avaricia que te impulsa á dejar un saco lleno de oro por recoger un solo dracma que ha caído para suerte del menesteroso!»

Entonces el pescador besó la tierra y contestó: «¡Alah prolongue la vida del rey! ¡Si recogí ese dracma, no es porque me seduzca su importe, sino porque tiene otro gran valor á mis ojos! ¿No lleva, en efecto, sobre una de sus caras la imagen del rey y su nombre sobre la otra? No he querido dejarlo expuesto á que, por inadvertencia, lo pisaran los pies de alguno. ¡Y me apresuré á recogerlo, siguiendo así el ejemplo del rey que me sacó del polvo, aunque apenas valgo lo que un dracma!»

Tanto gustó esta respuesta al rey Khosrú, que hizo que dieran cuatro mil dracmas más al pescador, y ordenó á los pregoneros públicos que gritaran por todo el Imperio: «No hay que dejarse guiar nunca por el consejo de las mujeres. ¡Porque quien las escucha comete dos faltas cuando quiere evitar la mitad de una!»

Al oir esta anécdota, dijo el rey Schahriar: «Apruebo completamente la conducta de Khosrú y su desconfianza con respecto á las mujeres. ¡Ellas son la causa de muchas calamidades!» Pero ya decía Schahrazada, sonriendo:



El reparto



Una noche, el califa Harún Al-Rachid se quejaba de insomnios ante su visir Giafar y su porta-alfanje Massrur, cuando de pronto soltó Massrur una carcajada. El califa le miró frunciendo las cejas, y le dijo: «¿De qué te ríes así? ¿Es que estás loco ó es que te burlas?» Massrur contestó: «¡No, por Alah, ¡oh Emir de los Creyentes! te juro por el parentesco que te une al Profeta que mi risa no obedece á ninguna de esas causas, sino sencillamente á que me he acordado de las buenas ocurrencias de un tal Ibn Al-Karabí, alrededor del cual hacían corro ayer en el Tigris para escucharle.» El califa dijo: «En tal caso, ve en seguida á buscar á ese Ibn Al-Karabí. ¡Acaso consiga dilatarme un poco el pecho!»

Al punto corrió Massrur en busca del chistoso Ibn Al-Karabí, y habiéndole encontrado, le dijo: «Le hablé de ti al califa, y me ha enviado á buscarte para que le hagas reir.» El otro contestó: «Escucho y obedezco.» Massrur añadió entonces: «¡Sí, te conduzco muy gustoso á presencia del califa; pero ha de ser con la condición de que desde luego

me darás las tres cuartas partes de lo que el califa te regale como remuneración!» Ibn Al-Karabí dijo: «¡Eso es demasiado! Te daré dos terceras partes por tu corretaje. ¡Creo que es bastante!» Después de algunas dificultades respecto al pago, Massrur acabó por aceptar el convenio, y condujo al hombre á presencia del califa.

Al verle entrar, le dijo Al-Rachid: «Parece ser que tienes ocurrencias muy divertidas. ¡Á ver cómo las hilvanas! ¡Pero has de saber que si no consigues hacerme reir te espera una paliza!»

El resultado de esta amenaza fué helar completamente el ingenio de Ibn Al-Karabí, que no supo encontrar entonces mas que banalidades de efecto desastroso; porque, en vez de reir, Al-Rachid sentía aumentar su irritación, y exclamó por último: «¡Que le administren cien bastonazos en las plantas de los pies, para desviar la sangre que le obstruye el cerebro!» Al punto acostaron al hombre y le fueron administrando por cuenta bastonazos en las plantas de los pies. De repente, cuando pasaron del número treinta, exclamó el hombre: «¡Que remuneren ahora á Massrur con las dos terceras partes que quedan de bastonazos, porque así lo hemos convenido entre nosotros!» Entonces, á una señal del califa, se apoderaron de Massrur los guardias, le acostaron y comenzaron á hacerle sentir en las plantas de los pies el compás del bastón. Pero, á los primeros golpes, exclamó Massrur: «¡Por Alah, que me contento muy gustoso con la

tercera parte, y aun con la cuarta, y le cedo todo lo demás!»

Al oir estas palabras, el califa se echó á reir de tal manera, que se cayó de trasero, é hizo que á cada uno de los dos pacientes le dieran mil dinares.

Luego no quiso Schahrazada dejar transcurrir la noche sin contar la siguiente anécdota:



El maestro de escuela



Una vez, un hombre cuyo oficio consistía en vagabundear y vivir á costa de los demás, tuvo la idea de hacerse maestro de escuela, aunque no sabía leer ni escribir, porque aquel era el único oficio capaz de permitirle ganar dinero sin tener que hacer nada; porque es notorio que se puede ser maestro de escuela é ignorar completamente las reglas y rudimentos de la lengua; basta con ser un taimado que haga creer á los demás que es un gran gramático; y ya se sabe que el gramático sabio es, por lo general, un pobre hombre de ingenio corto, mezquino, humillante, incompleto é impotente. Así, pues, nuestro vagabundo se erigió en maestro de escuela sin necesitar mas que aumentar el número de vueltas y el volumen de su tur-

bante, y de esta guisa abrió al final de una callejuela una sala que decoró con muestras de escritura y otras cosas semejantes, y esperó allá á que llegasen los clientes.

Y he aquí que al ver un turbante tan imponente, los vecinos del barrio no dudaron por un instante de la ciencia de su convecino, y se apresuraron á enviarle sus hijos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 383.ª NOCHE

Ella dijo:

...y se apresuraron á enviarle sus hijos.

Pero como no sabía leer ni escribir, se valió él de un medio muy ingenioso para salir del compromiso; consistía este medio en hacer que los chicos que sabían leer y escribir un poco dieran la lección á los que no sabían nada absolutamente, en tanto que él hacía como que vigilaba, aprobando y desaprobando. De este modo prosperó la escuela, y los negocios del maestro iban viento en popa.

Un día que estaba con su varita en la mano y lanzaba miradas terribles á los pobres niños, cohibidos por el espanto, entró en la sala una mujer

llevando en la mano una carta, y se dirigió al maestro para rogarle que se la leyese, lo cual es muy corriente en las mujeres que no saben leer. Al verla, el maestro de escuela no supo qué hacer para evitar semejante prueba, y de pronto se levantó muy presuroso para salir. Pero la mujer le detuvo, suplicándole que antes de salir le leyera la carta. Él contestó: «¡No puedo esperar más, porque el muecín acaba de anunciar la plegaria del mediodía y tengo que ir á la mezquita!» Pero la mujer no le dejó, y le dijo: «¡Por Alah sobre ti! ¡Acaba de llegarme esta carta de mi esposo, que está ausente desde hace cinco años, y sólo tú en el barrio puede leérmela!» Y le obligó á coger la carta.

El maestro de escuela se vió obligado entonces á coger la carta; pero la había puesto invertida, y en vista del apuro en que se encontraba, empezó á fruncir las cejas, mirando la escritura, y á golpearse la frente y á quitarse el turbante, sudando de angustia.

Al ver aquello, pensó la pobre mujer: «¡No cabe duda! ¡cuando el maestro de escuela se pone tan agitado, debe estar leyendo malas noticias! ¡Qué calamidad! ¡tal vez haya muerto mi esposo!» Luego, llena de ansiedad, preguntó al maestro de escuela: «¡Por favor, no me ocultes nada! ¿Ha muerto?» Por toda respuesta, levantó él la cabeza con un gesto vago y guardó silencio. Ella exclamó entonces: «¡Qué calamidad ha caído sobre mi cabe-

za! ¿Debo desgarrarme los vestidos?» Él contestó: «¡Desgárratelos!» Ella preguntó, en el límite de la ansiedad: «¿Debo abofetearme y arañarme las mejillas?» Él contestó: «Abofetéate y aráñate!»

Al oir estas palabras, la pobre mujer, enloquecida, salió de la escuela y corrió á su casa, llenándola con sus gritos de dolor. Entonces acudieron á ella todos los vecinos, y se pusieron á consolarla; mas en vano. En aquel momento entró uno de los parientes de la desdichada, vió la carta, y cuando la leyó, dijo á la mujer: «¿Pero quién ha podido anunciarte la muerte de tu esposo? En la carta no se habla de semejante cosa. Mira lo que dice: «Después de las zalemas y los votos, ¡oh hija de mi tío! continúo gozando de una salud excelente, y espero estar de vuelta á tu lado dentro de quince días. Pero antes, para probarte mi solicitud, te enviaré una tela de lino envuelta en una manta. ¡Uassalam!»

La mujer cogió entonces la carta y volvió á la escuela para reprochar al maestro que la hubiese engañado de aquel modo. Le encontró sentado á la puerta, y le dijo: «¿No es para ti una vergüenza engañar de esta manera á una pobre mujer anunciándola la muerte de su esposo, cuando en la carta se dice que mi esposo ha de volver muy pronto y que me envía de antemano una tela y una manta?» Al oir estas palabras, contestó el maestro de escuela: «Ciertamente ¡oh pobre mujer! que tienes razón para reprocharme. Pero perdóname, pues

en el momento en que yo tenía tu carta entre las manos estaba muy preocupado, ¡y al leer un poco de prisa y de cualquier modo, creí que la tela y la manta eran un recuerdo que te enviaban por haber pertenecido á tu esposo muerto!»

Luego dijo Schahrazada:



La inscripción de una camisa



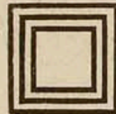
Cuentan que habiendo ido un día El-Amín, hermano del califa El-Mamún, de visita á casa de su tío El-Mahdí, vió á una esclava muy bella que tocaba el laúd, y quedó enamorado de ella al punto. Como El-Mahdí no tardó en notar la impresión que la esclava había producido en su sobrino, con objeto de darle una sorpresa agradable esperó á que se marchase para enviarle la esclava con alhajas y ricos trajes. Pero á El-Amín le pareció que ya su tío habría gustado las primicias de la joven y se la daba desflorada, porque sabía que su tío era excesivamente aficionado á la fruta verde aún. No quiso, pues, aceptar la esclava, y se la devolvió con una carta en que le decía que una manzana mordida por el jardinero antes de madurar, no endulzará nunca la boca del comprador.

Entonces El-Mahdí hizo desnudarse por completo á la joven, la puso en la mano un laúd, y se la envió de nuevo á El-Amín vestida solamente con una camisa de seda, en la cual aparecía esta inscripción con letras de oro:

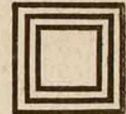
¡El botín oculto en la sombra de mis pliegues está virgen de todo tocamiento!
¡Sólo lo ha examinado la mirada para admirar sus perfecciones!

Al ver los encantos de la esclava vestida con aquella camisa tan gentil, y al leer la inscripción, El-Amín no tuvo ya motivo para rehusar, y aceptó el regalo, honrándolo particularmente.

Aquella noche todavía dijo Schahrazada:



La inscripción de una copa



El califa El-Motawakkel cayó un día enfermo, y su médico Yahia le recetó remedios tan excelentes, que se disipó la enfermedad y sobrevino la convalecencia. Entonces afluyeron á él de todas partes regalos de felicitación. Y he aquí que, entre otros obsequios, el califa recibió de Ibn-Khakán,

como presente, una joven intacta, cuyos senos desafiaban por su hermosa forma á los senos de todas las mujeres de su época. Al propio tiempo que su belleza, la joven llevaba para el califa, al presentarse á él, una botella de cristal llena de un vino selecto. Tenía en una mano la botella y en la otra mano una copa de oro, sobre la cual aparecía grabada en rubíes esta inscripción...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 384.ª NOCHE

Ella dijo:

...Tenía en una mano la botella y en la otra mano una copa de oro, sobre la cual aparecía grabada en rubíes esta inscripción:

¿Qué filtro ó qué teriaca, qué bálsamo ó qué díctamo vale lo que este licor purpúreo, de sabor exquisito, remedio universal para los males del cuerpo y para el fastidio?

Y he aquí que el sabio médico Yahia encontrábase en aquel momento junto al califa, y al leer esta inscripción se echó á reir, y dijo al califa:

«¡Por Alah, ¡oh Emir de los Creyentes! esta joven y la medicina que te trae te harán recuperar las fuerzas mejor que todos los remedios antiguos y modernos!»

Luego, sin interrumpirse, comenzó inmediatamente Schahrazada la siguiente anécdota:



El califa en el cesto



Esta historia nos la transmitió el famoso cantor Ishak de Mossul. Dice:

«Una noche había yo salido tarde de un festín en el palacio del califa El-Mamún, y como estaba muy molesto á causa de una retención de orina que padecía, me metí por una callejuela en la que no se veía luz, me acerqué á una tapia, aunque no me puse tan cerca de ella como para que me salpicaran mis propios orines, me agaché cómodamente y sentí un gran alivio meando cuanto pude. Apenas acabé y me sacudí, noté que en medio de la obscuridad me caía una cosa encima de la cabeza. Salté sobre mis piernas, muy sorprendido en verdad; atrapé el objeto, y después de palparlo por todos lados, observé con verdadero asombro que era un cesto grande atado por sus cuatro asas con

una cuerda que pendía de la casa ante la cual me hallaba yo. Lo palpé más aún, y encontré que por dentro estaba forrado de seda y tenía dos cojines que olían bien.

Como había yo bebido un poco más que de costumbre, mi espíritu enervado me impulsó á sentarme en aquel cesto que me invitaba al reposo. No pude resistir á la tentación, y me senté en el cesto, y antes de que tuviera tiempo de echar pie á tierra, me vi elevado rápidamente hasta la terraza, donde me cogieron sin decir una palabra cuatro jóvenes, que me llevaron á la casa y me invitaron á seguirlas. Una de ellas echó á andar delante de mí con una antorcha en la mano, y las otras tres se mantuvieron detrás de mí, é hiciéronme bajar por una escalera de mármol y entrar en una sala de una magnificencia comparable á la del palacio del califa. Y pensé para mi ánima: «¡Me deben tomar por otro á quien hayan dado cita esta noche! ¡Alah arreglará la situación!»

Estando yo aún en aquella perplejidad, se alzó un cortinaje de seda que ocultaba una parte de la sala, y vi á diez jóvenes arrebatadoras, de talle frágil y andares exquisitos, llevando antorchas unas y las otras pebeteros de oro, donde ardían nardo y áloe de la mejor calidad. En medio de ellas avanzaba como una luna otra joven que hubiera dado celos á las estrellas todas. Se balanceaba al andar y miraba graciosamente de soslayo, levantando las almas más pesadas. Y he aquí que al

verla salté sobre ambos pies y me incliné hasta el suelo ante ella. Y me miró sonriendo, y me dijo: «¡Bien venido sea el visitante!» Luego se sentó y añadió con una voz encantadora: «¡Descansa, señor!» Me senté, disipada ya la borrachera del vino, pero presa de otra embriaguez más fuerte. Entonces me dijo ella: «¿Y cómo se te ha ocurrido venir á nuestra casa y sentarte en el cesto?» Contesté: «¡Oh mi señora! es la molestia que me ocasionaba mi mal de orina la que solamente me ha impulsado á venir á esta calle; luego el vino me hizo sentarme en el cesto, y ahora es tu generosidad quien me introduce en esta sala, donde tus encantos reemplazaron en mi cerebro la borrachera con otra clase de embriaguez.»

Al oir estas palabras, la joven pareció muy satisfecha, y me preguntó: «¿Qué oficio tienes?» Me guardé bien de decirle que era cantor y músico del califa, y le contesté: «¡Soy tejedor del zoco de los tejedores de Bagdad!» Ella me dijo: «Pues tus maneras son exquisitas y honran al zoco de los tejedores. ¡Si á ellas unes el conocimiento de la poesía, no tendremos que arrepentirnos de haberte recibido entre nosotras! ¿Sabes versos?» Contesté: «¡Uno que otro!» Dijo ella: «¡Recítanos algunos, entonces!» Contesté: «¡Oh mi señora! siempre está el visitante un poco sobrecogido por el recibimiento que se le hace. ¡Aliéntame, pues, empezando tú la primera por recitarnos algunas poesías de tu agrado!» Ella me contestó: «¡Con mucho gusto!» Y al

punto me recitó admirables poemas escogidos de los poetas más antiguos, como Amri'lkais, Zohair, Antara, Nabigha, Amrú ben-Kalthum, Tharafa y Chanfara, y de los poetas más modernos, como Abu-Nowas, El-Rakaschi, Abu-Mossab y los demás. Y estaba yo tan maravillado de su dicción como deslumbrado por su hermosura. Luego me dijo: «¡Creo que ya se te habrá pasado la emoción!» Dije: «¡Sí, por Alah!» Y á mi vez escogí entre los versos que conocía los más delicados, y se los recité con mucho sentimiento. Cuando terminé, me dijo ella: «¡Por Alah, que no sabía que hubiese individuos tan exquisitos en el zoco de los tejedores...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 385.ª NOCHE

Ella dijo:

»...individuos tan exquisitos en el zoco de los tejedores!»

Tras de lo cual sirvieron un festín, en el que no se escatimaron las frutas ni las flores; y ella misma me ofrecía los mejores bocados. Luego, cuando levantaron el mantel, trajeron las bebidas y las co-

pas, y ella misma me echó de beber, y me dijo: «He aquí el momento mejor de la conversación. ¿Sabes historias bonitas?» Me incliné y en seguida le conté una porción de detalles divertidos acerca de los reyes, de su corte y de sus maneras, hasta el punto de que me interrumpió de pronto ella para decirme: «¡En verdad que estoy sorprendida prodigiosamente de ver á un tejedor tan al corriente de las costumbres de los reyes!» Contesté: «¡Pues no tiene nada de particular, porque un vecino mío, que es un hombre delicioso, tiene entrada en el palacio del califa, y en sus momentos de ocio se complace en afinarme el ingenio con sus propios conocimientos!» Ella me dijo: «¡En ese caso, no admiro menos la firmeza de tu memoria, que con tanta exactitud retiene detalles tan precisos!»

¡Eso fué todo! Y aspirando los perfumes de nardo y áloe que aromaban la sala, y contemplando aquella belleza y escuchando cómo me hablaba con los ojos y los labios, me sentía yo en el límite del entusiasmo, y pensaba para mi ánima: «¿Qué haría el califa si estuviese aquí en mi caso? ¡Seguramente que no sería ya dueño de sí y estallaría de amor!»

La joven me dijo después: «En verdad, eres un hombre excesivamente distinguido; adornan tu espíritu conocimientos muy interesantes y tus maneras son en extremo refinadas. ¡Ya no me queda mas que una cosa que pedirte!» Contesté: «¡Sobre mi cabeza y sobre mis ojos!» Ella dijo: «¡Deseo

oirte cantar algunos versos acompañándote con el laúd!» Pero á mí, como músico de profesión, no me agradaba cantar yo mismo; así es que contesté: «En otro tiempo cultivé el arte del canto; pero, como no llegué á obtener un resultado apetecible, preferí abandonarlo. Bien quisiera ejecutar algo; pero me sirve de excusa mi ignorancia. En cuanto á ti, ¡oh señora mía! todo me indica que debes tener una voz perfectamente hermosa. ¿Por qué no nos cantas algo, para hacernos la noche más deliciosa aún?»

Hizo ella entonces que le llevaran un laúd, y cantó. Y en mi vida hube de oir timbre de voz más lleno, más grave y más perfecto, unido á una ciencia de los efectos tan consumada. Vió ella mi delectación, y me preguntó: «¿Sabes de quién son los versos y de quién la música?» Aunque lo había notado, contesté: «Lo ignoro por completo, ¡oh mi señora!» Ella exclamó: «¿Pero es posible que pueda ignorar este aire alguien en el mundo? ¡Sabe, pues, que los versos son de Abu-Nowas, y la música, que es admirable, es del gran músico Ishak de Mossul!» Yo contesté, sin descubrirme: «¡Por Alah! ¡Ishak no supone ya nada á tu lado!» Ella exclamó: «¡Bakh! ¡bakh! ¡en qué error estás! ¿Hay en el mundo alguien que pueda igualarse á Ishak? ¡Bien se ve que no le oiste nunca!» Luego siguió cantando más todavía, é interrumpíase para ver si no carecía yo de nada; y continuamos disfrutando de tal suerte hasta la aparición de la aurora.

Entonces, una vieja, que debía ser la nodriza de la joven, fué á prevenirla de que había llegado la hora de separarnos; y antes de retirarse, me dijo la joven: «¿Tendré que recomendarte discreción, ¡oh mi huésped!? ¡Las reuniones íntimas son como la prenda que se deja á la puerta antes de marchar!» Yo contesté, inclinándome: «¡No soy de quienes necesitan semejantes recomendaciones!» Y una vez que me despedí de ella, me metieron en el cesto y me bajaron á la calle.

Llegué á mi casa y recé la plegaria de la mañana, metiéndome luego en la cama, donde estuve durmiendo hasta la tarde. Cuando me desperté, me vestí de prisa y me presenté en el palacio; pero los chambelanes me dijeron que el califa había salido y dejó para mí recado de que esperara su regreso, porque tenía por la noche un festín y le era necesaria mi presencia para que cantase. Le esperé un buen rato; pero como el califa tardaba en volver, me dije que sería una locura faltar á una velada como la de la víspera, y corrí á la callejuela, donde encontré el cesto colgante. Me metí dentro, y ya arriba, me presenté á la dama.

Al verme, me dijo ella riendo: «¡Por Alah! ¡me parece que tienes intención de aposentarte entre nosotras!» Me incliné y contesté: «¿Y quién no lo anhelaría? Pero ya sabes ¡oh mi señora! que los derechos de hospitalidad duran tres días, y no estamos mas que en el segundo. ¡Si vuelvo después de pasado el tercero, podrás tomar mi sangre!»

Pasamos aquella noche muy agradablemente, charlando, contándonos historias, recitando versos y cantando, como la víspera. Pero en el momento de bajar dentro del cesto, pensé en la cólera del califa, y me dije: «No admitirá excusa ninguna, á no ser que le cuente la aventura. ¡Y no creerá la aventura, á no ser que la compruebe por sí mismo!» Me encaré entonces con la joven, y le dije: «¡Oh mi señora! ¡veo que te gustan el canto y las buenas voces! ¡Y he aquí que tengo un primo mucho más guapo de cara que yo, mucho más distinguído de modales, con mucho más talento que yo y que conoce mejor que nadie en el mundo los aires de Ishak de Mossul! ¿Quieres, pues, permitirme que le traiga conmigo mañana, que es el tercero y último día de tu hospitalidad encantadora?...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 386.ª NOCHE

Ella dijo:

»...el tercero y último día de tu hospitalidad encantadora?» Ella me contestó: «Ya empiezas á ser indiscreto. ¡Pero, puesto que tan agradable es tu

primo, puedes traérmele!» Le di las gracias y me fuí por el mismo camino que la víspera.

Al llegar á mi casa, encontré allí á los guardias del califa, que me abrumaron con injurias, se apoderaron de mí y me arrastraron á la presencia de El-Mamún. Le vi sentado en el trono como en sus peores días de cólera, con los ojos llameantes y terribles. Y apenas me divisó, exclamó: «¡Ah hijo de perro, osaste desobedecerme!» Yo le dije: «¡No, por Alah! ¡oh Emir de los Creyentes! ¡Puedo justificarme!» Dijo él: «¿Y cómo?» Yo contesté: «¡No te lo puedo decir mas que en secreto!» Ordenó al punto á todos los circunstantes que se retiraran, y me dijo: «¡Habla!» Entonces le conté la aventura con todos sus detalles, y añadí: «¡Y ahora la joven nos espera á los dos para esta noche, porque así se lo he prometido!»

Cuando oyó El-Mamún estas palabras, se serenó, y me dijo: «¡Cierto que es excelente la razón que alegas! ¡Y estuviste muy inspirado al pensar en mí para esta noche!» Y desde aquel instante ya no supo qué hacer para esperar con paciencia la llegada de la noche. Y le recomendé mucho que tuviese cuidado de no descubrirse y descubrirme llamándome por mi nombre delante de la joven. Me lo prometió formalmente, y en cuanto llegó el momento oportuno se disfrazó de mercader y me acompañó á la callejuela.

Encontramos en el sitio de costumbre dos cestos en lugar de uno, y cada cual nos colocamos en

uno de ellos. Subimos así, y ya en la terraza, bajamos á la magnífica sala consabida, donde fué á reunirse con nosotros la joven, más bella que nunca aquella noche.

Al verla, noté que el califa quedaba locamente prendado de ella. Pero cuando se puso á cantar, llegó él al delirio, tanto más cuanto que los vinos que nos servía la joven graciosamente nos habían ya turbado la razón. En su alegría y su entusiasmo, el califa olvidó de pronto la resolución tomada, y me dijo: «Bueno, Ishak, ¿á qué esperas para responderle con algún cántico basado en un aire nuevo de tu invención?» Entonces, muy azorado, me vi en la obligación de contestar: «¡Escucho y obedezco, oh Emir de los Creyentes!»

No bien hubo oído estas palabras la joven, nos contempló un instante y se levantó á toda prisa para cubrirse el rostro y desaparecer, como cumple á cualquier mujer que se halle en presencia del Emir de los Creyentes. Entonces, El-Mamún, un poco contrariado por la marcha de la joven á causa del olvido que tuvo él, me dijo: «¡Infórmate al instante de quién es el dueño de esta casa!» Entonces hice llamar á la vieja nodriza y se lo pregunté de parte del califa. Me contestó ella: «¡Qué calamidad cae sobre nosotros! ¡qué oprobio se cierne sobre nuestra cabeza! ¡Esa joven es la hija del visir Hassán ben-Sehl!» En seguida dijo El-Mamún: «¡Á mí el visir!» La vieja desapareció temblando, y algunos momentos después hacía su en-

trada entre las manos del califa el visir Hassán ben-Sehl en el límite de la estupefacción.

Al verle, se echó á reir El-Mamún, y le dijo: «¿Tienes una hija?» El otro contestó: «¡Sí! ¡oh Emir de los Creyentes!» El califa preguntó: «¿Cómo se llama?» El visir contestó: «¡Khadiga!» El califa preguntó: «¿Está casada ó es virgen?» El visir contestó: «Es virgen, ¡oh Emir de los Creyentes!» El califa dijo: «¡Quiero que me la des por esposa legítima!» El visir exclamó: «¡Mi hija y yo somos los esclavos del Emir de los Creyentes!» El califa dijo: «¡Le asigno cien mil dinares de dote, que tú mismo cobrarás del tesoro en palacio mañana por la mañana! ¡Y al propio tiempo harás conducir á tu hija á palacio, con toda la magnificencia adecuada á la ceremonia del matrimonio, y sortearás entre todas las personas del cortejo de la recién casada mil poblados y mil tierras de mis propiedades particulares, como regalo de mi parte!»

Tras de lo cual se levantó el califa, y le seguí. Salimos por la puerta principal aquella vez, y me dijo él: «Guárdate bien, Ishak, de hablar de la aventura á nadie. ¡Tu cabeza me responderá de tu discreción!»

Y guardé el secreto hasta la muerte del califa y de Sett Khadiga, que sin duda era la mujer más bella que han visto mis ojos entre las hijas de los hombres. ¡Pero Alah es más sabio!»

Cuando acabó Schahrazada de contar esta anécdota,

la pequeña Doniazada exclamó desde el sitio en que permanecía acurrucada: «¡Oh hermana mía, cuán dulces, y sabrosas, y gentiles son tus palabras!» Y Schahrazada sonrió, y dijo: «¿Pues qué será cuando oigas la anécdota del MONDONGUERO?» Y dijo en seguida:



El mondonguero



Cuentan que un día, en la Meca, en la época de la peregrinación anual, cuando la multitud compacta de los hadjs daba las siete vueltas alrededor de la Kaaba santa, se destacó del grupo un hombre, que se acercó á la pared de la Kaaba, y cogiendo con las dos manos el velo sagrado que cubría todo el edificio, se puso en actitud de orar, y exclamó con acento que le salía del fondo del corazón: «¡Haga Alah que de nuevo se enfade con su marido esa mujer, para que pueda yo acostarme con ella!»

Cuando los hadjs oyeron formular tan extraña plegaria en aquel lugar santo, se escandalizaron de tal manera, que se precipitaron sobre el hombre, lo arrojaron á tierra y lo molieron á golpes. Tras de lo cual lo arrastraron á presencia del emir elhadj, que tenía amplios poderes para ejercer su autoridad sobre todos los peregrinos, y le dijeron:

«Hemos oído á este hombre ¡oh emir! proferir palabras impías mientras tenía cogido el velo de la Kaaba.» Y le repitieron las palabras pronunciadas. Entonces dijo el emir el-hadj: «¡Que le cuelguen!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 387.ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces dijo el emir el-hadj: «¡Que le cuelguen!» Pero el hombre se echó á los pies del emir, y le dijo: «¡Oh emir! ¡por los méritos del Enviado de Alah (¡con él la plegaria y la paz!) te conjuro á que escuches mi historia, y luego harás de mí lo que juzgues equitativo hacer!» Accedió el emir con un signo de cabeza, y el condenado á la horca dijo:

«Has de saber ¡oh emir nuestro! que tengo por oficio recoger las inmundicias de las calles, y además limpio tripas de carnero, para venderlas y ganarme la vida. Pero he aquí que un día iba yo tranquilamente detrás de mi borrico, cargado con tripas sin vaciar aún, que acababa de sacar del matadero, cuando me encontré con una muchedumbre de personas asustadas que huían por todas

partes ó se ocultaban detrás de las puertas; y un poco más lejos vi unos esclavos armados con largas varas, para dispersar á su paso á todos los transeuntes. Me informé de lo que podría ser aquello, y me contestaron que iba á pasar el harem de un gran personaje, y era preciso que no hubiese por la calle ningún transeunte. Entonces, como sabía que me exponía á un verdadero peligro si me obstinaba en continuar mi camino, paré mi borrico y me metí con él en el rincón de una muralla, procurando que no me advirtieran y volviendo la cara al muro para no sentir tentación de mirar á las mujeres de aquel gran personaje. No tardé en oir que pasaba el harem, al cual no me atrevía á mirar, y ya pensaba en volverme y continuar mi camino, cuando me sentí cogido bruscamente por dos brazos de negro, y vi mi asno entre las manos de otro negro, que se alejó con él. Y aterrado volví la cabeza, y vi en la calle, mirándome todas, treinta jóvenes, en medio de las cuales se hallaba otra, comparable por sus miradas lánguidas á una gacela á quien la sed hiciese menos huraña, y por su talle frágil y elegante á la rama flexible del bambú. Y con las manos atadas á la espalda por el negro, me arrastraron á la fuerza los otros eunucos, á pesar de mis protestas y á pesar de los gritos y testimonios de todos los transeuntes que me vieron adosado al muro y que decían á mis raptores: «¡Pero si no ha hecho nada! ¡Es un pobre hombre que barre basuras y limpia tripas! ¡Es ilícito ante

Alah detener y maniatar á un inocente!» Pero sin querer escuchar nada, continuaron arrastrándome en pos del harem.

»En tanto, yo pensaba para mí: «¿Qué delito he podido cometer? Sin duda todo se debe al olor bastante desagradable de las tripas que ha herido el olfato de esa dama, la cual acaso esté encinta y haya sentido entonces algún trastorno interno. Creo que tal será el motivo, ó quizá también mi aspecto un tanto repugnante y mi traje roto, que deja ver las vergüenzas de mi persona. ¡No hay recurso mas que en Alah!»

»Siguieron, pues, arrastrándome los eunucos, entre las protestas de los transeuntes apiadados de mí, hasta que llegamos todos á la puerta de una casa grande, y me hicieron entrar en una antesala cuya magnificencia no sabría yo descubrir nunca. Y pensé en mi ánima: «He aquí el sitio que se reserva para mi suplicio. ¡Me matarán, y nadie de mi familia sabrá la causa de mi desaparición!» Y en aquellos instantes también pensé en mi pobre borrico, que era tan servicial y que jamás coceaba ni derribaba las tripas ó las banastas de basura. Pero pronto me sacó de mis aflictivos pensamientos la llegada de un guapo esclavito, que fué á rogarme dulcemente que le siguiera, y me condujo á un hammam, donde me recibieron tres hermosas esclavas, que me dijeron: «¡Date prisa á quitarte esos andrajos!» Así lo hice, y al punto me introdujeron ellas en la sala caldeada, en la cual me ba-

ñaron con sus propias manos, encargándose una de mi cabeza, otra de mis piernas, otra de mi vientre; me dieron masaje, me friccionaron, me perfumaron y me secaron. Tras de lo cual llevéronme ropas magníficas y me rogaron que me las pusiese. Pero yo estaba muy perplejo y no sabía por dónde cogerlas ni cómo ponérmelas, porque nunca en mi vida las había visto iguales; y dije á las jóvenes: «¡Por Alah, oh mis señoras! ¡creo que voy á seguir desnudo, pues jamás conseguiré yo solo vestirme con estas ropas tan extraordinarias!» Entonces se acercaron ellas á mí riendo, y me ayudaron á vestirme, haciéndome al mismo tiempo cosquillas, y pellizcándome, y tomando á peso mi mercancía, que encontraron enorme y de buena calidad...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 388.ª NOCHE

Ella dijo:

»...haciéndome al mismo tiempo cosquillas, y pellizcándome, y tomando á peso mi mercancía, que encontraron enorme y de buena calidad. Y en medio de ellas no sabía yo lo que iba á ser de mí,

cuando, después de vestirme y rociarme con agua de rosas, me cogieron del brazo, é igual que se conduce un recién casado, me guiaron á una sala amueblada con una elegancia que nunca sabrá describir mi lengua, y adornada de pinturas con líneas entrelazadas y coloreadas de un modo muy agradable. Y apenas entré allí, vi tendida perezosamente en un lecho de bambú y marfil, y vestida con un traje ligero de tela de Mossul, á la propia dama consabida, que estaba rodeada por algunas de sus esclavas. Al verme me llamó, haciéndome señas para que me acercara. Me acerqué, y me dijo que me sentase; me senté. Ordenó á las esclavas entonces que nos sirvieran la comida; y nos sirvieron manjares asombrosos, cuyo nombre no podré citar nunca, pues nunca en mi vida los vi semejantes. Comí de algunos platos para satisfacer mi hambre, y después me lavé las manos para comer frutas. Entonces trajeron las copas de bebidas y los pebeteros llenos de perfumes; y cuando nos perfumaron con vapores de incienso y benjuí, la dama me sirvió de beber con sus propias manos, y bebió conmigo en la misma copa, hasta que nos pusimos ebrios ambos. Entonces hizo una seña á sus esclavas, que desaparecieron todas y nos dejaron solos en la sala. Al punto ella me atrajo hacia sí y me cogió en sus brazos. Y la serví la confitura para que se endulzase, dándola los pedazos de fruta á la vez que el escarchado. Y cuando la oprimía contra mí, me sentía embriagado por el perfume

de almizcle y ámbar de su cuerpo, y creía soñar ó tener en mis brazos alguna hurí del paraíso.

»Así estuvimos enlazados hasta por la mañana; luego me dijo ella que había llegado el momento de que me retirara, pero no sin preguntarme dónde vivía; y cuando le di las indicaciones necesarias acerca del particular, me dijo que mandaría que me avisaran en el momento favorable, y me entregó un pañuelo bordado de oro y plata, en el cual había algo atado con varios nudos, diciéndome: «¡Para que compres un pienso á tu burro!» Y salí de su casa absolutamente en el mismo estado que si saliera del paraíso.

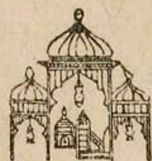
»Cuando llegué á la mondonguería donde tenía yo mi vivienda, desaté el pañuelo, diciéndome: «¡Tendrá cinco monedas de cobre, con las que al fin y al cabo habrá para comprar el almuerzo!» Pero ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrar cincuenta mitkales de oro! Me apresuré á hacer un agujero, enterrándolos allí, en previsión de días peores, y por dos monedas de cobre me compré un pan y una cebolla, con lo cual hice mi comida, sentado á la puerta de mi tripería y soñando con la aventura que me acaeció.

»A la caída de la tarde fué un esclavito á buscarme de parte de la que me amaba; y le seguí. Cuando llegué á la sala en que me esperaba ella, besé la tierra entre sus manos; pero me levantó ella en seguida y se echó conmigo en el lecho de bambú y de marfil, y me hizo pasar una noche tan

bendita, como la anterior. Y por la mañana me dió otro pañuelo, que tenía, como el de la víspera, cincuenta mitkales de oro. Y seguí viviendo de tal suerte durante ocho días enteros, disfrutando cada vez un festín de confitura seca por una parte y otro de confitura húmeda por otra, y cincuenta mitkales de oro para mí.

»Y he aquí que una noche me había presentado en su casa, y estaba ya en el lecho dispuesto á desempaquetar mi mercancía, como de costumbre, cuando de pronto entró una esclava, dijo algunas palabras al oído de su ama, y me arrastró vivamente fuera de la sala para llevarme al piso de encima, donde me encerró con llave, y se fué. Y al propio tiempo oí en la calle patear de caballos, y por la ventana que daba al patio vi entrar en la casa á un joven como la luna, acompañado por un séquito numeroso de guardias y de esclavos. Entró en la sala donde se hallaba la joven, y pasó con ella toda la noche, entre holgorios, asaltos y demás cosas parecidas. Y yo oía sus movimientos y podía contar con los dedos el número de clavos que sepultaban por el ruido asombroso que cada vez hacían. Y pensaba en mi ánima: «¡Por Alah! ¡han instalado en la cama una herrería, y debe estar muy caliente la barra de hierro para que suene de esa manera el yunque!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 389.ª NOCHE

Ella dijo:

»...debe estar muy caliente la barra de hierro para que suene de esa manera el yunque!»

»Por fin cesó el ruido á la mañana, y vi al joven del martillo retumbante salir por la puerta grande y marcharse seguido de su escolta. Apenas desapareció, cuando fué á buscarme la joven, y me dijo: «¿Viste al joven que acaba de partir?» Contesté: «¡Sí, por cierto!» Ella me dijo: «¡Es mi marido! ¡Pero voy á contarte en seguida lo que ha pasado entre nosotros y á explicarte el por qué hube de escogerte por amante! Has de saber que un día estaba yo sentada junto á él en el jardín, cuando me dejó de repente para desaparecer hacia la cocina. Primeramente creí que iba á satisfacer una necesidad apremiante; pero al cabo de una hora, como no le veía volver, fuí en busca suya adonde pensaba encontrarle, mas no estaba allí. Volví sobre mis pasos entonces, y me dirigí á la cocina, para preguntar por él á los criados. Y al entrar le vi acostado en la estera con la servidora más ordinaria, la que fregaba los platos. Al ver aquello, me retiré á toda prisa é hice juramento de no recibirle en mi lecho mientras no me hubiese

vengado de él entregándome á mi vez á un hombre de la condición más baja y del más repulsivo aspecto. Y al punto empecé á recorrer la ciudad en busca de aquel hombre. Y he aquí que hacía ya cuatro días que recorría las calles con tal propósito, cuando te encontré, y tu aspecto sucio y tu olor infecto me decidieron á escogerte como el hombre más repugnante entre todos los que había visto. Ahora ha pasado lo que ha pasado, y yo cumplí mi juramento al no reconciliarme con mi marido mas que después de haberme entregado á ti. ¡Ya puedes retirarte, por tanto, y ten la seguridad de que si mi marido volviera á acostarse con alguna de sus esclavas, no dejaría yo de hacer que te llamasen, para darle su merecido!» Y me despidió, regalándome cuatrocientos mitkales más como gratificación. ¡Me marché entonces, y vine aquí á implorar de Alah que incitara al marido á volver al lado de la sirviente, para que la mujer me llamase á su lado! Y tal es mi historia, ¡oh señor emir el-hadj!»

Y al oir estas frases, el emir el-hadj se encaró con los circunstantes, y les dijo: «¡Hay que perdonar sus palabras condenables á este hombre, porque le excusa su historia!»

Luego dijo Schahrazada:



La joven Frescura-de-los-Ojos



Amrú ben-Mosseda nos cuenta la anécdota siguiente:

«Un día, Abú-Issa, hijo de Harún Al-Rachid, vió en casa de su pariente Alí, hijo de Hescham, una esclava joven, llamada Frescura-de-los-Ojos, de la cual quedó violentamente prendado. Con el mayor cuidado procuró Abú-Issa ocultar el secreto de su amor y no participar á nadie los sentimientos que experimentaba; pero hizo cuanto pudo para decidir indirectamente á Alí á que le vendiera su esclava.

Al cabo de un largo transcurso de tiempo, comprendió que eran inútiles todos los trabajos encaminados á tal fin, y resolvió cambiar de plan. Fué en busca de su hermano el califa Al-Mamún, hijo de Al-Rachid, y le rogó que le acompañara al palacio de Alí, con objeto de darle una sorpresa con su visita. El califa aprobó la idea; hicieron preparar los caballos y se presentaron en el palacio de Alí, hijo de Hescham.

Cuando Alí les vió entrar, besó la tierra entre

las manos del califa, é hizo abrir la sala de los festines, en la cual les introdujo. Se encontraron en una sala hermosísima, cuyos pilares y muros eran de mármoles de diferentes colores, con incrustaciones de estilo griego, que trazaban dibujos muy agradables á la vista; y el piso de la sala estaba cubierto por una estera de Indias, sobre la que se extendía una alfombra de Bassra, de una pieza, que ocupaba toda la superficie de la sala á lo largo y á lo ancho. Y Al-Mamún se detuvo primero un instante para admirar el techo, las paredes y el suelo, y luego dijo: «Bueno, Alí, ¿á qué esperas para darnos de comer?» Al momento dió Alí una palmada, y entraron unos esclavos cargados con mil variedades de pollos, pichones y asados de todas clases, calientes y fríos; había también todo género de manjares líquidos y manjares sólidos, y especialmente mucha caza rellena con pasas y almendras, porque á Al-Mamún le gustaba de una manera extraordinaria la caza, principalmente rellena con pasas y almendras. Acabada la comida, llevaron un vino asombroso extraído de unas uvas escogidas grano á grano y cocido con frutas perfumadas y nueces aromáticas comestibles; y en copas de oro, de plata y de cristal lo sirvieron unos jóvenes como lunas, que iban vestidos con ligeras telas ondulantes de Alejandría adornadas con delicados bordados de plata y oro; al mismo tiempo que presentaban las copas á los comensales, aquellos jóvenes les rociaban con agua de

rosas almizclada, valiéndose de hisopos enriquecidos con pedrerías.

Tan encantado de todo aquello quedó el califa, que abrazó á su huésped, y le dijo: «¡Por Alah, oh Alí! ¡en adelante ya no te llamaré Alí, sino el Padre-de-la-Belleza!» Y Alí, hijo de Hescham, á quien desde entonces llamaron, efectivamente, Abul-Jamal, besó la mano del califa, y luego hizo una seña á su chambelán. En seguida se descorrió al fondo de la sala un cortinaje, y aparecieron diez jóvenes cantoras, vestidas de seda negra y hermosas como un pensil de flores. Se adelantaron y fueron á sentarse en unos sillones de oro que habían puesto en corro en la sala diez esclavos negros. Y preludiaron algo en instrumentos de cuerda, con una ciencia perfecta, cantando luego á coro una oda de amor. Entonces Al-Mamún miró á la que más le había emocionado de las diez, y le preguntó: «¿Cómo te llamas?» Ella contestó: «Me llamo Armonía, ¡oh Emir de los Creyentes!» Él dijo: «¡Sabes llevar muy bien el nombre, Armonía! ¡Deseo oirte cantar cualquier cosa!» Entonces Armonía templó su laúd y cantó:

¡Mi dulzura
tiene miedo de las miradas,
y mi corazón sensible
teme
á los ojos de los enemigos!
¡Pero cuando se acerca el amigo,

el placer
me hace estremecerme,
y toda derretida
me entrego á él!
¡Pero si se aleja,
tiemblo de emoción,
como la gacela
que pierde á su cría!

Al Mamún le dijo, encantado: «Triunfaste, ¡oh joven! ¿Y quién compuso esos versos?» Ella contestó: «Amrú Al-Zobaidi; y la música es de Mobed.» El califa vació la copa que tenía en la mano, y su hermano Abú-Issa y Abul-Jamal hicieron lo propio. Cuando ya dejaban las copas, entraron otras diez cantoras, vestidas de seda azul y ceñidas con cendales del Yamán bordados de oro; se acomodaron en los sitios de las diez primeras, que se marcharon entonces, y templando sus laúdes preludiaron un coro con notable maestría. A la sazón fijó sus miradas el califa en una de ellas, que era cual un cristal de roca, y le preguntó: «¿Cuál es tu nombre, ¡oh joven!?» Ella contestó: «Corza, ¡oh Emir de los Creyentes!» Él dijo: «¡Pues bien, Corza, cántanos cualquier cosa!» Entonces, la que se llamaba Corza templó su laúd y cantó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 390.ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces, la que se llamaba Corza templó su laúd y cantó:

¡Libres huríes y vírgenes,
nos reímos de las sospechas!
¡Somos las gacelas de la Meca,
á las que está prohibido espantar!
¡La gente soez
nos acusa de vicios
porque tenemos los ojos lánguidos
y porque es encantador nuestro lenguaje!
¡Hacemos ademanes indecentes
que obligan á desviarse
á los musulmanes piadosos!

A Al-Mamún le pareció deliciosa esta canción, y preguntó á la joven: «¿De quién es?» Ella contestó: «Los versos son de Jarir, y la música es de Ibn-Soraij.» Entonces, el califa y los otros dos vaciaron sus copas, mientras se retiraban las esclavas para ser reemplazadas al punto por otras diez cantoras, vestidas de seda escarlata, ceñidas con cendales escarlata, y mostrando suelto el cabello, que les

caía pesadamente por la espalda. Ataviadas con aquel color rojo, asemejábanse á un rubí de múltiples reflejos. Se sentaron en los sillones de oro y cantaron á coro, acompañándose cada cual con su laúd. Y Al-Mamún se encaró con la que brillaba más en medio de sus compañeras, y le preguntó: «¿Cómo te llamas?» Ella contestó: «Seducción, ¡oh Emir de los Creyentes!» Él dijo: «Entonces, ¡oh Seducción! date prisa á hacernos oir tu voz sola.» Y acompañándose con el laúd, Seducción cantó:

¡Los diamantes y los rubíes,
los brocados y las sedas,
importan poco á las bellas!
¡Sus ojos son de diamantes,
sus labios son de rubíes,
y de seda es lo demás!

Extremadamente encantado, preguntó el califa á la cantora: «¿De quién es ese poema, ¡oh Seducción!?» Ella contestó: «Es de Adi ben-Zeid; en cuanto á la música, es muy antigua, y se desconoce al autor.» Al-Mamún, su hermano Abu-Issa y Alí ben-Heschain vaciaron sus copas, y diez nuevas cantoras, vestidas de tisú de oro y con el talle oprimido por cinturones de oro resplandecientes de pedrerías, fueron á sentarse en los sillones y cantaron como las anteriores. Y el califa preguntó á la de cintura más fina: «¿Tu nombre?» Ella dijo: «Gota-de-Rocío, ¡oh Emir de los Creyentes!» Dijo él:

«¡Pues bien, Gota-de-Rocío, esperamos de ti algunos versos!» Y al punto cantó ella:

¡He bebido vino en su mejilla,
y se me huyó la razón!
¡Y vestida solamente
con mi camisa perfumada
de nardo y de aromas,
saldré á la calle
para dar fe de nuestros amores,
con mi camisa perfumada
de nardo y de aromas!

Al oir estos versos, exclamó Al-Mamún: «¡Ya Alah! ¡Triunfaste, ¡oh Gota-de-Rocío! ¡Repíteme los últimos versos!» Y pulsando las cuerdas de su laúd, Gota-de-Rocío los repitió en un tono más sentido:

¡Saldré á la calle
para dar fe de nuestros amores,
con mi camisa perfumada
de nardo y de aromas!

Y el califa le preguntó: «¿De quién son esos versos, ¡oh Gota-de-Rocío!?» Ella dijo: «De Abu-Nowas, ¡oh Emir de los Creyentes! y la música es de Ishak.»

Cuando acabaron de tocar las diez esclavas, el califa quiso dar por terminada la fiesta y levantarse. Pero se adelantó Alí ben-Hescham, y le dijo:

«¡Oh Emir de los Creyentes! todavía tengo una esclava que he comprado por diez mil dinares y que deseo mostrar al califa; dígnese, pues, permanecer aún algunos momentos. Si le gusta, podrá guardarla como suya; si no le gusta, no habré dejado de someterla á su opinión.» Al-Mamún dijo: «¡Venga á mí, pues, esa esclava!» En el mismo momento apareció una joven de incomparable belleza, flexible y delgada como una rama de bambú, con ojos babilónicos llenos de hechizos, con cejas de arco riguroso y con una tez robada á los jazmines; ceñía á su frente una diadema enriquecida con perlas y pedrerías, sobre la cual corría este verso en letras de diamantes:

¡Encantadora y educada por los genios, sabe punzar los corazones con las flechas de un arco sin cuerda!

La joven continuó avanzando lentamente, y fué á sentarse sonriendo en el sillón de oro que estaba reservado para ella. Pero apenas la vió entrar Abu-Issa, el hermano del califa, cambió de color de manera tan inquietante, que Al-Mamún se dió cuenta de ello, y le preguntó: «¿Qué te pasa ¡oh hermano mío! para cambiar de color así?» El interpelado contestó: «¡Oh Emir de los Creyentes! sólo es una molestia en el hígado, que ya me ha dado otras veces!» Pero Al-Mamún insistió y le dijo: «¿Acaso conoces á esa joven y la viste antes

de hoy?» Abu-Issa no quiso negarlo, y dijo: «¿Habrá ¡oh Emir de los Creyentes! quien ignore la existencia de la luna?» El califa se encaró entonces con la joven, y le preguntó: «¿Cómo te llamas, joven?» Ella contestó: «Frescura-de-los-Ojos, ¡oh Emir de los Creyentes!» Él dijo: «¡Pues bien, Frescura-de-los-Ojos, cántanos cualquier cosa!» Y cantó ella:

¿Sabe amar quien no lleva el amor mas que en su lengua, y aloja la indiferencia en su corazón?

¿Sabe amar aquel cuyo corazón es una roca, mientras finge pasión su rostro?

¡Me han dicho que la ausencia cura las torturas del amor! ¡Pero ¡ay! no nos curó la ausencia!

¡Nos dicen que volvamos junto al ser amado, pero el remedio no surte su efecto, porque el ser amado desconoce nuestro amor!

Maravillado de su voz, le preguntó el califa: «¿Y de quién es esa canción, ¡oh Frescura-de-los Ojos!?» Ella dijo: «Los versos son de El-Kherzai y la música es de Zarzur.» Pero Abu-Issa, á quien sofocaba la emoción, dijo á su hermano: «¡Permíteme responderle, ¡oh Emir de los Creyentes!» Dió el califa su aprobación, y Abu-Issa cantó:

¡En mis ropas hay un cuerpo adelgazado, y un corazón torturado dentro de mi seno!

¡Si mantuve mi amor sin que me saliera á los

ojos, fué por temor de ofender á la luna en quien se cifra!

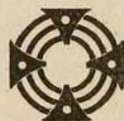
Cuando Alí, Padre-de-la-Belleza, hubo oído esta respuesta, comprendió que Abu-Issa amaba locamente á su esclava Frescura-de-los-Ojos. Levantóse al punto, é inclinándose ante Abu-Issa, le dijo: «¡Oh huésped mío! no se dirá que nadie formuló en mi casa un anhelo, aunque fuera mentalmente, sin haberlo realizado al instante. ¡Así, pues, si el califa quiere permitirme que haga una oferta en su presencia, Frescura-de-los-Ojos se convertirá en tu esclava!» Y como el califa dió su consentimiento, Abu-Issa se llevó á la joven.

¡Porque tanta era la generosidad sin par de Alí y de los hombres de su época!»

Luego, para terminar, aún contó Schahrazada esta anécdota:



¿Mujeres ó jovenzuelos?



Cuenta el sabio Omar Al-Homsi:

«En el año quinientos sesenta y uno de la hégira hizo un viaje á Hama la mujer más instruída y más elocuente de Bagdad, la que todos los sabios del Irak llamaban la Maestra de los Maestros.

Y he aquí que aquel año llegaron á Hama desde todas las comarcas de los países musulmanes los hombres más versados en las diversas ramas de los conocimientos; y todos se alegraban de poder oir é interrogar á esta mujer maravillosa entre todas las mujeres, que viajaba de aquel modo de país en país, en compañía de un joven hermano suyo, para sostener tesis públicas acerca de las cuestiones más difíciles, é interrogar y ser interrogada sobre todas las ciencias, la jurisprudencia, la teología y las bellas letras.

Deseoso de oirla, rogué á mi amigo el sabio jeique El-Salhani que me acompañara al sitio donde argumentaba ella aquel día. El jeique El-Salhani aceptó, y nos presentamos ambos en la sala donde Sett Zahía se mantenía detrás de una cortina de seda para no contravenir la costumbre de nuestra religión. Nos sentamos en un banco de la sala, y su hermano se cuidó de nosotros, sirviéndonos frutas y refrescos.

Después de haberme hecho anunciar á Sett Zahía, declinando mi nombre y mis títulos, empecé con ella una discusión acerca de la jurisprudencia divina y acerca de las diferentes interpretaciones que á la ley dieron los más sabios teólogos de los tiempos antiguos. En cuanto á mi amigo el jeique El-Salhani, desde el instante que divisó al joven hermano de Sett Zahía, jovenzuelo de una belleza extraordinaria de rostro y de formas, quedó maravillado de admiración en el límite del entusiasmo,

y no separó de él ya sus miradas. Así es que no tardó Sett Zahía en darse cuenta de la distracción de mi compañero, y cuando la observó, acabó por comprender los sentimientos que le animaban. Le llamó de pronto por su nombre, y le dijo: «Me parece ¡oh jeique! que eres de los que prefieren los jovenzuelos á las mujeres...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 391.ª NOCHE

Ella dijo:

»...de los que prefieren los jovenzuelos á las mujeres.» Mi amigo sonrió, y dijo: «¡Así es!» Ella preguntó: «¿Y por qué, ¡oh jeique!?» Él dijo: «¡Porque Alah ha modelado el cuerpo de los jovenzuelos con una perfección admirable, en detrimento de las mujeres, y mis gustos me impulsan á preferir en toda cosa lo perfecto á lo imperfecto!» Ella se rió detrás de la cortina, y dijo: «¡Pues bien; si quieres defender tu opinión, estoy dispuesta á responderte!» Él dijo: «¡Con mucho gusto!» Entonces le preguntó ella: «¡En tal caso, explícame cómo podrás probarme la superioridad de los hombres y

de los adolescentes sobre las mujeres y las jóvenes!» Él dijo:

«¡Oh mi señora! la prueba que me pides puede hacerse de una parte por la lógica del razonamiento y de otra parte por el Libro y por la Sunna.

»En efecto, dice el Corán: «Los hombres superan con mucho á las mujeres, porque Alah les ha dado la superioridad.» También dice: «En cualquier herencia, la parte correspondiente al hombre debe ser el doble de la correspondiente á la mujer; así es que el hermano heredará dos veces más que su hermana.» Estas palabras santas nos prueban, pues, y establecen de manera permanente, que á una mujer no se la debe considerar mas que como á la mitad de un hombre.

»En cuanto á la Sunna, nos enseña que el Profeta (¡con él la plegaria y la paz!) estimaba el sacrificio expiatorio de un hombre como si tuviese dos veces más valor que el de una mujer.

»Si recurrimos ahora á la lógica pura, veremos que la razón confirma la tradición y la enseñanza. En efecto, si nos preguntamos sencillamente: «¿Quién tiene la prioridad, el ser activo ó el ser pasivo?», la respuesta será sin duda alguna en favor del ser activo. Y el principio activo es el hombre, y la mujer es el principio pasivo. No hay que vacilar, por tanto. ¡El hombre se halla por encima de la mujer, y el joven es preferible á la joven!»

Pero Sett Zahía contestó: «¡Tus citas son exac-

tas, ¡oh jeique! Y contigo reconozco que en su Libro Alah ha dado á los hombres preferencia sobre las mujeres. Pero no especificó nada y habló de una manera general. ¿Por qué, pues, si buscas la perfección de las cosas, te diriges solamente á los jóvenes? ¡Deberías preferir á los hombres de barba, á los venerables jeiques de frente arrugada, pues que fueron más lejos en la vía de la perfección!»

Él contestó: «Sí, por cierto, ¡oh mi señora! Pero no comparo ahora á los ancianos con las mujeres viejas, pues no se trata de eso, sino solamente de sacar deducciones de los jóvenes. En efecto, me concederás ¡oh mi señora! que nada en la mujer puede compararse á las perfecciones de un joven hermoso, á su talle flexible, á la finura de sus miembros, al conjunto de colores tiernos que hay en sus mejillas, á la gentileza de su sonrisa y al encanto de su voz. Por cierto que para ponernos en guardia contra una cosa tan evidente, nos dice el propio Profeta: «¡No prolonguéis vuestras miradas sobre los mozuelos sin barba, porque tienen ojos más tentadores que los de las huríes!» Además, ya sabes que la mayor alabanza que puede hacerse de la belleza de una joven es compararla con la de un mozuelo. Bien conoces los versos en que el poeta Abu-Nowas habla de todo eso, y el poema en que dice:

¡Tiene ella las caderas de un mozo, y se balancea al viento ligero como al soplo del Norte se balancea la rama del ban!

»Así, pues, si los encantos de los jóvenes no fueran notoriamente superiores á los de las jóvenes, ¿por qué se sirven de ellos los poetas como término de comparación?

»Además, no ignoras que el adolescente no se limita á estar bien formado, sino que sabe arrebatarnos los corazones con el encanto de su lenguaje y lo agradable de sus maneras. ¡Y es tan delicioso cuando un bozo incipiente comienza á sombrear sus labios y sus mejillas, donde anidan pétalos de rosa! ¿Y es que puede encontrarse en el mundo algo comparable al encanto que en aquel momento despide? ¡Qué razón tenía el poeta Abu-Nowas al exclamar:

Me dicen sus calumniadores envidiosos: «¡Ya empiezan los pelos á hacer rugosos sus labios!» Pero yo les digo: «¡Cuán grande es vuestro error! ¿Cómo puede pareceros un defecto ese adorno?

»¡Ese bozo realza la blancura de su cara y de sus dientes, como un engarce verde realza el brillo de las perlas! ¡Es un indicio encantador de las fuerzas nuevas que adquiere su grupa!

»¡Han hecho las rosas juramento solemne de no borrar jamás de las mejillas de él sus colores milagrosos! ¡Saben sus párpados hablarnos con lenguaje

más elocuente que el de sus labios, y sus cejas saben contestar con precisión!

»*¡Los pelos, objeto de vuestra maledicencia, sólo han crecido para preservar sus encantos y ponerlos al abrigo de vuestros ojos groseros! ¡Dan al vino de su boca un sabor más pronunciado; y el verde de su barba en sus mejillas de plata les añade un color más vivo para entusiasmarnos!*»

»También ha dicho otro poeta:

Me dicen los envidiosos: «¡Cuán ciega es tu pasión! ¿No ves que ya los pelos cubren sus mejillas?»

Yo les digo: «¡Si no estuviera la blancura de su rostro atenuada por la sombra dulce de su bozo, sería imposible que sostuvieran su resplandor mis ojos!

»*Y además, ¿cómo, después de haber cultivado una tierra mientras era estéril, voy á abandonarla cuando la fertiliza la primavera?*»

»Ha dicho también otro:

¡No abandoné al amigo cuando en sus mejillas sólo había rosas! ¿Cómo he de abandonarle cuando en torno de las rosas crecieron mirtos y violetas?

»Por último, ha dicho otro entre mil:

¡Esbelto mozo! ¡Sus miradas y sus mejillas luchan

entre sí por quién hará más víctimas entre los hombres!

¡Derrama sangre de corazones con una espada hecha de pétalos de narciso, y cuya vaina y cuyo tahalí se lo robaron á los mirtos!

¡Tantas envidias suscitan sus perfecciones, que la misma belleza desea convertirse en mejilla velluda!

»He aquí ¡oh mi señora! pruebas bastantes para demostrar la superioridad de la belleza de los mozos sobre la de las mujeres en general...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 392.ª NOCHE

Ella dijo:

»...la superioridad de la belleza de los mozos sobre la de las mujeres en general.»

Al oir estas palabras, contestó Sett Zahia: «Alah perdone tus argumentos erróneos, si es que no hablaste solamente por hablar ó en broma. ¡Pero ahora va á triunfar la verdad! No endurezcas tu corazón y prepara tu oído para escuchar mis argumentos.

»¡Por Alah sobre ti! Dime dónde se halla el jo-

ven cuya belleza pueda compararse con la de una joven. ¿Olvidas que la piel de una joven, no sólo tiene el resplandor y la blancura de la plata, sino también la dulzura de los terciopelos y las sedas? ¡Su cintura es la rama del mirto y del ban! ¡Su boca es una manzanilla en flor, y sus labios dos anémonas húmedas! Sus mejillas, manzanas; calabacitas de marfil, sus senos. Su frente irradia claridad, y de continuo dudan sus dos cejas, sin saber si deben reunirse ó separarse. Cuando habla, se desgranan en su boca perlas finas; cuando sonríe, se escapan torrentes de luz de sus labios, que son más dulces que la mïel y más suaves que la manteca. En el hoyo de su mentón está impreso el sello de la belleza. En cuanto á su vientre, ¡qué bonito es! Tiene á los lados líneas admirables y pliegues generosos que se superponen unos á otros. Sus muslos están hechos con una sola pieza de marfil y los sostienen las columnas de sus pies, formados con pasta de almendra. ¡Pero por lo que respecta á sus nalgas, son de buena ley, y cuando suben y bajan, se las creería las olas de un mar de cristal ó montañas de luz! ¡Oh pobre jeique! ¿acaso pueden compararse los hombres á los genios? ¿No sabes que los reyes, los califas y los más grandes personajes de que hablan los anales fueron esclavos obedientes de las mujeres y consideraron como una gloria soportar su yugo? ¡Cuántos hombres eminentes bajaron la frente, sojuzgados por sus encantos! ¡Cuántos abandonaron por ellas riquezas, país, pa-

dre y madre! ¡Cuántos reinos perdiéronse por ellas! ¡Oh pobre jeique! ¿no es para ellas para quienes se levantan los palacios, se borda la seda y los brocados y se tejen las telas más ricas? ¿No es para ellas para quienes tan buscados son por su perfume agradable y dulce el ámbar y el almizcle? ¿Olvidas que sus encantos han condenado á los habitantes del paraíso, y han trastornado la tierra y el universo y han hecho correr ríos de sangre?

»Pero respecto á las Palabras que citaste del Libro, son más favorables á mi causa que á la tuya. Son esas Palabras: «¡No prolonguéis vuestras miradas sobre los mozuelos sin barba, porque tienen ojos más tentadores que los de las huríes!» Ya ves que se trata de una alabanza directa á las huríes del paraíso, que sirven de término de comparación, siendo mujeres y no mozos. ¡Y hasta vosotros, los aficionados á los adolescentes, cuando queréis describir á vuestros amigos, comparáis sus caricias con las de las jóvenes. No os da vergüenza de vuestros gustos corrompidos, os complacéis en ellos y los satisfacéis en público. Olvidáis las palabras del Libro: «¿Por qué buscar el amor de los varones? ¿No ha creado Alah á las mujeres para satisfacción de vuestros deseos? ¡Gozad, pues, con ellas á vuestro sabor! ¡Pero sois un pueblo terco!»

»¡Si á veces comparáis á las jóvenes con los mozuelos, únicamente se debe á vuestros deseos corrompidos y á vuestro gusto pervertido! ¡Sí, co-

nocemos bien á vuestros poetas aficionados á los mozos! ¿No ha dicho el más grande de ellos, el jeique de los pederastas, Abu-Nowas, hablando de una joven:

¡Igual que un joven, no tiene caderas, y hasta se ha cortado los cabellos! ¡Y he aquí que un tierno bozo sombrea su rostro y da doble valor á sus encantos! ¡Así puede satisfacer al pederasta y al adúltero!?

»Y en cuanto al supuesto atractivo que da la barba á los jóvenes...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 393.ª NOCHE

Ella dijo:

»...Y en cuanto al supuesto atractivo que da la barba á los jóvenes, ¿no sabes ¡oh jeique! los versos del poeta á este respecto? Escucha:

¡He aquí que al nacer en su mejilla los primeros pelos, ha huido su amante!

¡Porque cuando el carbón de la barba ennegrece el mentón, convierte en humo los encantos del joven!

Y cuando la página en blanco del rostro se llena con lo negro de la escritura, ¿quién que no sea un ignorante querrá tomar la pluma todavía?

»Así, pues, ¡oh jeique! rindamos homenaje á Alah el Altísimo, que supo reunir en las mujeres todos los goces que pueden llenar la vida, y prometió á los profetas, á los santos y á los creyentes darles en el paraíso como recompensa á las huríes maravillosas. Y claro que, si Alah el infinitamente bueno comprendiera que había en realidad fuera de las mujeres otras voluptuosidades, sin duda se las hubiese prometido y reservado á sus fieles creyentes. Sin embargo, Alah no habla nunca de los mozuelos mas que para presentarlos como servidores de los elegidos en el paraíso; pero á nadie se los prometió ninguna vez con otros fines. ¡Y el mismo Profeta (¡con él la plegaria y la paz!) no se inclinó jamás en tal sentido, sino al contrario! Porque acostumbraba repetir á sus compañeros: «¡Tres cosas me hacen amar este mundo: las mujeres, los perfumes y la frescura que presta al alma la plegaria!» Pero mejor de lo que yo sabría hacerlo, resumen mi opinión ¡oh jeique! estos versos del poeta:

¡Entre trasero y trasero hay diferencia! ¡Si os acercáis á uno, se os tizna de amarillo el traje; pero si os acercáis al otro, se os perfuma!

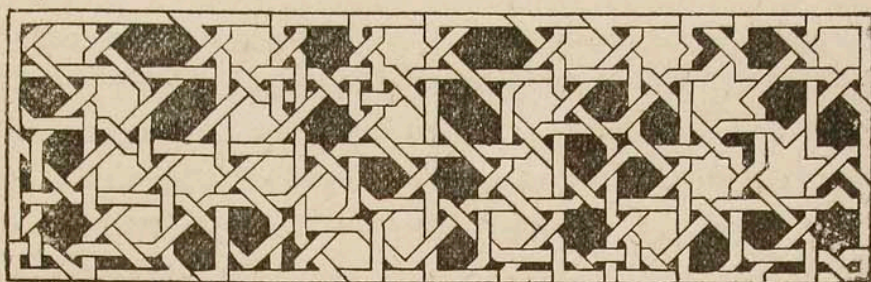
¿Cómo hay quien compare al mozo con la moza?

¿Se atrevió nunca nadie á preferir la madera olorosa del nadd á los excrementos de los cetáceos?

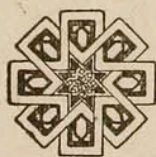
»Pero veo que la discusión me excitó demasiado y me hace rebasar los límites de la conveniencia en que deben mantenerse las mujeres, principalmente en presencia de los jeiques y los sabios. Me apresuro, pues, á pedir perdón á quienes hayan podido molestarse ú ofenderse, y cuento con su discreción para cuando salgan de esta entrevista, porque dice el proverbio: «¡El corazón de los hombres bien nacidos es una tumba para los secretos!»

Cuando hubo acabado de contar esta anécdota, Schahrazada dijo: «Y esto es ¡oh rey afortunado! lo que pude recordar de las anécdotas encerradas en el Parterre florido del ingenio y el Jardín de la galantería.» Y dijo el rey Schahriar: «¡En verdad, Schahrazada, que me encantaron en extremo esas anécdotas, y me entran ahora deseos de oir una historia como las que me contabas antes!» Schahrazada contestó: «¡En ello pensaba precisamente!» Y dijo en seguida:





EL FALSO CALIFA



Cuentan que una noche el califa Harún Al-Rachid, presa del insomnio, hizo llamar á su visir Giafar Al-Barmaki, y le dijo: «¡Tengo oprimido el pecho, y deseo ir á pasearme por las calles de Bagdad y llegar hasta el Tigris, para ver si paso la noche distraído!» Giafar contestó oyendo y obedeciendo, y al punto se disfrazó de mercader, tras de ayudar al califa á que se disfrazara lo mismo y de llamar al porta-alfanje Massrur para que les acompañara, disfrazado como ellos. Luego salieron del palacio por la puerta secreta, y empezaron á recorrer lentamente las calles de Bagdad, silenciosas á aquella hora, y de esta guisa llegaron á la orilla del río. En una barca amarrada vieron á un barquero viejo que se disponía á arroparse en su manta para

dormir. Se acercaron á él, y después de las zalemas, le dijeron: «¡Oh jeique! ¡deseamos de tu amabilidad que nos lleves en tu barca para pasearnos un poco por el río, ahora que hace fresco y es deliciosa la brisa! ¡Y he aquí un dinar por tu trabajo!» El interpelado contestó con acentos de terror en la voz: «¿Sabéis lo que pedís, señores? Por lo visto no conocéis la prohibición. ¿No veis venir hacia nosotros el barco en que se halla el califa con todo su séquito?» Preguntaron muy asombrados: «¿Estás seguro de que ese barco que se acerca lleva al propio califa?» El otro contestó: «¡Por Alah! ¿y quién no conoce en Bagdad la cara de nuestro amo el califa? ¡Sí, mis señores, es el mismo, con su visir Giafar y su porta-alfanje Massrur! ¡Y mirad con ellos á los mamalik y á los cantores! Oid cómo grita el pregonero, de pie en la proa: «¡Prohibido á grandes y pequeños, á jóvenes y á viejos, á notables y á plebeyos, pasearse por el río! ¡A quien contravenga esta orden se le cortará la cabeza ó será colgado del mástil de su barco!»

Al oir tales palabras...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 394.ª NOCHE

Ella dijo:

...Al oir tales palabras, Al-Rachid llegó al límite del asombro, porque no había dado nunca semejante orden, y hacía más de un año que no se paseaba por el río. Miró, pues, á Giafar y le interrogó con los ojos acerca de lo que significaba aquello. Pero Giafar, tan asombrado como el califa, se encaró con el barquero viejo, y le dijo: «¡Oh jeique! he aquí dos dinares para ti. Pero date prisa á llevarnos en tu barca y á ocultarnos en una de esas casetas abovedadas que hay á flor de agua, sencillamente para que podamos ver el paso del califa y su séquito sin que nos vean y nos prendan.» Tras de dudar mucho, el barquero aceptó la oferta, y después de llevar en su barca á los tres, los guareció en una caseta y extendió sobre ellos una manta negra para que se les divisase menos aún.

Apenas se habían colocado así, vieron acercarse el barco, iluminado por la claridad de teas y antorchas que alimentaban con madera de áloe esclavos jóvenes vestidos de raso rojo, con los hombros cubiertos por mantos amarillos y la cabeza envuelta en muselina blanca. Unos se hallaban á

proa y otros á popa, y levantaban sus teas y sus antorchas, pregonando de cuando en cuando la prohibición consabida. También vieron á doscientos mamalik de pie, alineados á ambos lados del barco y rodeando un estrado situado en el centro, donde aparecía sentado en un trono de oro un joven vestido con un traje de paño negro realzado con bordados de oro; y á su derecha se mantenía un hombre que se asemejaba asombrosamente al visir Giafar; y á su izquierda se mantenía, con el alfanje desenvainado, otro hombre que se asemejaba exactamente á Massrur, mientras en la parte baja del estrado estaban sentadas por orden veinte cantarinas y tañedoras de instrumentos.

Al ver aquello, exclamó Al-Rachid: «¡Giafar!» El visir contestó: «¡A tus órdenes, ¡oh Emir de los Creyentes!» El califa dijo: «¡Seguramente debe ser uno de nuestros hijos, quizá Al-Mamún ó quizá Al-Amin! Y de los dos que están de pie á su lado, uno se parece á ti y otro á mi porta-alfanje Massrur. ¡Y las que se sientan al pie del estrado se parecen de un modo extraño á mis cantarinas habituales y á mis tañedoras de instrumentos! ¿Qué piensas de todo esto? ¡Yo estoy sumido en una perplejidad grande!» Giafar contestó: «¡Yo también, ¡por Alah! oh Emir de los Creyentes!»

Pero ya habíase alejado de su vista el barco iluminado, y libre de su angustia exclamó el viejo barquero: «¡Por fin estamos seguros! ¡No nos ha visto nadie!» Y salió de la caseta y condujo á la

orilla á sus tres pasajeros. Cuando desembarcaron, se encaró con él el califa, y le preguntó: «¡Oh jeique! ¿dices que el califa viene todas las noches á pasearse como hoy en ese barco iluminado?» El otro contestó: «¡Sí, señor, y ya hace un año de esto!» El califa dijo: «¡Oh jeique! somos extranjeros que estamos de viaje, y nos gusta regocijarnos con todos los espectáculos y pasear por todos los sitios donde hay cosas hermosas que ver! ¿Quieres, pues, admitir estos diez dinares y esperarnos aquí mismo mañana á esta hora?» El barquero contestó: «¡Quiero y me honro!» Entonces se despidieron de él el califa y sus dos acompañantes y regresaron al palacio comentando aquel espectáculo extraño.

Al día siguiente, después de tener reunido el diván durante toda la jornada y de recibir á sus visires, chambelanes, emires y lugartenientes, y de despachar los asuntos corrientes, y juzgar, y condenar, y absolver, el califa se retiró á sus habitaciones, quitándose sus ropas reales para disfrazarse de mercader, y acompañado de Giafar y Massrur tomó el mismo camino que la víspera, y no tardaron en llegar al río, donde les esperaba el viejo barquero. Se metieron en la barca y fueron á ocultarse en la caseta, en la cual esperaron la llegada del barco iluminado.

No tuvieron tiempo de impacientarse, porque algunos instantes después apareció el barco sobre el agua encendida por las antorchas y al son de los instrumentos. Y divisaron á las mismas personas

que la víspera, el mismo número de mamalik y los mismos invitados, en medio de los cuales se hallaba sentado en el estrado el falso califa entre el falso Giafar y el falso Massrur.

Al ver aquello, Al-Rachid dijo á Giafar: «¡Oh visir, estoy viendo una cosa que nunca habría creído si fueran á contármela!» Luego dijo al barquero: «¡Oh jeique! toma diez dinares más y condúcenos á la zaga de ese barco; y nada temas, pues no nos han de ver, porque están en medio de la luz y nosotros en las tinieblas. ¡Nuestro objeto es disfrutar el hermoso espectáculo de esta iluminación sobre el agua!» El barquero aceptó los diez dinares, y aunque muy atemorizado, empezó á remar sin ruido por la estela del barco, cuidando de no entrar en el círculo luminoso...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 395.ª NOCHE

Ella dijo:

...cuidando de no entrar en el círculo luminoso, hasta que llegaron todos á un parque que bajaba en cuesta hasta el río, y en aquel sitio amarraron el barco. Desembarcaron el falso califa y todo su

séquito, y al son de los instrumentos penetraron en el parque.

Cuando estuvo lejos el barco, el viejo jeique costeó la orilla con su barca en la obscuridad para que á su vez desembarcaran sus tres pasajeros. Ya en tierra, fueron á mezclarse con la muchedumbre de individuos que rodeaban al falso califa llevando antorchas en la mano.

Y he aquí que, mientras seguían de tal modo al cortejo, fueron advertidos por algunos mamalik y reconocidos como intrusos. Al punto los prendieron y condujeron á presencia del joven, que les preguntó: «¿Cómo os arreglasteis para entrar aquí y por qué razón vinisteis?» Contestaron: «¡Oh señor nuestro! somos mercaderes extranjeros en este país. Hemos llegado hoy precisamente, y nos hemos aventurado hasta aquí en nuestro paseo, sin saber que estuviese prohibido el acceso á este jardín. ¡Íbamos tan tranquilos, cuando nos ha prendido vuestra gente, conduciéndonos entre vuestras manos, sin que sepamos aún la falta cometida por nosotros!» El joven les dijo: «¡No temáis, ya que sois extranjeros en Bagdad! ¡De no ser así, sin duda haría que os cortaran la cabeza!» Luego se encaró con su visir, y le dijo: «Déjales que vengan con nosotros. ¡Serán nuestros huéspedes por esta noche!»

Acompañaron entonces al cortejo, y llegaron de tal suerte á un palacio que no podía compararse en magnificencia mas que con el del Emir de los Cre-

yentes. En la puerta de aquel palacio aparecía grabada esta inscripción:

En esta morada, donde siempre es bien venido el huésped, puso el tiempo la belleza de sus matices y lo decoró el arte, y la acogida generosa de su dueño contenta el espíritu.

Entraron entonces en una sala magnífica, con el piso cubierto por una alfombra de seda amarilla, y sentándose en un trono de oro, el falso califa permitió á los demás sentarse á su alrededor. Se sirvió inmediatamente un festín; y todos comieron y se lavaron las manos; luego, cuando pusieron las bebidas encima del mantel, bebieron prolongadamente en la misma copa, que se pasaban de unos á otros. Pero cuando le llegó la vez, el califa Harún Al-Rachid no quiso beber. Entonces se encaró el falso califa con Giafar, y le preguntó: «¿Por qué no quiere beber tu amigo?» Giafar contestó: «¡Hace mucho tiempo, señor, que dejó de beber!» El otro dijo: «¡En tal caso, mandaré que le sirvan otra cosa!» Al punto dió una orden á uno de sus mamalik, que se apresuró á traer un frasco lleno de sorbete de manzanas, y se lo ofreció á Al-Rachid, que lo aceptó aquella vez y se puso á bebérselo con mucho gusto.

Cuando se hizo sentir en los cerebros la bebida, el falso califa, que tenía en la mano una varita de oro, dió con ella tres golpes en la mesa, y al mo-

mento se abrieron las dos hojas de una ancha puerta que estaba al fondo de la sala, para dar paso á dos negros que llevaban á hombros un sillón de marfil, en el cual aparecía sentada una joven esclava blanca, de rostro brillante como el sol. Colocaron el sillón frente á su amo, y se quedaron detrás en pie y sin moverse. Entonces cogió la esclava un laúd indio, lo templó, y preludió de veinticuatro modos distintos con un arte que entusiasmó al auditorio. Luego volvió al primer tono, y cantó:

¿Cómo puedes consolarte lejos de mí, cuando mi corazón está de duelo por tu ausencia?

¡El Destino ha separado á los amantes y está vacía la morada que resonaba con cánticos de dicha!

Cuando el falso califa oyó cantar estos versos, lanzó un grito agudo, desgarró su hermoso traje constelado de diamantes, su camisa y la demás ropa, y cayó desvanecido. En seguida apresuráronse los mamalik á echarle encima un manto de raso, pero no con la rapidez suficiente para que el califa, Giafar y Massrur no tuvieran tiempo de notar que el cuerpo del joven ostentaba extensas cicatrices y huellas de bastonazos y latigazos.

Al ver aquello, el califa dijo á Giafar: «¡Por Alah! ¡qué lástima que un joven tan hermoso tenga en el cuerpo señales que nos demuestran de manera evidente que nos las tenemos que haber con al-

gún criminal escapado de la cárcel!» Pero ya los mamalik habían vestido á su amo con otra ropa más hermosa y más rica que la anterior, y el joven volvió á sentarse en el trono como si no hubiese sucedido nada. Advirtió entonces que los tres invitados se hablaban en voz baja, y les dijo: «¿A qué vienen esa cara de asombro y esas palabras dichas en voz baja?» Giafar contestó: «Este compañero mío me decía que ha recorrido todos los países y tratado á muchos personajes y reyes, sin que jamás haya visto ninguno tan generoso como nuestro huésped. Y también se asombraba de ver que desgarrabas un traje que seguramente vale diez mil dinares. Y me citaba en tu honor estos versos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 396.ª NOCHE

Ella dijo:

»...Y me citaba en tu honor estos versos:

¡La generosidad erigió su morada en medio de la palma de tu mano, é hizo de tal morada el asilo deseado!

¡Si un día cerrase sus puertas la generosidad, tu mano sería la llave que abriera sus cerraduras!

Al oir estos versos, se mostró muy satisfecho el joven, y ordenó que obsequiasen á Giafar con mil dinares y con un ropón tan hermoso como el que había desgarrado él, y siguieron bebiendo y divirtiéndose. Pero Al-Rachid, que no estaba tranquilo desde que advirtió huellas de golpes en el cuerpo del joven, dijo á Giafar: «¡Pídele una explicación de la cosa!» Giafar contestó: «¡Mejor será tener paciencia todavía y no resultar indiscretos!» El califa dijo: «¡Por mi cabeza y por la tumba de Abbas, que como no le interrogues en seguida acerca del particular ¡oh Giafar! dejará de pertenecerte tu alma en cuanto lleguemos á palacio!»

Y he aquí que el joven, que les estaba mirando, se dió cuenta de que aún hablaban en voz baja, y les preguntó: «¿Tanta importancia tiene eso que os decís en secreto?» Giafar contestó: «¡Nada malo es!» El joven añadió: «¡Por Alah! te suplico que me pongas al corriente de lo que os decís, sin ocultarme nada!» Giafar dijo: «¡Señor, mi compañero ha notado que tienes en los costados cicatrices y huellas de vergajazos y latigazos! ¡Y está asombrado hasta el límite del asombro! ¡Y desearía ardientemente saber á consecuencia de qué aventura ha sufrido nuestro dueño el califa semejante trato, tan poco compatible con su dignidad y sus prerrogati-

vas!» Al oir estas palabras, sonrió el joven, y dijo: «¡Sea! ¡Puesto que sois extranjeros, os revelaré la causa de todo! ¡Y es mi historia tan prodigiosa y tan llena de maravillas, que si se escribiera con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de lección á quien la escuchase atentamente!» Luego dijo:

«Sabed, señores míos, que yo no soy el Emir de los Creyentes, sino sencillamente el hijo del síndico de los joyeros de Bagdad. Me llamo Mohammad-Alí. Al morir mi padre, me dejó en herencia mucho oro, plata, perlas, rubíes, esmeraldas, alhajas y objetos de orfebrería; me dejó además propiedades edificadas, terrenos, huertos, jardines, tiendas y almacenes de reserva; y me hizo dueño de este palacio con todo lo que contiene, esclavos de ambos sexos, guardias y criados, mozos y mozas.

Y he aquí que, estando yo sentado un día en mi tienda en medio de los esclavos que ejecutaban mis órdenes, vi que á la puerta se paraba, y bajaba de una mula ricamente enjaezada, una joven á la que acompañaban otras tres jóvenes, hermosas como lunas las tres. Entró en mi tienda y se sentó, mientras yo, en honor suyo, me ponía de pie; luego me preguntó: «¿Verdad que eres Mohammad-Alí el joyero?» Contesté: «¡Claro que sí, ¡oh mi señora! y soy tu esclavo, dispuesto á servirte!» Ella me dijo: «¿Tendrías alguna alhaja verdaderamente hermo-

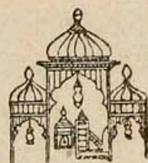
sa y que pudiera gustarme?» Yo le dije: «¡Oh mi señora! voy á traerte lo más hermoso de mi tienda y á ponerlo en tus manos. ¡Si llega á convenirte algo, nadie se considerará por ello más dichoso que tu esclavo; y si nada logra detener tus miradas, deploraré mi mala suerte durante toda mi vida!»

Precisamente tenía yo en mi tienda cien collares preciosos, maravillosamente labrados, que en seguida hice que me trajeran y se los enseñaran. Los cogió y los miró despacio uno por uno, demostrando entender más de lo que en su caso hubiera entendido yo mismo; luego me dijo: «¡Lo quiero mejor!» Entonces me acordé de un collarcito que mi padre compró por cien mil dinares en otro tiempo, y que tenía yo guardado, al abrigo de todas las miradas, en un precioso cofrecillo para él solo. Me levanté entonces y traje el cofrecillo en cuestión con mil precauciones, y lo abrí ceremoniosamente en presencia de la joven, diciéndole: «¡No creo que lo tengan igual reyes ni sultanes, grandes ni pequeños!»

Cuando la joven hubo echado una rápida ojeada al collar, lanzó un grito de júbilo y exclamó: «¡Esto es lo que en vano anhelé toda mi vida!» Luego me dijo: «¿Cuánto vale?» Contesté: «Su precio exacto de reventa fué para mi difunto padre el de cien mil dinares. ¡Si te gusta, ¡oh mi señora! llegaré al límite de la felicidad ofreciéndotelo por nada!» Me miró ella, sonrió ligeramente, y me dijo:

«¡Añade al precio que acabas de decir cinco mil dinares por los intereses del capital muerto, y será de mi propiedad el collar!» Contesté: «¡Oh mi señora! el collar y su propietario actual son ya de tu propiedad y se hallan entre tus manos! ¡Nada más tengo que añadir!» Volvió ella á sonreir, y contestó: «¡Ya he dicho las condiciones de compra, y añado que te soy deudora de gratitud!» Y tras de pronunciar estas palabras, se levantó vivamente, saltó á la mula con una ligereza extrema, sin recurrir á la ayuda de sus servidoras, y me dijo al partir: «¡Oh mi señor! ¿quieres acompañarme ahora mismo para llevarme el collar y cobrar el dinero en mi casa? ¡Créeme que gracias á ti el día de hoy ha sido para mí como la leche!» No quise insistir más para no contrariarla, ordené á mis criados que cerraran la tienda, y seguí á pie á la joven hasta su casa...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 397.ª NOCHE

Ella dijo:

...y seguí á pie á la joven hasta su casa. Allí le entregué el collar, y ella penetró en sus habita-

ciones después de rogarme que me sentara en el banco del vestíbulo para esperar la llegada del cambista que debía pagarme los cien mil dinares con sus intereses.

Estando sentado en aquel banco del vestíbulo, vi llegar á una sirviente joven, que me dijo: «¡Oh mi señor, tómate la molestia de entrar á la antecámara de la casa, pues la espera á la puerta no se hizo para personas de tu calidad!» Me levanté entonces y penetré en la antecámara, donde me senté en un escabel tapizado de terciopelo verde, y así permanecí esperando algún tiempo. Entonces vi entrar á una segunda sirviente, que me dijo: «¡Oh señor mío, mi señora te ruega que entres á la sala de recepción, donde desea que descanses hasta que llegue el cambista!» No dejé de obedecer, y seguí á la joven á la sala de recepción. Apenas llegué allá, se descorrió un gran cortinaje al fondo, y se adelantaron hacia mí cuatro esclavas que llevaban un trono de oro en el que aparecía sentada la joven, con un rostro hermoso como una luna llena y con el collar al cuello.

Al ver su rostro sin velo y completamente descubierto, sentí turbárseme la razón y acelerarse los latidos de mi corazón. Y he aquí que ella hizo seña de que se retiraran á sus esclavas, avanzó hacia mí, y me dijo: «¡Oh luz de mis ojos! ¿crees que todo ser bello debe conducirse con la que le ama tan duramente como tú lo haces?» Contesté: «¡En ti está la belleza entera, y lo que de ella so-

bra, si sobra algo, se distribuyó entre los demás seres humanos!» Ella me dijo: «¡Oh joyero Mohammad-Ali, has de saber que te amo, y que si me he valido de este medio ha sido sólo para decidirte á que vengas á mi casa!» Y tras de pronunciar estas palabras se inclinó sobre mí perezosamente, y me atrajo hacia ella mirándome con ojos lánguidos. Extremadamente emocionado, cogí entonces su cabeza con mis manos y la besé varias veces, en tanto que ella me devolvía largamente mis besos y me oprimía contra sus senos duros, que sentía yo incrustarse en mi pecho. Comprendí á la sazón que no debía retroceder, y quise poner en ejecución lo que en mí estaba ejecutar. Pero en el preciso momento en que el niño, completamente despierto, reclamaba con ardor á su madre, me dijo ésta: «¿Qué pretendes hacer con eso, ¡oh mi señor!?» Contesté: «¡Ocultarlo para que me deje tranquilo!» Dijo ella: «El caso es que no vas á poder ocultarlo en mí, porque no está abierta la casa. ¡Sería preciso para ello abrir una brecha antes! ¡Pues has de saber que soy una virgen intacta de toda perforación! ¡Y si crees que hablas con una mujer cualquiera ó con alguna meretriz entre las meretrices de Bagdad, debes desengañarte en seguida! Porque sabrás que tal como me ves, ¡oh Mohammad-Alí! soy la hermana del gran visir Giafar, la hija de Yahía ben-Khaled Al-Barmaki.»

Al oir estas palabras ¡oh señores míos! sentí que el niño caía en un profundo sueño, y compren-

dí cuán impropio estuvo por mi parte el escuchar sus gritos y querer acallarlos pidiendo ayuda á la joven. Sin embargo, le dije: «¡Por Alah, ¡oh mi señora! que no es mía la culpa si quise que el hijo se aprovechara de la hospitalidad que al padre se le ha dado! ¡Tú misma eres quien se mostró generosa conmigo, haciéndome ver el paraíso por las puertas abiertas de tu hospitalidad!» Ella me contestó: «¡No tienes por qué hacerme reproches, sino al contrario! Y si quieres lograrás tus fines; pero por los únicos caminos legales. ¡Todo puede ser con la voluntad de Alah! ¡Soy, en efecto, dueña de mis actos, y nadie tiene el derecho de intervenir en ellos! ¿Me quieres, pues, por esposa legítima?» Contesté: «¡Claro que sí!» Al punto hizo ella ir al kadí y á los testigos, y les dijo: «He aquí á Mohammad-Alí, hijo del difunto síndico Alí. Me pide en matrimonio y me reconoce como dote este collar que me ha dado. ¡Yo acepto y consiento!» Se redactó en seguida nuestro contrato de matrimonio, y después de extenderlo nos dejaron solos. Trajeron los esclavos bebidas, copas y laúdes, y empezamos ambos á beber hasta que resplandeció nuestro ingenio. Tomó ella entonces el laúd, y cantó acompañándose con él:

¡Por la finura de tu talle, por tu andar orgulloso, te juro que sufro con tu alejamiento!

¡Ten piedad de un corazón abrasado en el fuego de tu amor!

¡Me exalta la copa de oro donde, al beber de su licor, encuentro vivo tu recuerdo!

¡Así, en medio de las rosas brillantes, la flor de mirto me hace apreciar mejor los colores vivos!

Cuando hubo ella acabado de cantar, tomé á mi vez el laúd, y después de demostrar que sabía sacar de él el mejor partido, dije estos versos del poeta, acompañándome en sordina:

¡Oh prodigio! ¡En tus mejillas veo unirse cosas contrarias: la frescura del agua y el rojo de la llama!

¡Eres para mi corazón fuego y frescura! ¡Oh, cuán amarga y dulce eres en mi corazón!

Cuando acabamos de cantar, notamos que ya era hora de ir pensando en acostarnos. La cogí en mis brazos y la tendí en la cama suntuosa que nos habían preparado las esclavas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 398.ª NOCHE

Ella dijo:

...en la cama suntuosa que nos habían preparado las esclavas. Entonces, cuando la desnudé, pude comprobar que era una perla sin perforar y una yegua que no habían cabalgado. Mucho me regocijé con ello, ¡y puedo, por cierto, asegurar que en mi vida pasé una noche tan agradable como aquella noche en que, hasta que llegó la mañana, tuve apretada contra mí á mi esposa como podría tenerse en la mano á un pichón con las alas plegadas!

Y no fué solamente una noche la que pasé de esta manera, sino un mes entero, sin interrupción. Y olvidé mis intereses, mi tienda, los bienes que manejaba y mi casa con todo lo que contenía, hasta que un día, el primero del segundo mes, fué á buscarme ella, y me dijo: «Tengo precisión de ausentarme algunas horas, el tiempo preciso para ir al hammam y regresar. Te suplico que no abandones el lecho y no te levantes hasta que esté yo de vuelta. ¡Y volveré del hammam completamente fresca, y ligera, y perfumada!» Luego, para estar más segura de que ejecutaría yo su orden, me hizo

prestar juramento de que no me movería del lecho. Tras de lo cual, se llevó á dos de sus esclavas, que cogieron las tohallas y los líos de ropa blanca y vestidos, y se fué con ellas al hammam.

Y he aqui ¡oh señores mios! que no bien salió ella de la casa ¡por Alah! vi abrirse la puerta y entrar en mi cámara á una vieja, que me dijo, después de las zalemas: «¡Oh mi señor Mohammad! Sett Zobeida, la esposa del Emir de los Creyentes, me envía á ti para rogarte que te presentes en palacio, donde desea verte y oirte; porque la han hablado en términos tan admirativos de tus maneras distinguidas, de tu cortesía y de tu hermosa voz, que tiene muchas ganas de conocerte.» Contesté: «¡Por Alah! mi buena tía, Sett Zobeida me hace un honor extremado al invitarme á ir á verla; pero no puedo dejar la casa antes de que vuelva mi esposa, que ha ido al hammam.» La vieja me dijo: «¡Hijo mío, en interés tuyo te aconsejo que no difieras un instante la visita que se te pide, si no quieres que Sett Zobeida sea tu enemiga! ¡Porque te advierto, por si lo ignoras, que la enemistad de Sett Zobeida es muy peligrosa! ¡Luego regresarás á tu casa en seguida!»

Estas palabras me decidieron á salir, á despecho del juramento que presté á mi esposa, y seguí á la vieja, que echó á andar delante de mí y me condujo al palacio, en el cual me introdujo sin dificultad.

Cuando Sett Zobeida me vió entrar, me sonrió,

hizome acercarme á ella, y me dijo: «¡Oh luz de los ojos! ¿eres tú el bienamado de la hermana del gran visir?» Contesté: «¡Soy tu esclavo y tu servidor!» Ella me dijo: «¡En verdad que no exageraron tus méritos quienes me describieron tus modales encantadores y tu manera de hablar distinguida! Deseo verte y conocerte, para juzgar con mis ojos la elección y los gustos de la hermana de Giafar. Por ahora estoy satisfecha. ¡Pero harás que mi placer llegue á sus límites extremos, si quieres dejarme oir tu voz cantando cualquier cosa!» Contesté: «¡Quiero y me honro!» Y cogí un laúd que llevó una esclava y canté dos ó tres estrofas sobre el amor correspondido. Cuando cesé de cantar, me dijo Sett Zobeida: «¡Remate Alah su obra haciéndote más perfecto todavía de lo que eres, ¡oh joven encantador! Te agradezco que hayas venido á verme. ¡Ahora date prisa á entrar en tu casa antes del regreso de tu esposa, para que no se imagine que quiero sustraerte á su afecto!» Besé entonces la tierra entre sus manos, y salí del palacio por la misma puerta que entré.

Cuando llegué á la casa, encontré en el lecho á mi esposa, que me había precedido. Dormía ya, y no hizo ningún movimiento indicador de que fuera á despertarse. Me eché entonces á sus pies y empecé á acariciarle las piernas con mucha suavidad. Pero de pronto abrió los ojos y me asestó friamente en el costado un puntapié, que me hizo rodar por tierra debajo del lecho, y exclamó: «¡Oh

traidor! ¡oh perjuro! ¡Faltaste á tu juramento, y has ido á ver á Sett Zobeida! ¡Por Alah, que si no tuviese horror al oprobio y á revelar en público mis intimidades, ahora mismo iría á hacer saber á Sett Zobeida las consecuencias que trae el seducir á los maridos ajenos! ¡Pero hasta entonces vas á pagar por ella y por ti!» Y dió una palmada y exclamó: «¡Ya Sauab!» Al punto apareció el jefe de sus eunucos, un negro que siempre me miró atravesado, y le dijo ella: «¡Corta en seguida el cuello á este traidor, á este embustero, á este perjuro!» Inmediatamente blandió el negro su espada, se desgarró un pedazo del borde de su ropón y me vendó los ojos con el jirón de tela que se había arrancado. Luego me dijo: «¡Haz tu acto de fe!» y se dispuso á cortarme la cabeza. Pero en aquel momento entraron todas las esclavas, grandes y pequeñas, jóvenes y viejas, con las cuales había yo sido siempre generoso...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 399.ª NOCHE

Ella dijo:

...grandes y pequeñas, jóvenes y viejas, con las cuales había yo sido siempre generoso, y le dijeron: «¡Oh señora nuestra! te suplicamos que le perdones, en gracia á que ignoraba la gravedad de su falta. ¡No sabía él que nada podía contrariarte más que su visita á tu enemiga Sett Zobeida! ¡Desconocía absolutamente la rivalidad que pudiera existir entre vosotras dos! ¡Perdónale, ¡oh señora nuestra!» Ella contestó: «¡Está bien! le dejaré salvar la vida; pero deseo que le quede un recuerdo imborrable de su falta.» E hizo seña á Sauab de que cambiase la espada por el palo. Y al punto cogió el negro una vara de flexibilidad terrible, y empezó á golpearme con ella en los sitios más sensibles de mi cuerpo. Tras de lo cual cogió un látigo y me asestó con él quinientos latigazos, enroscándolo cruelmente á mis partes más delicadas y á mis costillas. Esto os explicará, señores míos, las huellas y cicatrices que hace un rato pudisteis observar en mi cuerpo.

Después de infligirme este tratamiento, hizo que me sacaran de allí y me arrojaran á la calle, como una espuerta de basura.

Entonces, arreglándome como pude, me arrastré hasta mi casa todo ensangrentado, para caer desvanecido cuan largo era apenas entré en mi habitación, abandonada desde hacía tanto tiempo.

Cuando, al cabo de un largo espacio de tiempo, volví de mi desmayo, acudí á un sabio cirujano, de mano muy suave, que me cuidó delicadamente las heridas, y á fuerza de bálsamos y de ungüentos logró obtener mi curación. Permanecí dos meses, empero, acostado y sin moverme; y cuando pude salir, lo primero que hice fué ir al hammam, y después de bañarme, me personé en mi tienda. En ella me apresuré á subastar cuantas cosas preciosas contenía, realicé todo lo que pude realizar, y con la suma que su importe me produjo compré cuatrocientos jóvenes mamalik, á los cuales vestí ricamente, y ese barco donde me habéis visto esta noche en su compañía. Escogí para que se mantuviese á mi derecha á uno de ellos que se parecía á Giafar, y á otro para darle las prerrogativas de porta-alfanje, á ejemplo de lo que hace el Emir de los Creyentes. Y con objeto de olvidar mis tribulaciones, me disfracé yo mismo de califa, y adquirí la costumbre de pasearme por el río todas las noches en medio de la iluminación de mi barco y de los cánticos y sones de instrumentos. ¡Y así transcurre mi vida desde hace un año, conservando la ilusión suprema de que soy el califa, por ver si con ello consigo ahuyentar de mi espíritu la pena que lo invade á partir del día en que mi esposa hizo que me casti-

garan tan cruelmente por culpa de la mutua rivalidad que alimentaban Sett Zobeida y ella! ¡Y sólo yo, que ignoraba todo aquello, sufrí las consecuencias de semejante disputa de mujeres! ¡He aquí mi triste historia, ¡oh mis señores! ¡Y ya no me resta mas que daros las gracias por haber querido reuniros con nosotros para pasar la noche amistosamente!»

Cuando el califa Harún Al-Rachid oyó esta historia, exclamó: «¡Loor á Alah, que hace que cada efecto tenga su causa!» Luego se levantó y pidió permiso al joven para retirarse con sus compañeros. Se lo permitió el joven, y el califa salió de allí para regresar al palacio, pensando en el modo de reparar la injusticia cometida con el joven por las dos mujeres. Y por su parte, estaba Giafar muy desolado de que su hermana fuese la causante de tal aventura, destinada entonces á que todo el palacio se enterase de ella.

Al día siguiente, revestido con las insignias de su autoridad, en medio de sus emires y chambelanes, el califa dijo á Giafar: «¡Haz que se presente á mí el joven que nos dió hospitalidad ayer por la noche!» Y Giafar salió inmediatamente, para volver muy pronto con el joven, que besó la tierra entre las manos del califa, y después de las zalemas, le cumplimentó en versos. Encantado Al-Rachid, le mandó acercarse y sentarse al lado suyo, y le dijo: «¡Oh Mohammad-Alí! te he llamado para oir de tus

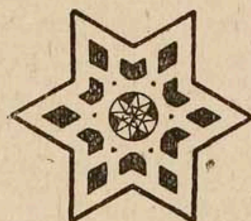
labios la historia que ayer contaste á los tres mercaderes. ¡Es prodigiosa y está llena de enseñanzas útiles!» El joven dijo, muy emocionado: «¡No podré hablar ¡oh Emir de los Creyentes! mientras no me des el pañuelo de seguridad!» El califa le tiró al punto su pañuelo en prueba de que estaba seguro, y el joven repitió su relato sin omitir un detalle. Cuando acabó, Al-Rachid le dijo: «¿Y quisieras que tu esposa volviese ahora á tu lado, á pesar de sus yerros para contigo?» El joven contestó: «¡Bien venido sea todo lo que me venga de mano del califa, porque los dedos de nuestro amo son las llaves de los beneficios, y sus acciones no son acciones, sino collares preciosos, adorno de los cuellos!» Entonces el califa dijo á Giafar: «Venga á mí ¡oh Giafar! tu hermana, la hija del emir Yahía.» Y Giafar hizo que se presentara su hermana en seguida; y el califa le preguntó: «Dime, ¡oh hija de nuestro fiel Yahía! ¿conoces á este joven?» Ella contestó: «¡Oh Emir de los Creyentes! ¿desde cuándo saben las mujeres conocer á los hombres?» El califa sonrió y dijo: «Pues bien; voy á decirte su nombre. Se llama Mohammad-Alí, y es hijo del difunto síndico de los joyeros. ¡Lo pasado, pasado, y al presente deseo darte á él por esposo!» Ella contestó: «¡La dádiva de nuestro amo está por encima de nuestras cabezas y de nuestros ojos!»

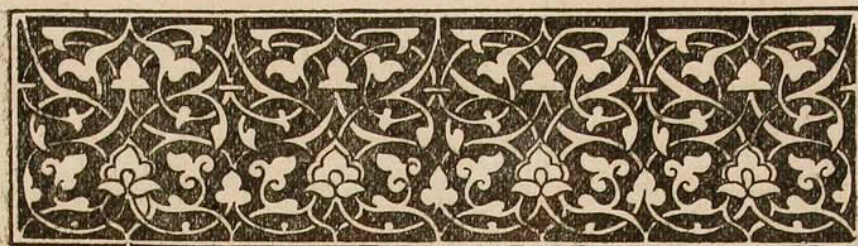
Al momento llamó el califa al kadí y á los testigos, é hizo extender legalmente el contrato de matrimonio, uniendo aquella vez á los dos jóvenes

de un modo duradero para su dicha, que fué perfecta. Y quiso retener junto á él á Mohammad-Alí para contarle entre sus íntimos hasta el fin de sus días. ¡Y he aquí cómo Al-Rachid sabía consagrar sus ocios á unir lo que estaba desunido y á hacer felices á aquellos á quienes traicionó el Destino!

Pero no creas, ¡oh rey afortunado! continuó Schahrazada, que esta historia, que sólo te conté para distraerte de las anécdotas cortas, pueda igualar de cerca ni de lejos á la maravillosa Historia de Rosa-en-el-Cáliz y de Delicia-del-Mundo.







HISTORIA DE ROSA-EN-EL-CÁLIZ Y DE DELICIA-DEL-MUNDO

Y Schahrazada dijo al rey Schahriar:



Cuentan que, en la antigüedad del tiempo y el pasado de las épocas y de las edades, había un rey muy ilustre lleno de poderío y de gloria. Tenía un visir llamado Ibrahim, cuya hija era una maravilla de gracia y de belleza, superando á todas en elegancia y perfección, y estaba dotada de una inteligencia notable y de maneras notoriamente exquisitas. Además, le gustaban en extremo las reuniones animadas y el vino que da alegría, sin que desdeñase los semblantes lindos, los versos en cuanto de más refinado tienen y las historias extraordinarias. Atesoraba en sí tantas delicadas delicias, que atraía enamorados de ella á los corazones

y á las cabezas, como le dijo cierta vez uno de los poetas que le cantaron:

¡Estoy prendado de la seductora! ¡Encantadora de turcos y árabes, conoce todas las finuras de la jurisprudencia, de la sintaxis y de las bellas letras!

Así es que cuando discutimos ambos acerca de estas cosas, he aquí lo que me dice á veces la maligna:

«¡Yo soy agente pasivo, y tú te obstinas en ponerme en el caso indirecto! ¿Por qué? ¡En cambio, dejas siempre en el acusativo á tu régimen, cuya misión es ser activo, y jamás le otorgas el signo de la erección!»

Yo le digo: «¡No sólo te pertenece mi régimen, ¡oh mi señora! sino también mi vida y toda mi alma! Pero no te asombres ya de este trueque de papeles. Hoy cambiaron los tiempos y se trastornaron las cosas.

No obstante, si á pesar de lo que te digo no quieres creer en tal cambio, ¡no dudes más y mira mi régimen! ¿No has notado que el nudo de la cabeza lo tiene en la cola?»

Y esta joven era tan exquisita, tan dulce y de una belleza tan viva, que la llamaban Rosa-en-el-Cáliz...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 400.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y esta joven era tan exquisita, tan dulce y de una belleza tan viva, que le llamaban Rosa-en-el-Cáliz.

El rey, á quien gustaba mucho que estuviera ella á su lado en los festines, por lo bien dotada que se hallaba de finura de ingenio y distinción, tenía por costumbre dar todos los años grandes fiestas, y con esta ocasión aprovecharse de la presencia en palacio de los principales personajes de su reino para jugar con ellos á la pelota.

Cuando llegó el día en que los invitados del rey se reunían con motivo de este juego de pelota, Rosa-en-el-Cáliz se sentó á su ventana para disfrutar del espectáculo. En seguida empezó á animarse el juego, y la hija del visir, que seguía con la vista á los jugadores y observaba sus movimientos, divisó entre ellos á un joven infinitamente hermoso, de rostro encantador, de dientes sonrientes, de cintura breve y de anchos hombros. Al verle, experimentó tal placer que no pudo hartarse de contemplarle ni dejar de lanzarle ojeadas repetidas. Acabó por llamar á su nodriza, y le preguntó: «¿Sabes el nombre de ese joven exquisito, tan lleno

de distinción, que está en medio de los jugadores?» La nodriza contestó: «¡Oh hija mía, todos son hermosos! No sé de cuál quieres hablar.» La joven dijo: «¡Espera, que voy á enseñártelo!» Y cogió al punto una manzana y se la arrojó al joven, que se volvió y levantó la cabeza en dirección á la ventana. Vió entonces á Rosa-en-el-Cáliz, sonriente y bella como la luna llena al iluminar las tinieblas; y de repente, sin tener tiempo de separar de allí ya su mirada, se sintió extremadamente conmovido de amor; y recitó estos versos del poeta:

¿Quién punzó mi corazón enamorado? ¿Fué el arquero ó la flecha de tus pupilas?

¿De dónde vienes tan veloz, flecha acerada? ¿De la muchedumbre de guerreros ó de una ventana simplemente?

Rosa-en-el-Cáliz preguntó entonces á su nodriza: «Y ahora, ¿puedes ya decirme el nombre de ese joven?» La nodriza contestó: «Se llama Delicia-del-Mundo.» Al oir estas palabras, la joven echó atrás la cabeza con placer y emoción, dejóse caer en el diván, gimió profundamente é improvisó estas estrofas:

No ha tenido por qué arrepentirse quien te llamó Delicia-del-Mundo, ¡oh tú que unes una delicadeza exquisita de modales á todas las cualidades excelentes!

¡Oh naciente luna llena! ¡Oh rostro brillante que alumbras el universo é iluminas el mundo!

¡Entre todas las criaturas, eres el único sultán de la belleza! ¡Y tengo testigos que me den la razón!

¿No es tu ceja la letra nun, *perfectamente trazada? ¿No se asemeja la almendra de tu ojo á la letra* sad, *escrita por los dedos amorosos del Creador?*

¡Y tu cintura! ¿No es la joven, la tierna rama flexible que toma todas las formas deseables?

Si ya tu intrepidez ¡oh jinete! sobrepujó al valor de los más fuertes, ¿qué no diré de tu gracia superior y de tu hermosura?

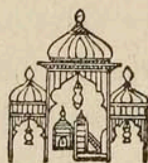
Terminada esta improvisación, Rosa-en-el-Cáliz cogió una hoja de papel y transcribió los versos cuidadosamente. La dobló luego y la metió en una bolsita de seda bordada en oro, la cual escondió debajo del cojín del diván.

Y he aquí que la vieja nodriza, que había observado estos diversos movimientos de su señora, se puso á charlar con ella de unas cosas y de otras hasta que la dejó dormida. Entonces sacó cuidadosamente de debajo del cojín la hoja de papel, la leyó, y convencida de la pasión que sentía Rosa-en-el-Cáliz, la colocó en el mismo sitio. Luego, cuando se despertó la joven, le dijo: «¡Oh mi señora, soy para ti la mejor y más tierna de las consejeras! Debo, pues, decirte cuán violenta es la pasión de amor, y prevenirte de que cuando se concentra en un corazón sin poder expansionarse, lo derrite

aunque sea de acero, y produce en el cuerpo muchas enfermedades y deformidades. ¡Por el contrario, si la persona que sufre de este mal de amor se lo revela á otra, tal cosa sólo alivio ha de proporcionarle!»

Al oir estas palabras de su nodriza, Rosa-en-el-Cáliz dijo: «¡Oh nodriza! ¿conoces un remedio para el amor?» La nodriza contestó: «Lo conozco. ¡Consiste en poseer á la persona amada!» La joven preguntó: «¿Y qué hacer para conseguir esa posesión?» La nodriza dijo: «¡Oh mi señora! por el pronto basta con cambiar cartas llenas de palabras dulces, de salutaciones y de cumplimientos; porque tal es el medio mejor á que para reunirse recurren dos amigos, y lo primero que hay que hacer para resolver dificultades y prevenir complicaciones. Así, pues...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 401.ª NOCHE

Ella dijo:

»...Así, pues, ¡oh mi señora! en caso de que ocultes en tu corazón alguna cosa, no temas confiármela; porque si es un secreto, lo guardaré

intacto de toda divulgación ¡y nadie como yo sabrá servirte con sus ojos y su cabeza para satisfacer tus menores deseos y llevar discretamente tus misivas!»

Cuando Rosa-en-el-Cáliz hubo oído estas palabras de su nodriza, sintió que la alegría le arrebataba la razón; pero retuvo en su alma cualquier palabra imprudente que revelase la causa de la turbación que la agitaba, diciendo para sí: «Nadie conoce todavía mi secreto; y para mayor seguridad, más vale no informar de nada á esta mujer mientras no posea pruebas ciertas de su fidelidad.» Pero ya añadía la nodriza: «¡Oh hija mía! la noche última vi á un hombre que se me apareció en sueños y me dijo: «¡Has de saber que tu joven señora y Delicia-del-Mundo están enamorados uno de otro, y á ti te incumbe favorecer la aventura y encargarte de sus misivas, haciéndoles toda clase de servicios con gran discreción, si quieres disfrutar tranquilamente una porción de ventajas!» Yo ¡oh mi señora! te cuento lo que he visto. ¡Tú serás ahora quien decida!» Rosa-en-el-Cáliz contestó: «¡Oh nodriza! ¿te sientes verdaderamente capaz de callar secretos?» La nodriza dijo: «¿Cómo puedes dudarlo ni un instante, cuando soy una esencia entre las esencias de los corazones selectos?» Entonces ya no dudó la joven, exhibiéndole el papel en que había escrito los versos, y se lo entregó, diciéndole: «¡Date prisa á llevar esto á Delicia-del-Mundo y á traerme la respuesta!» La nodriza

se levantó al punto y se presentó en casa de Delicia-del-Mundo, empezando por besarle la mano para luego cumplimentarle con las expresiones más amables y corteses. Tras de lo cual le entregó el billete.

Delicia-del-Mundo desdobló el papel y lo leyó. Luego, cuando se enteró bien del contenido, escribió al dorso de la hoja los versos siguientes:

¡Exaltado por el amor, late mi corazón apasionadamente, y en vano trato de contener su ímpetu tumultuoso! ¡El estado en que me hallo descubre mis sentimientos!

Si mis lágrimas se desbordan, le digo á mi censor: «¡Es porque tengo los ojos malos!» Así creo engañarle acerca del verdadero motivo, ocultándole mis intimidades.

¡Libre aún ayer de toda ligadura y con el corazón tranquilo, yo ignoraba el amor! ¡Y he aquí que me despierto con el corazón dominado por el amor!

¡Voy á revelaros mi estado y á contaros mi cuita de amor, á fin de que vuestro corazón se compadezca del desgraciado que arde de pasión y á quien tortura la suerte!

¡Con las lágrimas de mis ojos trazo aquí este lamento, para con ello daros una prueba del amor á que obedece!

¡Preserve Alah de toda asechanza á un rostro que la belleza se encargó de cubrir con su velo, y

ante el cual se inclina la luna, honrándole las estrellas cual esclavas!

¡Como hermosura, no he visto nada parecido! ¡Oh, su talle! ¡Las flexibles ramas aprenden á ondular viéndolo balancearse!

¡Ahora, si no os fastidia, me atrevo á suplicaros que vengáis á verme! ¡Oh, eso tiene para mí un valor muy grande!

¡No me resta ya mas que haceros don de mi alma, con la esperanza de que acaso la aceptéis! ¡Vuestra llegada será para mí el Paraíso, y la Gehenna vuestra repulsa!

Después de escribir lo anterior, dobló la hoja, la besó y se la entregó á la nodriza, diciéndole: «¡Madre mía, cuento con tu bondad para predisponer en mi favor la voluntad de tu señora!» Ella contestó: «¡Escucho y obedezco!» Cogió el billete y volvió á toda prisa al lado de su señora, á quien se lo entregó.

Al tomar el billete, Rosa-en-el-Cáliz se lo llevó á los labios y luego á la frente, lo desdobló y lo leyó. Y cuando se hubo enterado bien de su contenido, escribió debajo los siguientes versos:

¡Oh tú, cuyo corazón se prendó de nuestra belleza, no te arrepientas de unir la paciencia al amor! ¡Tal vez sea un medio de llegar á poseernos!

¡Cuando hemos advertido que tu amor era sincero y que tu corazón sufrió los mismos tormentos que nuestro corazón,

Sentimos un deseo igual á tu deseo de vernos por fin unidos; pero nos retuvo el temor á nuestros guardianes!

¡Sabe que, al descender sobre nos la noche llena de tinieblas, se exalta tanto nuestro ardor, que se encienden hogueras en nuestras entrañas!

¡Las tiránicas torturas del deseo que nos llama á ti ahuyentan de nuestra cama el sueño entonces, y de nuestro cuerpo se apodera el dolor!

¡Pero no olvides que el primer deber de los enamorados es ocultar á los demás su amor! ¡Guárdate, pues, de descorrer ante extrañas miradas el velo que nos proteje!

¡Y ahora quiero gritar que mis entrañas se hallan rebosando amor á cierto jovenzuelo! ¡Oh! ¿por qué no se quedó para siempre en nuestras moradas?

Cuando acabó de escribir estos versos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGO LA 402.ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando acabó de escribir estos versos, dobló el papel y se lo entregó á la nodriza, que lo cogió

y salió del palacio. Pero quiso el Destino que se encontrase precisamente con el chambelán del visir, padre de Rosa-en-el-Cáliz, que le preguntó: «¿Adónde vas así á esta hora?» A estas palabras se sintió ella presa de una turbación extremada, y contestó: «¡Al hammam!» Y continuó su camino, pero tan turbada, que dejó caer, sin advertirlo, el billete, mal guardado en un pliegue de su cinturón. ¡Y esto en cuanto á ella!

Pero por lo que respecta al billete caído á tierra cerca de la puerta del palacio, lo recogió uno de los eunucos, que apresuróse á llevárselo al visir.

Y he aquí que precisamente el visir acababa de salir de su harem y había entrado en la sala de recepción para sentarse en su diván. Y mientras permanecía sentado de tal guisa tan tranquilo, el eunuco se adelantó con el billete consabido en la mano y le dijo: «Mi señor, acabo de encontrar por el suelo en la casa este billete, que me he apresurado á recoger.» El visir se lo arrebató de las manos, lo desdobló, y vió escritos allí los versos en cuestión. Los leyó, y cuando se penetró de su sentido, examinó la letra, que le pareció ser, sin género de duda, la de su hija Rosa-en-el-Cáliz.

Al ver aquello, se levantó y fué en busca de su esposa, madre de la joven, llorando tan abundantemente, que se mojó con lágrimas toda la barba. Y le preguntó su esposa: «¿Qué te impulsa á llorar de esa manera, ¡oh mi dueño!?» Él contestó: «¡Toma este papel y mira lo que dice!» Cogió ella el papel,

lo leyó, y se dió cuenta de que había correspondencia entre su hija Rosa-en-el-Cáliz y Delicia-del-Mundo. Al averiguarlo, acudieron á sus ojos las lágrimas; pero torturó su alma sin llorar, y dijo al visir: «¡Oh mi señor, de ninguna utilidad serán las lágrimas, y la única idea excelente consiste en imaginar la manera de poner á salvo tu honor y ocultar el enredo en que se ha metido tu hija!» Y siguió consolándole y mitigándole las penas. Él contestó: «¡Mucho me aflige por mi hija esa pasión! ¿No sabes que el sultán experimenta por Rosa-en-el-Cáliz una afección muy grande? Así es que mi temor en este asunto obedece á dos causas: primero por lo que me concierne, pues que se trata de mi hija; después por lo que afecta al sultán, ya que Rosa-en-el-Cáliz es la favorita del sultán, y pueden originarse de ahí graves complicaciones. ¿Y qué opinas tú de todo eso?» Ella contestó: «¡Espera un poco, para darme tiempo á que pronuncie la plegaria que me ha de iluminar en cuanto al partido que debe tomarse!» Y al punto colocóse en actitud de orar, según el rito y la Sunna, ejecutando las prácticas piadosas prescritas para tal caso.

Terminada la plegaria, dijo á su esposo: «Has de saber que en medio del mar llamado Bahr Al-Konuz hay una montaña que se llama la Montaña-marina-de-la-Madre-que-perdió-su-hijo. Nadie puede arribar á ese paraje mas que con dificultades infinitas. Te aconsejo, pues, que instales allí una vivienda para tu hija.»

Conforme en este punto con su esposa, el visir resolvió hacer que se construyera en aquella Montaña-marina-de-la-Madre-que-perdió-su-hijo un palacio inaccesible, en el cual confinaría á Rosa-en-el-Cáliz, cuidando de surtirla de provisiones para un año, que se renovarían á principios del año siguiente, y dándola un séquito que la hiciere compañía y la sirviese.

Una vez que hubo formado semejante resolución, el visir congregó á carpinteros, albañiles y arquitectos y los mandó á aquella montaña, donde no dejaron de edificar un palacio inaccesible y tal como no se había visto otro en el mundo.

Entonces el visir hizo preparar las provisiones para el viaje, organizó la caravana, y penetró de noche en las habitaciones de su hija, ordenándola que se pusiera en marcha. Ante una orden así, Rosa-en-el-Cáliz sintió con violencia las angustias de la separación, y cuando salió del palacio y se dió cuenta de los preparativos del viaje, no pudo por menos de llorar con un llanto abundante. Con objeto de informar á Delicia-del-Mundo del ardor amoroso que pasaba por ella, capaz por lo violento de estremecer la piel, fundir las rocas más duras y hacer desbordarse las lágrimas, se le ocurrió entonces escribir sobre la puerta los versos siguientes:

¡Oh casa! ¡Si á la mañana pasase el ser amado, saludando con señas amorosas,

Devuélvele de parte nuestra un saludo delicioso

y perfumado, porque no sabemos adónde nos llevará la suerte esta noche!

¡Ni yo misma sé hacia qué lugares me transporta el viaje, pues me conducen de prisa, y con un equipaje reducido!

¡Vendrá la noche, y un pájaro oculto en los ramajes anunciará con sus endechas moduladas la noticia de nuestro triste destino!

Dirá con su lenguaje: «¡Qué dolor! ¡Cuán cruel es separarse de quien se ama!»

¡Y cuando vi ya llenas las copas de la separación y á la suerte dispuesta á ofrecérnoslas á pesar nuestro,

He gustado con resignación el amargo brebaje! ¡Pero la resignación ¡ay! no podrá nunca procurarme el olvido!

Cuando trazó sobre la puerta estos versos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 403.ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando trazó sobre la puerta estos versos, se colocó en su palanquín, y la caravana se puso en

marcha. Franquearon llanuras y desiertos, terrenos uniformes y montes accidentados, y llegaron de tal suerte al mar de Al-Konuz, á la orilla del cual armaron sus tiendas; y construyeron un gran navío, en el que hicieron embarcarse con su séquito á la joven.

Y como el visir había dado orden á los conductores de la caravana de que cuando dejasen á la joven confinada en el palacio enclavado en la cima de la montaña volviesen á la playa y destruyesen el navío, se guardaron muy mucho de desobedecer, y ejecutaron puntualmente la misión que se les encargó, para regresar luego á presencia del visir, llorando por todo aquello. ¡Y he aquí cuanto á ellos se refiere!

Pero respecto á Delicia-del-Mundo, cuando se despertó al día siguiente no dejó de hacer su oración matinal y de montar á caballo para ponerse al servicio del sultán, como de costumbre. Al pasar por la puerta del visir, advirtió los versos escritos en ella, y al leerlos creyó perder el sentido, y se encendió el fuego en sus entrañas trastornadas.

Volvióse entonces á su casa, donde no pudo estarse quieto ni un momento, presa de la impaciencia, de la inquietud y de la agitación.

Luego, al caer la noche, temeroso de revelar su estado á la servidumbre de su casa, se apresuró á salir, vagando á la ventura por los caminos, perplejo y hosco.

Anduvo de tal modo toda la noche y parte de

la mañana siguiente, hasta que el calor intenso y la sed torturadora le obligaron á descansar algo. Y he aquí que precisamente había llegado al borde de un arroyo sombreado por un árbol, y se sentó allí y cogió agua en el hueco de las manos. Pero al llevar á sus labios esta agua no la encontró sabor ninguno; al mismo tiempo sintió que se le demudaba el semblante y se le ponía amarillo el color; y vió que tenía los pies hinchados por la marcha y el cansancio. Entonces se echó á llorar copiosamente, y con las mejillas empapadas de lágrimas recitó estos versos:

¡Se embriaga el enamorado con el amor de su amigo, y aumenta su embriaguez la intensidad de sus deseos!

¡La locura de su amor le hace vagar exaltado y frenético; no halla en ninguna parte asilo; no tiene gusto ninguno en alimentarse!

¿Cómo puede encontrar alegría el enamorado, viviendo lejos de su amigo? ¡Ah! ¡sería prodigioso!

¡Derretido estoy desde que el amor habita en mí; y torrentes de llanto me lavan las mejillas!

¡Oh! ¿cuándo veré al amigo ó á alguien de su tribu que traiga un poco de calma á este torturado corazón?

Cuando hubo recitado estos versos, Delicia-del-Mundo lloró hasta mojar la tierra; luego se levantó y alejóse de aquellos parajes. Caminando de tal

manera, desolado, por llanuras y desiertos, vió de pronto ante sí un león de hirsuta crin, formidable cuello, cabeza enorme como una cúpula, fauces más anchas que una puerta y dientes parecidos á colmillos de elefante. Al verlo no dudó ni por un momento de su perdición; se volvió en dirección á la Meca, pronunció su acto de fe y se preparó á morir. Pero en aquel preciso instante acordóse de pronto de haber leído antaño en los libros antiguos que el león era sensible á la dulzura de las palabras, se complacía con las adulaciones, y de este modo se dejaba amansar fácilmente. Entonces empezó á decirle: «¡Oh león de las selvas! ¡oh león de las llanuras! ¡oh león intrépido! ¡oh jefe temido de los bravos! ¡oh sultán de los animales! ¡delante de tu grandeza tienes á un pobre enamorado aniquilado por la separación y con la mente enloquecida, á quien la pasión redujo hasta este extremo! ¡Escucha mis palabras y apiádate de mi perplejidad y mi dolor!»

Cuando el león hubo oído este discurso, retrocedió unos pasos, se sentó, levantó la cabeza mirando á Delicia-del-Mundo, y púsose á jugar con su cola y sus patas delanteras. Al ver aquellos movimientos del león, Delicia-del-Mundo recitó estos versos:

¡Oh león del desierto! ¿vas á matarme antes de que encuentre á quien me ató el corazón?

¡Oh, no soy caza preciada, ni siquiera gorda,

porque consumido está mi cuerpo por la pérdida del amigo, y tengo el corazón devastado!

¿Qué harás con un muerto á quien sólo el sudario falta?

¡Oh león tumultuoso en la refriega!

¡Si me maltratas, alegrarás con ello á los que me envidian!

¡No soy mas que un pobre enamorado anegado en lágrimas,

Con el corazón oprimido por la ausencia del amigo!

¿Qué ha sido del amigo? ¡Oh tristes pensamientos de mis noches inquietas!

¡He aquí que no sé ya si mi vida se debate en la nada!

Cuando el león hubo oído estos versos, se levantó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 404.ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando el león hubo oído estos versos, se levantó, y con los ojos llenos de lágrimas, avanzó con mucha dulzura hacia Delicia-del-Mundo, poniéndose á lamerle pies y manos con la lengua. Tras de lo cual hízole señas de que le siguiera y echó á andar delante de él. Delicia-del-Mundo siguió al león, y caminaron ambos de tal suerte durante cierto tiempo. Después de escalar una montaña alta y descender por la vertiente, vieron en la llanura huellas de la caravana. Entonces Delicia-del-Mundo empezó á seguir con atención aquellas huellas, y al verle ya sobre la pista, el león le dejó que continuase solo sus pesquisas y volvió pies atrás para emprender de nuevo su camino.

En cuanto á Delicia-del-Mundo, continuó siguiendo día y noche las huellas de la caravana, y de tal suerte llegó á orillas del mar rugiente, de olas tumultuosas, donde los pasos se perdían en el agua. Comprendió entonces que la caravana habíase embarcado y había proseguido por el mar su ruta, y perdió toda esperanza de encontrar á su bienamada. A la sazón dejó correr sus lágrimas y recitó estos versos:

¡Muy lejos está la amiga ahora, y mi paciencia llega al límite!

¿Cómo ir en pos de ella por los abismos del mar?

¿Cómo resignarme cuando están consumidas mis entrañas,

Y el insomnio sustituyó al sueño en mis ojos?

¡Desde que abandonó las moradas y nuestra tierra,

Mi corazón está inflamado! ¡Y qué llama le inflama!

¡Oh grandes ríos Seyhún, Jeyhún y tú, Éufrates! ¡Cual vosotros corren ya mis lágrimas!

¡Corren y se desbordan con más intensidad que los diluvios y las lluvias!

¡De tanto como los golpean esos torrentes de lágrimas, se me han ulcerado los párpados,

Y se incendió mi corazón al contacto de tantas chispas!

¡Las hordas de mi pasión y de mis deseos han subido al asalto de mi corazón!

¡Y el ejército de mi paciencia quedó vencido y derrotado!

¡Sin cálculo arriesgué mi vida por su amor;

Pero el riesgo de mi vida es el menor de los peligros que corrí!

¡Ojalá no sean castigados mis ojos por haber visto en el recinto prohibido

A esa maravillosa belleza, más resplandeciente que la luna!

¡Caí en tierra herido, con el corazón traspasado por las flechas

Que sin arco disparan sus anchos ojos maravillosamente rasgados!

¡Me ha seducido con la armonía de sus movimientos y su ligereza;

Su ligereza que no igualaría la flexibilidad de la rama joven sobre el tronco del sauce!

¡Con toda mi alma la imploro socorro para mis penas y quebrantos!

¡Pero ella me redujo al triste estado en que me veis,

Y sólo su mirada seductora causó mi perdición!

Cuando acabó de recitar estos versos, se echó á llorar de tal manera, que cayó sin conocimiento, y permaneció mucho tiempo así. Pero vuelto ya de su desmayo, giró la cabeza á la derecha y á la izquierda, y como se veía en un desierto sin habitantes, tuvo miedo á ser presa de los animales salvajes, y se puso á trepar por una alta montaña, en la cima de la cual oyó que salían de una caverna sonidos de voz humana. Escuchó la voz atentamente, y observó que era la de un ermitaño que había dejado el mundo para consagrarse á la devoción. Se acercó á aquella caverna y golpeó por tres veces la puerta, sin obtener respuesta del ermitaño y sin verle salir. Entonces suspiró profundamente y recitó estos versos:

¡Oh deseos míos! ¿cómo alcanzaréis vuestro fin?

¡Oh alma mía! ¿cómo olvidarás tus quebrantos, tus penas y tus fatigas?

¡Una á una, vinieron todas las calamidades á envejecer mi corazón

Y á blanquear mi cabeza en mi primera juventud!

¡Ningún socorro dulcifica la pasión que me consume,

Ningún amigo aligera la carga que pesa sobre mi alma!

¡Ah! ¿quién sabrá decir los tormentos de mis deseos,

Ahora que se volvió en contra mía el Destino?

¡Gracia, piedad para el pobre enamorado desolado,

El que bebió en el cáliz de la separación y el abandono!

¡Hay fuego en este corazón; se consumieron las entrañas,

Y de tanto como la pasión la ha torturado, la razón ha huído!

¡Ningún día fué más terrible que el de mi llegada á su morada,

Cuando vi los versos escritos en la puerta!

¡Oh, cuánto lloré! ¡A la tierra hice beber mis lágrimas ardientes,

Pero callé mi secreto ante allegados y extraños!

¡Oh ermitaño que buscaste el refugio de esta gruta para no ver nada de este mundo!

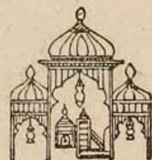
¡Acaso gustaras por ti mismo el amor, y se te huyera la razón también!

¡Yo, no obstante, á pesar de esto y aquello, á pesar de todo,

Olvidaría sin duda mis penas y fatigas si lograra mi propósito!

Cuando acabó de recitar estos versos, vió abrirse de pronto la puerta de la gruta y oyó que alguien gritaba: «¡La misericordia sobre ti!»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 405.ª NOCHE

Ella dijo:

...y oyó que alguien gritaba: «¡La misericordia sobre ti!» Entonces franqueó la puerta y deseó la paz al ermitaño, que le devolvió su saludo y le preguntó: «¿Cuál es tu nombre?» El joven dijo: «¡Me llamo Delicia-del-Mundo!» El ermitaño le preguntó: «¿A qué obedece tu llegada?» El joven le contó entonces su historia desde el principio hasta el fin, y también cuanto le había acaecido. Y el ermitaño se echó á llorar, y le dijo: «¡Oh De-

licia-del-Mundo! Veinte años hace ya que habito estos lugares y jamás vi á nadie durante mi estancia aquí, si exceptuamos el día de ayer. Porque oí llantos y tumulto, y al mirar por el lado de donde venían aquellas voces, vi una muchedumbre de gente y tiendas de campaña armadas en la playa. Luego vi que aquellas gentes construían un navío, en el que se embarcaron para desaparecer por alta mar. Volvieron poco tiempo después, aunque eran menos en número que á la ida; desarmaron el navío y de nuevo emprendieron el camino por donde habían venido. ¡Y me parece que los que partieron sin volver son precisamente los que tú buscas, ¡oh Delicia-del-Mundo! ¡Comprendo, pues, la intensidad de tu dolor, y te compadezco! Pero sabe que es imposible dar con un enamorado que no haya sufrido penas de amor!» Y el ermitaño recitó estos versos:

¡Oh Delicia-del-Mundo! Me crees despreocupado y con el corazón lleno de quietud,

Y no sabes que el ardor de la pasión me dobla y me desdobla como á un lienzo!

¡Desde mi primera infancia conocí el amor;

Cuando mamaba aún, conocí los transportes de amor!

¡Practiqué el amor durante tanto tiempo, que hube de hacerme célebre;

Y si le preguntaras por mí, él te diría que me conoce!

¡Bebí en la copa del amor y gusté su languidez amarga!

¡Tanto se estropeó mi cuerpo, que no soy ya mas que una apariencia de mí mismo!

¡Lleno de fuerza estuve antaño; ahora ha desaparecido mi vigor,

Y el ejército de mi paciencia quedó maltrecho bajo los alfanjes de las miradas!

¡No creas que llegarás al amor sin sufrir sinsabores,

Porque desde tiempos antiguos los extremos se tocan!

¡Para todos los enamorados decretó el amor

Que el olvido es lo mismo de ilícito que la impiedad!

Y cuando el ermitaño hubo acabado de recitar estos versos, se acercó á Delicia-del-Mundo y le estrechó en sus brazos; y juntos lloraron ambos de tal modo, que las montañas retemblaron con sus gemidos, y acabaron ellos por caer desmayados.

Cuando recobraron el conocimiento, se juraron mutuamente que en adelante se considerarían como hermanos en Alah (¡exaltado-sea!); y dijo el ermitaño á Delicia-del-Mundo: «Esta noche voy á orar y á consultar á Alah acerca de lo que debes hacer.» Delicia-del-Mundo contestó: «¡Escucho y obedezco!» ¡Y he aquí lo que á ellos atañe!

Pero he aquí lo que afecta á Rosa-en-el-Cáliz:

Cuando las gentes que la acompañaban la con-

dujeron á la Montaña-marina-de-la-Madre-que-perdió-su-hijo, y entró ella en el palacio que habíanla preparado, lo examinó con atención y miró todo su mobiliario; luego se echó á llorar, y exclamó: «¡Oh morada, deliciosa eres, ¡por Alah! pero falta entre tus muros la presencia del amigo!» Después, al notar que la isla estaba habitada por pájaros, ordenó á su séquito que tendieran redes para capturar estos pájaros y que los enjaularan conforme los fueran capturando, para más tarde llevarlos al interior del palacio. E inmediatamente se ejecutó su orden. Entonces Rosa-en-el-Cáliz se acodó á la ventana y dejó á su pensamiento ir en pos de los recuerdos. Y aquello despertaba en ella ardores pasados, deseos abrasadores y transportes, y le hacía verter lágrimas de sentimiento, trayéndole á la memoria estos versos, que recitó:

¿A quién dirigiré la cuita de amor que hay en mi alma, hablándome de las angustias que la alejan del amigo y del fuego que arde en mis costillas? ¡Pero me callaré por temor á mi guardián!

¡Más flaco que un mondadientes tengo el cuerpo, pues estoy consumida por los ardores, las tristezas de la ausencia y las lamentaciones!

¿En dónde están los ojos del amigo, para que vean el triste estado de extravío á que me ha reducido su recuerdo?

¡Se han excedido en sus derechos al transportarme á un paraje donde no puede venir mi bienamado!

¡Al sol le encargo que por tarde y mañana transmita á millares mis saludos al amante cuya hermosura cubre de vergüenza á la luna llena naciente, y cuya finura de talle supera á la de la rama tierna!

Si las rosas quisieran imitar á su mejilla, diría yo á las rosas: «¡No conseguiréis pareceros á una mejilla suya ¡oh rosas! mientras no seáis las rosas de su otra mejilla!»

¡Destila su boca una saliva que refrescaría la lumbre de un brasero encendido!

¿Cómo olvidarle, cuando es mi corazón, mi alma, mi sufrimiento, mi mal, mi médico y mi bienamado?

Pero cuando avanzó la noche con sus tinieblas, Rosa-en-el-Cáliz sintió aumentar la intensidad de sus deseos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 406.ª NOCHE

Ella dijo:

...Rosa-en-el-Cáliz sintió aumentar la intensidad de sus deseos y avivarse el recuerdo abrasador de sus desventuras. Entonces recitó estos versos:

¡He aquí la noche, que con sus tinieblas me trae ardores intensos y molestias; y mis deseos avivan en mí dolores abrasadores!

¡En mis entrañas habita ahora el tormento de la separación; mis pensamientos me aniquilan, mis ardores me agitan, mis transportes me queman y mis lágrimas traicionan un querido secreto!

¡Enamorada como estoy, no sé el modo de hacer cesar mi delgadez, mi debilidad y mi dolor!

¡Cada vez se enciende más el incendio de mi corazón, y la intensidad de su llama me devora el hígado!

¡En el día de la separación, no pude despedirme de mi bienamado! ¡Qué pena! ¡qué dolor!

¡Pero tú, caminante que has de informar de todos mis tormentos al amigo, dile que he soportado sufrimientos que no sabría describir ninguna pluma!

¡Por Alah! ¡Juro que mi amor será fiel siempre al bienamado! ¡Porque en el código del amor es lícito el juramento!

¡Oh noche! ¡Ve á llevar mi saludo al bienamado, y dile que eres testigo de mis insomnios!

Y así era como se lamentaba Rosa-en-el-Cáliz.

¡He aquí lo relativo á Delicia-del-Mundo! El ermitaño le dijo: «Baja al valle y tráeme una cantidad grande de fibras de palmera.» Bajó el joven, para regresar luego con las fibras que se le habían pedido; y el ermitaño las cogió y confeccionó con ellas una especie de red semejante á las redes

donde se transporta la paja; después dijo á Delicia-del-Mundo: «Has de saber que en el fondo del valle crece una clase de calabaza que cuando está madura se seca y se separa de sus raices. Baja á coger una porción de esas calabazas secas, sujétalas á esta red y tíralo todo al mar. No dejes de subirte encima, y la corriente te llevará entonces á alta mar y te hará alcanzar el fin que persigues. ¡Y no olvides que sin riesgos no se consigue nunca lo que uno se propone!» El joven contestó: «¡Escucho y obedezco!» Y después que el ermitaño le deseó buena suerte, se despidió de él y bajó al valle, donde no dejó de hacer lo que se le había aconsejado.

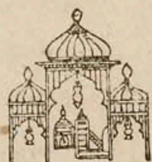
Cuando, llevado por la red de calabazas, llegó en medio del mar, levantóse con violencia un viento que le impulsó rápidamente y le hizo desaparecer á la vista del ermitaño. Zarandeáronle las olas, alzándole unas veces sobre montes de espumas, hundiéndole otras en su seno anchuroso, y de este modo fué juguete de los terrores del mar durante tres días y tres noches, hasta que los destinos le arrojaron al pie de la Montaña-marina-de-la-Madre-que-perdió-su-hijo. Llegó á la playa en un estado análogo al de un pollo mareado, con hambre y sed; pero no tardó en encontrar cerca de allí arroyos de agua corriente, aves canoras y árboles cargados de racimos de fruta, y así pudo satisfacer su hambre comiendo de aquellas frutas y aplacar su sed bebiendo de aquella agua pura.

Tras de lo cual se dirigió hacia el interior de la isla, y vió á lo lejos una cosa blanca, á la que fué aproximándose; y observó que era un palacio imponente, de muros escarpados, y se dirigió á la puerta, encontrándola cerrada. Entonces se sentó y no se movió ya durante tres días, al cabo de los cuales vió abrirse por fin la puerta y salir un eunuco, que le preguntó: «¿De dónde vienes? ¿Y cómo te arreglaste para llegar hasta aquí?» El joven contestó: «¡Vengo de Ispahán! ¡Viajaba por mar con mis mercancías, cuando se estrelló el navío en que yo iba, y las olas me arrojaron á esta isla!» Al oir tales palabras, el esclavo se puso á llorar; luego se echó al cuello de Delicia-del-Mundo, y le dijo: «¡Consérvete con vida Alah, ¡oh rostro amigo! Ispahán es mi tierra, y también vivía allá la hija de mi tío, la que amé en mi primera infancia y á la que estuve ligado estrechamente. Pero un día nos atacó una tribu más numerosa que la nuestra, capturando á una gran parte de nosotros; y yo estaba comprendido en el botín. Como en aquella época era yo un niño todavía, me cortaron los compañones para que aumentara mi precio y me vendieron como eunuco. ¡Y en este estado es como me ves!» Luego, tras de desear la paz una vez más á Delicia-del-Mundo, el eunuco le hizo entrar al patio principal del palacio.

Vió entonces el joven un maravilloso estanque rodeado de árboles de hermosas ramas frondosas, donde piaban agradablemente, bendiciendo al crea-

dor, pájaros encerrados en jaulas de plata con puertas de oro. Se aproximó á la primera jaula, la examinó con atención y vió que contenía una tórtola, que al punto lanzó un grito que significaba: «¡Oh generoso!» Y al oir aquel grito, Delicia-del-Mundo cayó desmayado; luego, cuando volvió en sí dejó escapar profundos suspiros, y recitó estos versos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 407.ª NOCHE

Ella dijo:

...dejó escapar profundos suspiros, y recitó estos versos:

¡Si estás prendada de amor como yo, ¡oh tórtola! invoca al Señor y arrulla: «¡Oh generoso!»

¡Quién sabe si es tu canto un grito de alegría ó la queja de amor de un corazón torturado!

¿Gimes á causa de la partida de tu amigo, ó porque te dejó débil y lánguida, ó acaso porque perdiste al objeto de tu amor?

¡Si es así, no temas exhalar tus quejas y proclamar á gritos el amor antiguo que te rebosa del corazón!

¡En cuanto á mí, conserve Alah á mi bienamada, y prometo no olvidarte nunca, hasta cuando mis huesos sean ya polvo!

Después de recitar estos versos se echó á llorar de tal manera, que cayó desvanecido. Y cuando recobró el conocimiento anduvo hasta llegar á la segunda jaula, en la que halló una paloma zorita, que al verle se puso á cantar, diciendo: «¡Oh Eterno, yo te glorifico!» Entonces Delicia-del-Mundo suspiró prolongadamente, y recitó estos versos:

¡La paloma zorita ha dicho quejosa: ¡Oh Eterno, yo te glorifico, á pesar de mis calamidades!

¡Oh Eterno, espero que tu bondad me permita reunirme con la bienamada en este destierro!

¡Cuántas veces se me apareció con sus labios de miel aromática, y me dejó más abrasado que nunca!

Mientras el fuego consume mi corazón y lo reduce á cenizas, lloro lágrimas de sangre, que se desbordan inundando mis mejillas, y me digo:

«¡La criatura no se fortalece mas que con sinsabores!» ¡Así es que quiero tomar mis males con paciencia!

¡Y si quiere Alah que me reuna con la dueña de mi corazón, gastaré mis riquezas en albergar á la tribu de mis semejantes los enamorados!

¡Libertaré de su prisión á las aves, y en mi felicidad, me despojaré de mi duelo!

Cuando hubo acabado de recitar estos versos, se acercó á la tercera jaula, y vió que contenía un ruiseñor, que, tan pronto como se dió cuenta de que le observaban, se puso á cantar. Y al oirle, recitó estos versos Delicia-del-Mundo:

¡Oh! ¡cómo me encanta el ruiseñor cuando deja oir su voz gentil, que se asemeja á una enamorada voz desfalleciente de amor!

¡Piedad para los enamorados! ¡Cuántas noches no pasan víctimas de las zozobras, los deseos y la inquietud!

¡Tan crueles son sus angustias, que parece que nunca conocieron ellos mas que noches sin sueño y sin mañana!

¡En cuanto á mí, desde que vi á mi amiga me encadenó su amor; y encadenado de tal suerte, dejo que de mis ojos se deslicen cadenas de lágrimas!

Y me digo: «¡He aquí las cadenas que al deslizarse de mis ojos encadenan toda mi persona!» ¡Y en esta forma se desborda mi ardor!

¡Al mismo tiempo estoy herido por el alejamiento de la amiga! ¡Se agotaron los tesoros de mi paciencia, y mis fuerzas se rindieron!

¡Sí; de ser equitativa la suerte, me reuniría con mi amiga!

¡Y ahora, cúbrame con su velo Alah, para que pueda yo desnudar mi cuerpo ante la amiga y hacerle ver así el grado de agotamiento á que me redujeron las alarmas, la inquietud y el abandono!

Cuando acabó de recitar estos versos, se adelantó hasta la cuarta jaula, y vió en ella un bulbul que al punto se puso á modular notas melancólicas. Y al oir aquel canto, Delicia-del-Mundo dejó escapar profundos suspiros, y recitó estos versos:

¡En las albas y las auroras, el bulbul consuela el corazón del enamorado con el sonido melodioso de las cuerdas de su voz!

¡Oh Delicia-del-Mundo, quejumbroso y languideciente! ¡Aniquilado por el amor está tu ser!

¡Hasta mí llegan no sé cuántos cánticos maravillosos, que enternecerían la dureza del hierro y de la piedra!

¡Y he aquí que el aire ligero de la mañana viene á nosotros pasando por los edenes de las praderas y y las flores exquisitas!

¡Oh, los cantos de pájaros en las albas y las mañanas, y tú, embalsamada brisa de las primeras claridades del día, cómo transportáis mi alma!

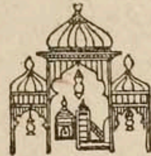
¡Pienso entonces en la amiga lejana, y mis lágrimas se precipitan en lluvia torrencial, mientras en mis entrañas arde un fuego terrible entre chispas y llamas!

¡Haga por fin Alah que el enamorado apasionado vuelva á ver á su amiga y á disfrutar de sus encantos! Porque, ¿acaso el enamorado no tiene una excusa manifiesta?

¡Digo esto porque sé que no hay como el hombre avisado para ver claro y disculpar!

Luego, cuando acabó de recitar estos versos, Delicia-del-Mundo anduvo un poco...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 408.ª NOCHE

Ella dijo:

...Delicia-del-Mundo anduvo un poco, y vió una jaula maravillosa, mucho más bonita que todas las demás juntas. Aquella jaula aprisionaba á un pichón salvaje, que tenía al cuello un collar de perlas admirables. Y al ver Delicia-del-Mundo á aquel pichón, conocido por su canto melancólico y amoroso, y á la sazón preso en aquella jaula con un aire muy triste y soñador, empezó á sollozar, y recitó estos versos:

¡Oh pichón de los bosques frondosos! ¡Oh hermano de los amantes, compañero de las almas sensibles, yo te saludo!

¡Amo á una tierna gacela, cuya mirada penetró en mi corazón más profundamente que el filo de una hoja cortante!

¡Su amor abrasó mi corazón y mis entrañas, y arruinó mi cuerpo con enfermedades!

¡Desde hace largo tiempo no saboreo las dulzuras del comer y del dormir!

¡De mi alma huyeron la paciencia y la tranquilidad, y la pasión vino á instalarse en ella para siempre!

¿Cómo podré en lo sucesivo encontrar alegría viviendo lejos de la amiga ausente? ¿Acaso no es ella mi aspiración, mi deseo y mi alma toda?

Cuando el pichón oyó estos versos de Delicia-del-Mundo, salió de su ensueño y empezó á gemir y á arrullar de manera tan quejumbrosa y melancólica, que parecía era humana su voz, y que en su lenguaje recitaba estos versos:

¡Oh joven enamorado! ¡Acabas de recordarme la época de mi juventud sumergida en el pasado,

Cuando me seducía mi amigo, cuyas formas graciosas adoraba yo, porque era maravillosamente hermoso!

¡A través de las ramas del montículo arenoso, su voz sumíase en un éxtasis entusiasmado con los caros acordes de la flauta!

¡Un día tendió una red el cazador y le apresó! Y exclamó mi amigo: «¡Oh mi libertad en el espacio! ¡Oh felicidad fugitiva!»

¡Sin embargo, yo esperaba que el cazador se compadeciese de mi amor y me devolviera á mi amigo; pero fué cruel!

¡Y ahora son ya excesivas mis torturas, y mis

deseos se avivan con el fuego de tan dura ausencia!

¡Oh! ¡Proteja Alah á los amantes enloquecidos y torturados por angustias como las mias!

¡Y ojalá alguno de ellos, al mirarme tan triste en mi jaula, me abra la puerta de ella y me devuelva á mi amigo!

Entonces Delicia-del-Mundo se encaró con su amigo el eunuco de Ispahán, y le dijo: «¿Qué palacio es este? ¿Quiénes lo habitan? ¿Y quién lo construyó?» El eunuco contestó: «¡Es el visir de tal rey quien lo construyó para su hija, con objeto de resguardarla de los acontecimientos del tiempo y de los accidentes del Destino! Acá la confinó con sus servidores y su séquito. ¡Y no se abren sus puertas mas que una vez al año, el día en que nos mandan provisiones!»

Al oir estas palabras, pensó para su alma Delicia-del-Mundo: «¡Por fin consigo mi propósito! Pero ¡cuán penoso me resulta tener que esperar tanto antes de verla!» Y he aquí lo que á él atañe.

¡Pero he aquí ahora lo concerniente á Rosa-en-el-Cáliz!

Desde que llegó al palacio, no tuvo gusto ya para saborear el placer de beber y comer, ni el del reposo y el sueño. Por el contrario, sentía aumentar en ella los tormentos de sus transportes apasionados; y mataba el tiempo recorriendo todo el palacio en busca de una salida, pero sin resultado. Y

un día en que no podía más, estalló en sollozos, y recitó estos versos:

¡Para torturarme, me han aprisionado lejos de mi amigo, y en mi prisión me hacen sufrir toda clase de tormentos!

¡Con los fuegos de la pasión me quemaron el corazón, alejando del amigo mis ojos!

¡Me encerraron en fortificadas torres que alzaron sobre montañas entre los abismos marinos!

¿Es que con ello quisieron que olvidara? ¡Pues desde entonces creció más aún mi amor!

¿Cómo podré olvidar? ¿No se debe todo lo que sufro á una sola mirada que dirigí al rostro del amado?

¡Entre penas se deslizan mis días, y me paso las noches asaltada por tristes pensamientos!

¡Pero aunque carezco de la presencia amada, me queda su recuerdo para consolarme en la soledad!

¡Ah! ¡Ojalá, después de todo esto, pueda ver un día que el Destino me reune con el bienamado!

Cuando acabó de recitar estos versos, Rosa-en-el-Cáliz subió á la terraza del palacio...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 409.ª NOCHE

Ella dijo:

...Rosa-en-el-Cáliz subió á la terraza del palacio, y valiéndose de sólidas telas de Baalbek, con las cuales se ató cuidadosamente, se descolgó á tierra desde lo alto de los muros. Y vestida como estaba con sus trajes más hermosos y con el cuello adornado por un collar de pedrerías, atravesó las llanuras desiertas que rodeaban el palacio, y llegó de esta manera á la orilla del mar.

Divisó allí á un pescador, á quien el viento de través había arrojado á lo largo de aquella costa mientras pescaba sentado en su barca. El pescador divisó asimismo á Rosa-en-el-Cáliz, y creyéndola una aparición obra de algún efrit, se atemorizó mucho y empezó á maniobrar para alejarse de allí cuanto antes. Entonces Rosa-en-el-Cáliz le llamó repetidas veces, y haciéndole numerosas señas, le recitó estos versos:

¡Oh pescador! ¡Calma tu turbación, pues soy un ser humano semejante á los demás!

¡Te pido que respondas á mis súplicas y escuches mi verídica historia!

¡Ten piedad de mí, y si un día llegas á posar tus

ojos en un amigo adusto y despiadado, Alah te preservará de los ardores que me abrasan!

¡Porque amo á un jovenzuelo cuyo rostro resplandeciente hace palidecer el brillo del sol y de la luna,

Cuyas miradas hicieron que la propia gacela exclamara, disculpándose: «¡Soy tu esclava!»

¡Sobre su frente escribió la belleza este renglón encantador, de sentido conciso:

«¡Quien le mira como á la antorcha del amor, va por buen camino; pero quien se separa de él, comete una falta grave y una impiedad!»

¡Oh pescador! ¿Cuál no sería mi dicha si consintieras en consolarme haciéndome que le encontrara? ¡Y cuán agradecida te quedaría yo entonces!

¡Te daría pedrerías y joyas, y perlas cogidas en el agua, y cuantas cosas preciosas hay!

¡Ojalá pueda satisfacer mi amigo un día mis deseos, porque en la espera se derrite mi corazón y se desmenuza!

Cuando oyó el pescador estas palabras, lloró, gimió y se lamentó, acordándose también de los días de su juventud, cuando estaba rendido de amor, atormentado por la pasión, torturado por zozobras y deseos, abrasado en el fuego de los transportes amorosos. Y se puso á recitar estos versos:

¡Qué perentoria excusa de la intensidad de mi

ardor! ¡Miembros descarnados, lágrimas esparcidas, ojos rotos por las vigilias, corazón golpeado como un eslabón brillante!

¡La calamidad del amor se apoderó de mí en la juventud, y he saboreado todas sus dulzuras engañosas!

¡Ahora quiero venderme para encontrar á un amigo ausente, á riesgo de perder el alma!

¡No obstante, espero que me sea lucrativa esta venta, porque es costumbre en los enamorados no regatear nunca el precio de su amigo!

Una vez que el pescador hubo acabado de recitar estos versos, se acercó con su barca á la orilla, y dijo á la joven: «¡Embárcate, pues estoy dispuesto á conducirte adonde quieras!» Entonces se embarcó Rosa-en-el-Cáliz, y el pescador se alejó de tierra á fuerza de remos.

Cuando se distanciaron un poco, se levantó un viento que empujó á la barca por la popa con tanta velocidad, que no tardaron en perder de vista la tierra, sin que supiese ya el pescador dónde se hallaba. Sin embargo, al cabo de tres días se calmó la tempestad, amenguó el viento, y con la venia de Alah (¡exaltado sea!) llegó la barca á una ciudad situada á orillas del mar.

Y he aquí que precisamente en el momento en que llegaba la barca del pescador, el rey de la ciudad, que era el rey Derbas, estaba sentado con su hijo á una ventana de su palacio que daba al

mar; y vió entrar en el puerto la barca del pescador y divisó á aquella joven, hermosa como la luna llena en el seno del cielo puro, que llevaba en las orejas pendientes de rubíes magníficos y al cuello un collar de maravillosas pedrerías. Supuso entonces que debía ser hija de un rey ó de un soberano, y seguido de su hijo abandonó el palacio y se dirigió á la playa, saliendo por la puerta que daba al mar.

En aquel momento ya estaba amarrada la barca, y la joven dormía en ella tranquilamente.

Entonces el rey se acercó á la joven y veló su sueño. Y cuando abrió los ojos ella se echó á llorar. Y el rey le preguntó: «¿De dónde vienes? ¿De quién eres hija? ¿Y á qué obedece tu llegada á esta comarca?» Ella contestó: «Soy la hija de Ibrahim, visir del rey Schamikh. ¡Y mi llegada aquí obedece á algo extraordinario y á una aventura muy extraña!» Luego contó al rey toda su historia, desde el principio hasta el fin, sin ocultarle nada. Tras de lo cual dejó escapar profundos suspiros, vertió llanto y recitó estos versos:

¡He aquí que han ulcerado mis párpados las lágrimas! ¡Ah! ¡Para que se desborden de tal modo han sido precisas tribulaciones muy singulares!

¡Y la causa de todo es un ser caro á mi corazón, con el cual jamás pude aplacar la sed de mis deseos!

¡Su rostro es tan hermoso, tan radiante y tan resplandeciente, que supera á la belleza de turcos y árabes!

¡Al verle aparecer, el sol y la luna se inclinaron con

amor, prendados de sus encantos, y rivalizaron en galantería para con él!

¡Su mirada hechicera es tan encantadora, que á todos los corazones fascina con su tirante arco dispuesto á lanzar flechas!

¡Oh tú, á quien acabo de contar detalladamente mis penas amargas, ten piedad de un enamorado convertido en juguete de las vicisitudes del amor!

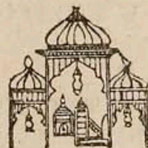
¡Ay! ¡En triste estado me arrojó el mar en medio de tu país, y sólo en tu generosidad tengo ya esperanza!

¡El hombre de corazón generoso que protege á quien le implora su hospitalidad, realiza, por lo general, una obra muy meritoria!

¡Oh tú, esperanza mía; extiende el velo protector sobre la tribu de los enamorados, y haz ¡oh mi señor! que se reunan!

Luego, una vez que hubo recitado estos versos, contó al rey algunos otros pormenores más...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 410.ª NOCHE

Ella dijo:

...una vez que hubo recitado estos versos, contó al rey algunos otros pormenores más; después que-

dóse hecha un mar de lágrimas, é improvisó los versos siguientes:

¡He podido disfrutar de la vida hasta el día en que conocí á aquel prodigio de amor! ¡Ojalá todos los meses del año sean para el amigo meses de tranquilidad, como lo es el mes sagrado de Ragab!

¡Cuán asombroso es que el día de mi destierro las lágrimas que vertí pudieran transformarse en fuego líquido dentro de mis entrañas!

¡Aquel día cayó de mis párpados una lluvia de sangre en gotas redondas; y la superficie de mis mejillas se coloreó de rojo!

¡Y los lienzos con que se enjugaron todas estas lágrimas se tiñeron tan de rojo, que parecían la túnica de Josef coloreada de una sangre engañosa!

Cuando oyó el rey las palabras de Rosa-en-el-Cáliz, no dudó ni por un instante de la profundidad del mal de amor que la aquejaba; y se compadeció de ella y le dijo: «¡No temas ni te aterres; conseguiste tu propósito! ¡Porque heme aquí dispuesto á hacer que logres tus aspiraciones y á darte al que pides! ¡Créeme, pues, y escucha algunas palabras mías!» Y al punto el rey recitó estos versos:

¡Oh hija de raza noble y generosa, llegaste á la meta perseguida! ¡Te lo anuncio con alegría! ¡Nada tienes que temer ya aquí!

¡Hoy mismo acumularé grandes riquezas y se las en-

viaré al rey Schamikh custodiadas por jinetes y guerreros!

¡Le enviaré cofrecillos de almizcle y fardos con brocados, añadiendo á ello oro y plata virgen!

¡Sí! ¡Y mis cartas le enterarán, por medio de la escritura, de que deseo ser su aliado y su pariente!

¡Hoy mismo te ayudaré con todas mis fuerzas para que te unas lo más pronto posible al que amas!

¡Por mí propio gusté siempre la amargura del amor! ¡Y he aprendido á compadecer y disculpar á quienes bebieron en tan amargo cáliz!

Cuando acabó de recitar estos versos, fué el rey en busca de sus soldados, y después de llamar á su visir, hízole que preparara un número incalculable de fardos con los presentes consabidos, dándole orden de que él mismo se pusiera en camino para llevarlos al rey Schamikh, y le dijo: «¡Es preciso, además, que sin remisión traigas de allá contigo á una persona que se llama Delicia-del-Mundo. Y dirás al rey: «Mi amo desea ser tu aliado, y el pacto de alianza entre tú y él será el matrimonio inmediato de Rosa-en-el-Cáliz con Delicia-del-Mundo, que es uno de los personajes de tu séquito. ¡Así, pues, has de confiarme á ese joven y le conduciré junto al rey Derbas para que en su presencia se extienda el contrato de matrimonio!»

Tras de lo cual el rey Derbas escribió al rey Schamikh una carta alusiva, se la entregó al visir,

reiterándole las órdenes concernientes á Delicia-del-Mundo, y le dijo: «¡Has de saber que como no me lo traigas, se te destituirá de tu cargo!» El visir contestó: «¡Escucho y obedezco!» Y al punto se puso en camino, con los presentes aquellos, hacia las comarcas del rey Schamikh.

Cuando llegó á presencia del rey Schamikh, le transmitió la zalema de parte del rey Derbas, y le entregó la carta y los presentes que había traído para él.

Al ver aquellos presentes y al leer la carta, donde se hacía referencia á Delicia-del-Mundo, el rey Schamikh vertió abundantes lágrimas y dijo al visir del rey Derbas: «¡Ay! ¿Dónde estará ahora Delicia-del-Mundo? ¡Porque ha desaparecido! ¡E ignoramos en qué sitio se encuentra! ¡Si puedes traérmelo, ¡oh visir embajador! te daré el doble de lo que suponen los presentes que me ofreces!» Y al decir estas palabras, quedó hecho un mar de lágrimas el rey, lanzando gemidos, lamentándose y estallando en sollozos. Luego recitó estos versos:

¡Devolvedme á mi bienamado, y os obsequiaré con tesoros de perlas y diamantes!

¡Era él para mí la luna llena en el seno de un cielo puro y bello! ¡Era el amigo predilecto, por sus modales exquisitos y encantadores!

¡No podría compararse con él la fina gacela! ¡Es su talle la rama del bambú, del que serían frutos sus maneras deliciosas!

¡Pero ni la frágil rama, á pesar de su belleza joven, podría seducir á la razón humana como él!

¡Entre caricias le eduqué en sus tiernos años! ¡Y heme aquí ahora triste y desolado por su alejamiento, y con el espíritu poseído de una turbación sin límite!

Tras de lo cual se encaró con el visir emisario que le llevó regalos y carta, y le dijo: «Regresa á tu país y dile á tu rey: «¡Delicia-del-Mundo se marchó hace ya más de un año, y su amo el rey ignora lo que de él ha sido!» El visir contestó: «¡Oh mi señor! mi amo me ha dicho: «¡Si no traes á Delicia-del-Mundo, se te destituirá del visirato y nunca más pondrás los pies en la ciudad!» ¿Cómo voy á regresar, por consiguiente, sin el joven?»

Entonces el rey Schamikh se encaró con su propio visir Ibrahim, padre de Rosa-en-el-Cáliz, y le dijo: «¡Vas á acompañar al visir emisario, y llevarás contigo una escolta importante; y de ese modo le ayudarás á hacer por todas las comarcas las pesquisas necesarias para encontrar á Delicia-del-Mundo!» El visir contestó: «¡Escucho y obedezco!»

Y al punto se hizo escoltar por una tropa de guardias, y en compañía del visir emisario partió en busca de Delicia-del-Mundo.

De esta suerte viajaron durante mucho tiempo, y cada vez que se cruzaban con beduínos ó caravanas, les pedían noticias de Delicia-del-Mundo, diciéndoles: «¿Habéis visto pasar á un individuo

así, cuyo nombre es éste y cuyas señas son tales y cuáles?» Y la gente contestaba...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 411.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y la gente contestaba: «¡No le conocemos!» Y continuaron informándose de esta manera por ciudades y poblados, y haciendo pesquisas por llanuras y terrenos accidentados, por tierras y desiertos, hasta que llegaron á la orilla del mar. Se embarcaron entonces á bordo de un navío, y viajaron por mar para arribar un día á la Montaña-marina-de-la-Madre-que-perdió-á-su-hijo.

El visir del rey Derbas dijo entonces al visir del rey Schamikh: «¿Por qué motivo dieron ese nombre á esta montaña?» El otro contestó: «¡Voy á decírtelo en seguida!

»Has de saber que en los tiempos antiguos bajó á esta montaña una gennia de la raza de los genn chinos. Y he aquí que un día, en sus excursiones terrestres, se tropezó con un hombre, y le amó con un amor apasionado. Pero temiendo por ella la cólera de los genn de su raza, si se divulgaba la

aventura, cuando ya no pudo reprimir el ardor de sus deseos, se puso en busca de un paraje solitario donde ocultar su amante á los ojos de sus parientes los genn, y acabó por dar con esta montaña desconocida de hombres y genn, por no ser camino de éstos ni de aquéllos. Se apoderó entonces de su amante y le transportó por los aires para depositarle en esta isla, donde hubo de vivir con él. Y de cuando en cuando se ausentaba de aquí para hacer acto de presencia entre sus parientes, dándose prisa por regresar en seguida, ocultamente, junto á su bienamado. Con lo cual, al cabo de cierto tiempo de llevar aquella vida, quedó encinta de él varias veces, y echó al mundo en esta montaña numerosos hijos. Y cuando pasaban cerca de esta montaña los mercaderes que viajaban por acá, oían desde sus navíos voces de niños que parecían los gritos quejumbrosos de una madre lamentándose, y se decían: «¡En esta montaña debe haber alguna pobre madre que perdió á sus hijos!» Y ese es el motivo de tal nombre.»

Al oir aquellas palabras, se asombró en extremo el visir del rey Derbas.

Pero ya habían echado pie á tierra, y llegaron al palacio, llamando á la puerta. Se abrió la puerta al punto, y salió de ella un eunuco, que reconoció inmediatamente á su amo el visir Ibrahim, padre de Rosa-en-el-Cáliz. En seguida le besó la mano y le introdujo en el palacio con su compañero y su séquito.

Llegado que fué al patio del palacio, el visir Ibrahim advirtió entre los servidores á un hombre de aspecto miserable, á quien no reconoció, y que no era otro que Delicia-del-Mundo. Así es que preguntó á su gente: «¿De dónde viene este individuo?» Le contestaron: «Es un pobre mercader que naufragó, perdiendo todas sus mercancías, y pudo salvarse él solo. ¡Se trata de un hombre inofensivo, de un santo sumido de continuo en el éxtasis de la plegaria!» El visir no insistió más y penetró en el interior del palacio.

Se dirigió entonces al aposento de su hija, y cuando llegó á él, no la encontró allí. Preguntó á las jóvenes que la servían de esclavas, y le contestaron: «¡No sabemos cómo ha salido de aquí! ¡Lo único que podemos decirte es que con nosotras sólo estuvo muy poco tiempo, porque desapareció!» A estas palabras, el visir derramó muchas lágrimas é improvisó estos versos:

¡Oh casa amenizada por los cantos de tus pájaros, y cuyos umbrales fueron tan soberbios y hermosos

Hasta el momento en que el enamorado vino á ti llorando su deseo, y encontró abiertas de par en par tus puertas hospitalarias!

¡Oh! ¿quién me dirá por dónde se perdió mi amor, la dueña de esta morada, solitaria ahora?

¡Aquí, antaño, vivían los chambelanes, entre el lujo, la felicidad y los honores! ¡Y se tendían por todas partes estofas de brocado!

¡Ay! ¿quién me dirá ya la suerte que corrieron los dueños que la habitaban?

Luego, cuando acabó de recitar estos versos, el visir Ibrahim empezó á llorar, á gemir y á lamentarse, y dijo: «¡Nadie puede escapar á los designios de Alah ni burlar lo que trazó Él de antemano!» Después subió á la terraza del palacio, y encontró allá las telas de Baalbek que estaban atadas por un extremo á las almenas y pendían hasta la parte baja de los muros. Entonces comprendió que su hija había huído valida de este medio, y extraviada por la pasión y enloquecida de dolor, se había marchado. Al mismo tiempo divisó dos pájaros grandes: un cuervo el uno y un buho el otro; y sin dudar ya de que aquello era un triste presagio, estalló en sollozos y recitó estos versos:

¡He venido á la morada de mi amigo con la esperanza de que al verle se extinguiera la llama de mi amor y mis tormentos!

¡Pero el amigo no estaba en la casa, y sólo vi la aparición siniestra de un cuervo y de un buho!

Y me decía este espectáculo: «¡Oprimiste á dos seres que se amaban con ternura, separándoles con violencia!

¡Ahora te toca á ti acercar á tus labios la copa de amargura que les diste á beber! ¡Y pasarás tu vida con dolor, entre lágrimas y quemaduras!»

Tras de lo cual bajó de la terraza...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 412.ª NOCHE

Ella dijo:

...Tras de lo cual bajó de la terraza llorando, y dió orden á los esclavos para que fueran por la montaña haciendo todas las pesquisas necesarias para dar con su ama. Y los esclavos ejecutaron la orden. Pero no dieron ya con su señora. ¡Y he aquí lo que atañe á ellos!

¡Pero he aquí ahora lo referente á Delicia-del-Mundo!

Cuando el joven adquirió la certeza de la fuga de Rosa-en-el-Cáliz lanzó un grito terrible y cayó desmayado al suelo. Como no recobraba el conocimiento y seguía tendido sin moverse, las gentes del palacio creyeron que le poseía el éxtasis divino y que tenía el alma absorta en la belleza de la contemplación augusta del Altísimo. ¡Y tal es lo concerniente á él!

En cuanto al visir del rey Derbas, cuando vió que el visir Ibrahim había perdido toda esperanza de encontrar á su hija y á Delicia-del-Mundo y que tenía afectado muy penosamente con todo aquello el corazón, resolvió regresar á la ciudad del rey

Derbas sin haber cumplido la misión de que estaba encargado. Se despidió, pues, del visir Ibrahim, padre de Rosa-en-el-Cáliz, y le dijo, mostrándole al pobre joven: «Quisiera llevarme conmigo á este santo hombre. ¡Tal vez, merced á sus méritos, caiga la bendición sobre nosotros y Alah (¡exaltado sea!) conmueva el corazón de mi amo el rey y le impida destituirme de mis funciones! Y después no dejaré yo de enviar este santo hombre á Ispahán, su ciudad, que no está lejos de nuestro país.» El visir Ibrahim le contestó: «Haz lo que quieras!»

Luego se separaron los dos visires, y cada uno tomó el camino de su país respectivo, no sin haber tenido cuidado el visir del rey Derbas de llevarse consigo á Delicia-del-Mundo, cuya identidad estaba muy lejos de suponer, y le acondicionó en una mula en vista del estado de inconsciencia tenaz en que se hallaba el joven.

Tres días duró este estado de inconsciencia mientras viajaban, y Delicia-del-Mundo ignoraba absolutamente cuanto pasaba á su alrededor. Por fin volvió de su desmayo, y dijo: «¿Dónde estoy?» Le contestaron: «¡Estás en compañía del visir del rey Derbas!» Luego fueron á prevenir al visir de que había vuelto de su desmayo el santo hombre. Entonces le mandó el visir agua de rosas azucaradas y le hicieron que se la bebiera, con lo que acabó de reanimarse. Tras de lo cual siguieron el viaje y llegaron á la ciudad del rey Derbas.

El rey Derbas al punto envió á decir á su vi-

sir: «¡Si no está contigo Delicia-del-Mundo, guárdate bien de ponerte en mi presencia!» Al recibir esta orden, el desgraciado visir no supo qué partido tomar. Porque ignoraba completamente la presencia de Rosa-en-el-Cáliz cerca del rey, ni el por qué deseaba el rey encontrar á Delicia-del-Mundo y aliarse con él; é ignoraba asimismo que Delicia-del-Mundo estaba con él allí y era el joven á quien durante tanto tiempo poseían las crisis de inconsciencia. Por su parte, Delicia-del-Mundo no sabía adónde le llevaban ni que el visir estaba precisamente encargado de buscarle.

De modo que cuando el visir vió que Delicia-del-Mundo había recobrado el conocimiento, le dijo: «¡Oh santo hombre de Alah! deseo recurrir á tus consejos en la perplejidad cruel en que me hallo. Has de saber que mi amo el rey me despachó con una misión que no logré cumplir. Y al informarse de mi regreso ahora, me ha enviado una carta en la que me dice: «¡Si no cumpliste tu misión, no debes entrar en mi ciudad!» El joven le preguntó: «¿Y qué misión era esa?» Entonces le contó el visir toda la historia, y Delicia-del-Mnndo dijo: «¡Nada temas! Preséntate al rey y llévame contigo. ¡Y yo asumo la responsabilidad de la vuelta de Delicia-del-Mundo!» Mucho se regocijó con aquello el visir, y dijo: «¿Hablas de verdad?» El joven contestó: «¡Sí, por cierto!» Montó á caballo entonces el visir, y llevando consigo á Delicia-del-Mundo, se presentó con él al rey.

Cuando se personaron ante el rey, preguntó éste al visir: «¿Dónde está Delicia-del-Mundo?» Entonces se adelantó el santo hombre y contestó: «¡Oh gran rey, yo sé dónde se encuentra Delicia-del-Mundo!» Hízole el rey señas para que se acercara más, y en extremo emocionado, le preguntó: «¿En qué sitio se encuentra?» El joven contestó: «¡En un sitio que está muy cerca de aquí! Pero dime antes para qué lo buscas, y me apresuraré á hacerle venir entre tus manos.» Dijo el rey: «¡Cierto que te lo diré con mucho gusto y obligado; pero el caso exige que estemos solos!» Y al punto ordenó á su gente que se alejara, se llevó al joven á una sala retirada, y le contó la historia desde el principio hasta el fin.

Entonces Delicia-del-Mundo dijo al rey: «Haz que me traigan vestidos suntuosos y dámelos para vestirme con ellos. ¡Y al instante haré venir á Delicia-del-Mundo!» Hizo el rey que le llevaran en seguida un traje suntuoso, y Delicia-del-Mundo se vistió con él, y exclamó: «¡Yo soy Delicia-del-Mundo, la desolación de los envidiosos!» Y tras estas palabras, partiendo los corazones con sus miradas hermosas, improvisó estos versos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 413.ª NOCHE

Ella dijo:

...tras estas palabras, partiendo los corazones con sus miradas hermosas, improvisó estos versos:

¡El recuerdo de mi bienamada me hace deliciosa compañía en mi soledad, y aleja de mí los penosos pesares de la ausencia!

¡No tengo aquí otro manantial que el de mis lágrimas; pero cuando de mis ojos fluye este manantial, mitiga mis angustias!

¡Mis deseos son violentos, y nada puede compararse con ellos! ¡Ah! ¿habrá algo más prodigioso que lo que con el amor y la amistad me ocurre?

¡Paso mis noches con los párpados abiertos en medio del insomnio; y mi vida amorosa transcurre en el infierno y el paraíso!

¡Otrora estaba yo dotado de noble resignación; pero ya perdí esa virtud; y la aflicción es el don único que me legó el amor!

¡Ha enflaquecido mi cuerpo y ha cambiado mi semblante con la ausencia y el ardor de la pasión!

¡A fuerza de correr por ellos lágrimas, se han ulcerado los párpados de mis ojos; y sin embargo,

no puedo hacer que vuelvan á mis ojos las lágrimas!

¡Ah! ¡ya no puedo! ¡He perdido mi corazón! ¡Ah! ¡las penas siguen á las penas!

¡Mi corazón y mi cabeza se asemejan, ahora que han envejecido y blanqueado juntos como consecuencia del alejamiento de la bienamada, la más hermosa de las bienamadas!

¡Mal de su grado se verificó nuestra separación; y al presente su única preocupación es volver á verme y poseerme!

¡Pero quién sabe ya si, después de tan prolongada ausencia, el Destino me reunirá todavía con mi amiga, y la suerte cerrará el libro del alejamiento, abierto durante todo este tiempo, y permitirá que á las angustias de la separación sucedan las delicias del encuentro!

¡Y quién sabe si me será posible tornar á ver aún á mi amiga compartiendo mis placeres en nuestras moradas, y si mis pesares, por fin, se convertirán en delicias puras!

Cuando Delicia-del-Mundo hubo acabado de recitar estos versos, el rey Derbas le dijo: «¡Por Alah! ahora veo bien claro que ambos os amabais con la misma sinceridad y la misma intensidad. ¡En verdad que en el cielo de la belleza sois dos astros luminosos! ¡Prodigiosa es vuestra historia y sorprendentes vuestras aventuras!» Luego le contó el rey con toda clase de detalles la historia de Rosa-en-el-Cáliz. Y Delicia-del-Mundo le preguntó:

«¿Puedes ahora decirme ¡oh rey del tiempo! dónde está ella?» El rey contestó: «¡Está en mi palacio!» Y al punto hizo ir al kadí y á los testigos, y les hizo extender el contrato de matrimonio de Rosa-en-el-Cáliz con Delicia-del-Mundo. Tras de lo cual le colmó de honores y beneficios, y despachó en seguida un correo para que informase al rey Schamikh de todo lo acaecido á Delicia-del-Mundo y á Rosa-en-el-Cáliz.

Cuando el rey Schamikh se enteró de esta noticia, se regocijó hasta el límite del regocijo y envió al rey Derbas una carta en la cual le decía: «¡Puesto que ya se ha extendido el contrato de matrimonio, deseo que la celebración de las nupcias y la consumación del matrimonio tengan lugar en mi palacio!» Y al punto hizo preparar camellos, caballos y hombres para que fuesen á recoger á los recién casados.

Al llegar aquella carta y aquella escolta, el rey Derbas regaló á los recién casados sumas considerables, les dió un séquito magnífico y se despidió de ellos. Y partieron.

Y he aquí que fué un día memorable aquel en que llegaron á la ciudad de Ispahán, su país, donde reinaba el rey Schamikh. ¡Nunca vióse un día más hermoso ni siquiera comparable con aquél!

Porque, para celebrar la fiesta, el rey Schamikh congregó á todos los tañedores de instrumentos armónicos y dió grandes festines. Y duró el alborozo tres días enteros, en los cuales el rey distri-

buyó al pueblo muchas dádivas y regaló numerosos ropones de honor.

¡He aquí ahora lo referente á los recién casados! Una vez concluído el festín de la primera noche, Delicia-del-Mundo penetró en la cámara nupcial de Rosa-en-el-Cáliz; y se arrojaron ambos en brazos uno de otro, pues hasta aquel momento no habían podido verse á solas desde su encuentro; y fué tanta su felicidad, que no pudieron por menos de llorar de alegría durante un buen rato. Y Rosa-en-el-Cáliz improvisó estos versos:

¡Por fin vino la alegría á ahuyentar la tristeza y la pena; y henos aquí reunidos, con gran confusión de los que nos envidian!

¡La brisa de la reunión nos echó su aliento perfumado, reanimándonos el corazón, las entrañas y el cuerpo!

¡En nuestros rostros ha brillado la embriaguez del retorno; y á nuestro alrededor anunciaron nuestro regreso atambores y gritos de alegría!

¡No creáis que nuestras lágrimas son de pesar; sabed, por el contrario, que quien nos hace llorar es la dicha!

¡Cuántas calamidades, desvanecidas ya, hemos sufrido! ¡Con qué resignación hemos soportado dolores angustiosos!

¡En una hora de reunión olvidé torturas y contrariedades tan terribles que blanquearon mi cabeza!

Terminada que fué esta improvisación, se abrazaron estrechamente y permanecieron enlazados en brazos uno de otro, hasta caer desfallecidos de júbilo y felicidad...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 414.ª NOCHE

Ella dijo:

...hasta caer desfallecidos de júbilo y felicidad.

Vueltos ya de su desfallecimiento, Delicia-del-Mundo improvisó los versos siguientes:

¡Oh dulzura de las noches largo tiempo esperadas, cuando el bienamado se muestra fiel á su promesa y se entrega á su amiga!

¡Henos aquí reunidos para siempre tras la ausencia, y se han roto las cadenas que nos tenían cautivos en la separación!

¡Después de mostrarse con nosotros tan adusto, el Destino nos sonríe y nos concede sus favores diligentemente!

¡La dicha ha desplegado su estandarte en nuestro honor, y para tranquilizarnos, nos brindó la copa pura del placer!

¡Reunidos, por fin, después de la tormenta, nos contamos nuestras penas pasadas y nuestras noches de insomnio que transcurrieron entre tristezas!

¡Oh mi señor, olvidemos ahora nuestros sufrimientos! ¡Y enriquezca nuestra alma con el olvido el Dispensador de misericordias!

¡Ah! ¡cuán dulce es la vida! ¡cuán deliciosa es la vida! ¡La unión sólo consigue avivar mi llama y mi ardor!

Recitados que fueron estos versos, los dos amantes se abrazaron por segunda vez, y cayendo en su cama nupcial, se enlazaron estrechamente en medio de las más exquisitas voluptuosidades; y continuaron acariciándose y entregándose á mil ternezas y juegos amables hasta que se hundieron en el mar de los amores tumultuosos. Y fueron tan intensas sus delicias, sus voluptuosidades, su ventura, sus placeres y sus alegrías, que dejaron transcurrir siete días y siete noches sin darse cuenta de la fuga del tiempo y su mudanza, como si las siete jornadas no hubieran sido mas que una. Sólo al ver llegar á los tañedores de instrumentos, comprendieron que se hallaban al final del séptimo día de su matrimonio. Así es que en el límite de la sorpresa, Rosa-en-el-Cáliz improvisó al instante los versos que vas á oir:

¡Aunque fuí víctima de tanta envidia y estuve tan vigilada, pude poseer á mi bienamado!

¡Sobre la seda virgen y los terciopelos se entregó á mí con mil caricias,

Encima de un colchón de tierna piel y relleno con plumón de pájaros de especie extraordinaria!

¿Qué necesidad tengo de beber vino, si un amante pleno de ardores nuevos me hace saborear su saliva voluptuosa?

¡El pasado y el presente se confunden para nosotros en una unión que nos da el olvido!

¿No es cosa prodigiosa que hayan pasado sobre nuestras cabezas siete noches enteras sin que nos enteráramos?

¡Porque, con ocasión del séptimo día, han venido á felicitarme y á decirme: «¡Alah eternice tu unión con tu amigo!»

Cuando hubo recitado ella estos versos, Delicia-del-Mundo la abrazó un número incalculable de veces, y luego improvisó estos versos:

¡He aquí el día de la dicha y de la felicidad! ¡Y mi amiga ha venido á sacarme del aislamiento!

¡Cuán enervante y deliciosa es su presencia! ¡Qué encanto tiene su lenguaje espiritual!

¡Me hizo beber el sorbete voluptuoso de su intimidad, y esta bebida transportó fuera del mundo á mis sentidos!

¡Nos hemos expansionado! ¡Nos hemos dilatado! ¡Nos hemos embriagado tendidos en nuestra cama! ¡Y hemos cantado mientras bebíamos!

¡La embriaguez de la dicha hizo que perdiéramos la noción del tiempo, y ya no supimos distinguir el primer día del último!

¡Sea para nosotros siempre delicioso el amor! ¡Mi amiga experimentó goces iguales á los míos!

¡Como yo, tampoco se acuerda de los días amargos! ¡Mi Señor la ha favorecido lo mismo que me favoreció á mí!

Después de recitados estos versos, se levantaron ambos, salieron de la cámara nupcial y distribuyeron á toda la servidumbre del palacio grandes sumas en plata, trajes magníficos, regalos y presentes. Tras de lo cual, Rosa-en-el-Cáliz dió orden á sus esclavas de que hicieran evacuar para ella sola el hammam del palacio, y dijo á Delicia-del-Mundo: «¡Oh frescura de mis ojos! ¡ahora quiero verte por fin en el hammam para estar ambos solos á nuestro sabor!» Y llegando en aquel momento al límite de la dicha, improvisó estos versos:

¡Amigo, que desde hace tanto tiempo dominas mi corazón!—no quiero hablar de cosas pretéritas—;

¡Oh tú, sin quien ya no podría pasarme y á quien no podría ya sustituir en mi intimidad,

Ven al hammam, ¡oh luz de mis ojos! ¡Para mí será como un infierno de llamas en medio de un paraíso de delicias!

¡Quemaremos el sahumerio del nadd hasta que

los vapores embalsamados llenen la sala toda y se esparzan en todos sentidos!

¡Perdonaremos al Destino sus crímenes para con nosotros, y glorificaremos la bondad de nuestro Señor!

Y al mirarte en el baño, cantaré: «¡Que el baño ¡oh bienamado! te sea leve y delicioso!»

Una vez recitados estos versos, los dos amantes se levantaron y fueron al hammam, donde pudieron disfrutar de instantes agradables. Tras de lo cual volvieron al palacio, pasando allí su vida en medio de las felicidades más intensas, ¡hasta el momento en que fué á visitarles la Destructora de placeres y la Separadora de amigos!

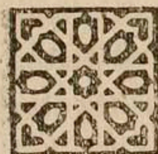
¡Gloria al Inmutable, al Eterno, en el cual convergen los seres y las cosas!

«¡Pero no creas, ¡oh rey afortunado!—continuó Schahrazada—que esta historia puede asemejarse á la Historia mágica del caballo de ébano!» Y dijo el rey Schahriar: «¡Entusiasmado estoy, ¡oh Schahrazada! con los versos nuevos que se recitaron esos amantes fieles! Así es que me tienes dispuesto á oirte cómo cuentas esa historia mágica que no conozco!» Y dijo Schahrazada:





HISTORIA MÁGICA DEL CABALLO DE ÉBANO



He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que en la antigüedad del tiempo y lo pasado de las épocas y de las edades, había un rey muy grande y muy poderoso entre los reyes de los persas, que se llamaba Sabur, y era sin duda el rey más rico en tesoros de todas clases, como también el más dotado de sagacidad y de prudencia. Además, estaba lleno de generosidad y de amabilidad, y tenía siempre abierta sin desmayo la mano para ayudar á los que le imploraban, sin rechazar nunca á quienes le solicitaban un socorro. Sabía otorgar la hospitalidad liberalmente á los que sólo le pedían cobijo, y reconfortar en ocasiones, con sus palabras y sus maneras impregnadas de dulzura y de amenidad, á los corazones heridos. Era bueno y caritativo con

los pobres; y los extranjeros nunca veían cerradas á su llamamiento las puertas de los palacios de aquel soberano. En cuanto á los opresores, no encontraban gracia ni indulgencia de su severa justicia. Y así era, en verdad, él.

El rey Sabur tenía tres hijas, que eran como otras tantas lunas hermosas en un cielo glorioso ó como tres flores maravillosas por su brillo en un parterre bien cuidado, y un hijo que era la misma luna y se llamaba Kamaralakmar (1).

Todos los años daba el rey á su pueblo dos grandes fiestas, una al comienzo de la primavera, la del Nuruz, y otra en el otoño, la del Mihrgán; y con ambas ocasiones mandaba abrir las puertas de todos sus palacios, distribuía dádivas, hacía que sus pregoneros públicos proclamasen edictos de indulto, nombraba numerosos dignatarios y otorgaba ascensos á sus lugartenientes y chambelanes. Así es que de todos los puntos de su vasto Imperio acudían los habitantes para rendir pleitesía á su rey y regocijarse en aquellos días de fiesta, llevándole presentes de todo género y esclavos y eunucos en calidad de regalo.

Y he aquí que durante una de esas fiestas, la de la primavera precisamente, estaba sentado en el trono de su reino el rey, quien á todas sus cualidades añadía el amor á la ciencia, á la geometría y á la astronomía, cuando vió que ante él avanzaban

---

(1) Kamar Al-Akmar: luna de las lunas.

tres sabios, hombres muy versados en las diversas ramas de los conocimientos más secretos y de las artes más sutiles, los cuales sabían modelar la forma con una perfección que confundía al entendimiento y no ignoraban ninguno de los misterios que de ordinario escapan al espíritu humano. Y llegaban á la ciudad del rey estos tres sabios desde tres comarcas muy distintas y hablando diferente lengua cada uno: el primero era hindí, el segundo rumí y el tercero ajamí de las fronteras extremas de Persia.

Se acercó primero al trono el sabio hindí, se prosternó ante el rey, besó la tierra entre sus manos, y después de haberle deseado alegría y dicha en aquel día de fiesta, le ofreció un presente verdaderamente real: consistía en un hombre de oro, incrustado de gemas y pedrerías de gran precio, que tenía en la mano una trompeta de oro. Y le dijo el rey Sabur: «¡Oh sabio! ¿para qué sirve esta figura?» El sabio contestó: «¡Oh mi señor! este hombre de oro posee una virtud admirable! ¡Si le colocas á la puerta de la ciudad, será un guardián á toda prueba, pues si viniese un enemigo para tomar la plaza, le adivinará á distancia, y soplando en la trompeta que tiene á la altura de su rostro, le paralizará y le hará caer muerto de terror!» Y al oir estas palabras, se maravilló mucho el rey, y dijo: «¡Por Alah ¡oh sabio! que si es verdad lo que dices, te prometo la realización de todos tus anhelos y de todos tus deseos!»

Entonces se adelantó el sabio rumí, que besó la tierra entre las manos del rey, y le ofreció como regalo una gran fuente de plata, en medio de la cual se encontraba un pavo real de oro rodeado por veinticuatro pavas reales del mismo metal. Y el rey Sabur los miró con asombro, y encarándose con el rumí, le dijo: «¡Oh sabio! ¿para qué sirven este pavo y estas pavas?» El sabio contestó: «¡Oh mi señor! á cada hora que transcurre del día ó de la noche, el pavo da un picotazo á cada una de las veinticuatro pavas y la cabalga agitando las alas, y así sucesivamente cabalga á las veinticuatro pavas, marcando las horas; luego, cuando ha dejado transcurrir el mes de esta manera, abre la boca, y en el fondo de su gaznate aparece el cuarto creciente de la luna nueva.» Y exclamó el rey, maravillado: «¡Por Alah, que si es verdad lo que dices, se cumplirán todas tus aspiraciones!»

El tercero que avanzó fué el sabio de Persia. Besó la tierra entre las manos del rey, y después de los cumplimientos y los votos, le ofreció un caballo de madera de ébano, de la calidad más negra y más rara, incrustado de oro y pedrerías, y enjaezado maravillosamente con una silla, una brida y unos estribos como sólo llevan los caballos de los reyes. Así es que el rey Sabur quedó maravillado hasta el límite de la maravilla y desconcertado por la belleza y las perfecciones de aquel caballo; luego dijo: «¿Y qué virtudes tiene este caballo de ébano?» El persa contestó: «¡Oh mi señor! las virtudes

que posee este caballo son cosa prodigiosa, hasta el punto de que cuando uno monta en él, parte con su jinete á través de los aires con la rapidez del relámpago, y le lleva á cualquier sitio adonde se le guíe, cubriendo en un día distancias que tardaría un año en recorrer un caballo vulgar.» Prodigiosamente asombrado con aquellas tres cosas prodigiosas que se habían sucedido en un mismo día, el rey encaróse con el persa, y le dijo: «¡Por Alah el Omnipotente (¡exaltado sea!), que crea los seres todos y les da de comer y de beber, que si me pruebas la verdad de tus palabras te prometo la realización de tus anhelos y del menor de tus deseos!»

Tras de lo cual el rey mandó someter á prueba durante tres días las virtudes diversas de los tres regalos, haciendo que los tres sabios los pusieran en movimiento. Y en efecto, el hombre de oro sopló con su trompeta de oro, el pavo real de oro picoteó y cabalgó regularmente á sus veinticuatro pavas reales de oro, y el sabio persa...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 416.ª NOCHE

Ella dijo:

...y el sabio persa montó en el caballo de ébano, le hizo elevarse por los aires y recorrer un gran espacio con una rapidez extraordinaria, para descender, después de haber descrito un amplio círculo, en el mismo sitio de donde partió.

Al ver todo aquello, el rey Sabur quedó al principio estupefacto, y luego se tambaleó de tal manera que parecía iba á volverse loco de alegría. Dijo entonces á los sabios: «¡Oh sabios ilustres! ahora tengo ya una prueba de la verdad de vuestras palabras y á mi vez cumpliré mi promesa. ¡Pedidme, pues, lo que deseéis, y se os concederá al instante!»

Entonces contestaron los tres sabios: «¡Puesto que nuestro amo el rey está satisfecho de nosotros y de nuestros presentes y nos deja que elijamos lo que hemos de pedirle, le rogamos que nos dé en matrimonio á sus tres hijas, pues anhelamos vivamente ser yernos suyos! ¡Y en nada podrá turbar tal cosa la tranquilidad del reino! ¡Aunque así fuese, los reyes no se desdicen de sus promesas nunca!» El rey contestó: «¡Al instante daré satisfacción á vuestro deseo!» Y al punto dió orden de hacer ir al kadí y á los testigos para que extendieran

el contrato de matrimonio de sus tres hijas con los tres sabios.

¡Eso fué todo!

Pero acaeció que, mientras tanto, las tres hijas del rey estaban sentadas precisamente detrás de una cortina de la sala de recepción y oían aquellas palabras. Y la más joven de las tres hermanas se puso á considerar con atención al sabio que debía escogerla por esposa, ¡y he aquí su descripción! Era un viejo muy anciano, de una edad de cien años lo menos, como no tuviese más; con restos de cabellos blanqueados por el tiempo; con una cabeza oscilante; cejas roídas de tiña; orejas colgantes y hendidas; barba y bigotes teñidos y sin vida; ojos rojos y bizcos, que se miraban atravesados; carrillos flácidos, amarillos y llenos de huecos; nariz semejante á una gruesa berenjena negra; cara tan arrugada como el delantal de un zapatero remendón; dientes saledizos como los dientes de un cerdo salvaje, y labios flojos y jadeantes como los testículos del camello; en una palabra, aquel viejo sabio era una cosa espantosa, un horror compuesto de monstruosas fealdades que sin duda le hacían ser el hombre más deforme de su época, pues ninguno hubo como él, con aquellos diversos atributos, y además, con sus mandíbulas vacías de molares y ostentando á guisa de colmillos unos garfios que le hacían semejante á los efrits que asustan á los niños en las casas desiertas y hacen cacarear de miedo á los pollos en los gallineros.

¡Eso fué todo!

Y precisamente la princesa, que era la más joven de las tres hijas del rey, resultaba la joven más bella y más graciosa de su tiempo, más elegante que la tierna gacela, más dulce y más suave que la brisa más acariciadora, y más brillante que la luna llena; diríase que verdaderamente estaba hecha para los escarceos amorosos; se movía, y la rama flexible se avergonzaba al ver sus balanceos ondulantes; andaba, y el corzo ligero se avergonzaba al ver su andar gracioso; y sin disputa superaba con mucho á sus hermanas en hermosura, en blancura, en encantos y en dulzura. Y asi era ella, en verdad.

De modo que cuando vió al sabio que debía tocarle en suerte, corrió á su habitación y se dejó caer de bruces en el suelo, desgarrándose los vestidos, arañándose las mejillas y sollozando y lamentándose.

Mientras permanecía ella en aquel estado, su hermano el príncipe Kamaralakmar, que la quería mucho y la prefería á sus otras hermanas, volvía de una partida de caza, y al oir lamentarse y llorar á su hermana, penetró en su aposento y le preguntó: «¿Qué tienes? ¿Qué te ha ocurrido? ¡Dímelo en seguida y no me ocultes nada!» Entonces ella se golpeó el pecho, y exclamó: «¡Oh único hermano mío! ¡oh querido! nada te ocultaré. ¡Sabe que, aunque el palacio debiera hundirse luego encima de tu padre, estoy dispuesta á abandonarlo; y si ad-

quiero la certeza de que tu padre va á cometer actos tan odiosos, huiré de aquí sin que me dé provisiones para el camino, porque Alah proveerá!»

Al escuchar estas palabras, el príncipe Kamaralakmar le dijo: «¡Pero dime al fin á qué viene ese lenguaje y qué es lo que te oprime el pecho y turba tus humores!» La joven princesa contestó: «¡Oh único hermano mío! ¡oh querido! ¡has de saber que mi padre me prometió en matrimonio á un sabio viejo, á un mago horrible que le ha regalado un caballo de madera de ébano; y sin duda le ha embrujado con su hechicería y ha abusado de él con su astucia y su perfidia! ¡En cuanto á mí, estoy resuelta á dejar este mundo antes que pertenecer á ese viejo asqueroso!»

Su hermano empezó entonces á tranquilizarla y á consolarla, acariciándola y mimándola, y luego se fué en busca de su padre el rey, y le dijo: «¿Quién es ese hechicero á quien prometiste casarle con mi hermana pequeña? ¿Y qué regalo es ese que te ha traído para decidirte así á hacer que muera de pena mi hermana? ¡Eso no es justo y no puede suceder!»

Y he aquí que el persa estaba cerca y oía aquellas palabras del hijo del rey, y se sintió muy furioso y muy mortificado.

Pero el rey contestó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 417.ª NOCHE

Ella dijo:

...el rey contestó: «¡Oh hijo mío Kamaralakmar! ¡no estarías tan turbado y tan estupefacto si vieras el caballo que me ha dado el sabio!» Y salió en seguida con su hijo al patio principal del palacio y dió orden á los esclavos de que llevaran el caballo consabido. Y los esclavos ejecutaron la orden.

Cuando el joven príncipe vió el caballo, lo encontró muy hermoso y le entusiasmó mucho. Y como era un jinete excelente, saltó con ligereza á lomos del bruto y le pinchó de pronto en los flancos con las espuelas, metiendo los pies en los estribos. Pero no se movió el caballo. Y el rey dijo al sabio: «¡Ve á mirar por qué no se mueve, y ayuda á mi hijo, quien á su vez tampoco dejará de ayudarte para que realices tus anhelos!»

De modo que el persa, que guardaba rencor al joven á causa de su oposición al matrimonio de su hermana, se acercó al príncipe caballero, y le dijo: «Esta clavija de oro que hay á la derecha del arzón de la silla es la clavija que sirve para subir. ¡No tienes mas que darle la vuelta!»

Entonces el príncipe dió la vuelta á la clavija

que servía para subir, ¡y he aquí lo que pasó! Al punto se elevó por los aires el caballo con la rapidez del ave, y á tanta altura, que el rey y todos los circunstantes le perdieron de vista á los pocos momentos.

Al ver desaparecer así á su hijo, sin que regresara al cabo de algunas horas que estuvieron esperándole, inquietóse mucho el rey Sabur, y muy perplejo, dijo al persa: «¡Oh sabio! ¿qué vamos á hacer ahora para que vuelva?» El sabio contestó: «¡Oh mi amo! ¡nada puedo hacer ya, y no verás de nuevo á tu hijo hasta el día de la Resurrección! ¡Porque el príncipe no ha querido escuchar mas que á su presunción y á su ignorancia, y en vez de darme tiempo para que le explicase el mecanismo de la clavija de la izquierda, que es la clavija que sirve para bajar, ha puesto en marcha el caballo antes de lo debido!»

Cuando el rey Sabur hubo oído estas palabras del sabio, se llenó de furor, é indignándose hasta el límite de la indignación, ordenó á los esclavos que dieran una paliza al persa y le arrojaran después al calabozo más lóbrego, en tanto que se quitaba él de la cabeza su corona, golpeándose en la cara y mesándose las barbas. Tras de lo cual se retiró á su palacio, hizo cerrar todas las puertas, y empezaron á sollozar, á gemir y á lamentarse con él su esposa, sus tres hijas, su servidumbre y todos los habitantes del palacio, como también los de la ciudad. Y he aquí cómo se tornó su alegría

en aflicción, y su felicidad en tristeza y desesperación. ¡Y esto en cuanto á ellos atañe!

Por lo que afecta al príncipe, el caballo continuó elevándose por los aires con él, sin detenerse y como si fuera á tocar el sol. Entonces comprendió el joven el peligro que corría y cuán horrible muerte le esperaba en aquellas regiones del cielo; y se inquietó bastante y se arrepintió mucho de haber subido en el caballo, y pensó para su ánima: «¡Sin duda, la intención del sabio fué perderme en vista de lo que opiné con respecto á mi hermana menor! ¿Qué hacer ahora? ¡No hay fuerza ni poder mas que en Alah el Omnipotente! ¡Heme aquí perdido sin remisión!» Luego se dijo: «Pero ¿quién sabe si no hay una segunda clavija que sirva para bajar, lo mismo que la otra sirve para subir?» Y como estaba dotado de sagacidad, de ciencia y de inteligencia, se puso á buscarla por todo el cuerpo del caballo, y acabó por encontrar, al lado izquierdo de la silla, un tornillo minúsculo, no mayor que la cabeza de un alfiler; y se dijo: «¡No veo mas que esto!» Entonces apretó aquel tornillo, y al punto comenzó á disminuir la ascensión poco á poco y el caballo se paró un instante en el aire, para empezar inmediatamente después á descender con la misma rapidez de antes, amenguando luego la marcha poco á poco según se acercaba al suelo; y acabó por tocar en tierra sin ninguna sacudida ni contratiempo, mientras su jinete respiraba con libertad y se tranquilizaba por su vida.

Una vez que el príncipe Kamaralakmar comprendió el manejo de la clavija y del tornillo, se alegró mucho de su descubrimiento y dió gracias á Alah el Altísimo, que habíase dignado librarle de una muerte segura. Tras de lo cual empezó á poner al caballo en marcha hacia adelante, hacia atrás, hacia arriba, hacia abajo y por donde quería, dando una vuelta á la clavija ó al tornillo, tirando de la brida á la izquierda ó á la derecha, y le hizo andar unas veces con la rapidez del relámpago, paseando otras veces, hasta que dominó bien sus diversos movimientos. Entonces le obligó á subir hasta cierta altura y le guió en cierta dirección con una velocidad moderada, de un modo que le permitiese disfrutar del hermoso espectáculo que á sus pies se desarrollaba en el suelo. Y de tal manera pudo contemplar á su antojo las maravillas de la tierra y de los mares, y admirar las comarcas y ciudades que no había visto ni conocido en su vida.

Y he aquí que entre las ciudades que de aquella suerte se mostraban por debajo de él, divisó una ciudad de casas y edificios alineados con simetría y de manera encantadora en medio de una comarca riente, cubierta por espléndida vegetación, surcada por numerosas aguas corrientes y rica en prados donde triscaban en paz saltarinas gacelas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 418.ª NOCHE

Ella dijo:

...donde triscaban en paz saltarinas gacelas.

Como por temperamento era aficionado á distraerse y á observar, Kamaralakmar se dijo: «¡Es necesario que sepa yo el nombre de esa ciudad y la comarca en que está situada!» Y empezó á dar vueltas en el aire alrededor de la ciudad, deteniéndose encima de los parajes más hermosos.

Mientras tanto, empezaba á declinar el día y el sol había llegado en el horizonte á lo más bajo de su carrera; y pensó el príncipe: «¡Por Alah, que no encontraré indudablemente sitio mejor para pasar la noche que esta ciudad! Por consiguiente, dormiré aquí, y al apuntar el día de mañana, emprenderé de nuevo la ruta de mi reino para regresar con mis parientes y mis amigos. ¡Y contaré entonces á mi padre cuanto me acaeció y cuanto han visto mis ojos!» Y echó en torno suyo una mirada para escoger un lugar donde pasar la noche con seguridad y sin que se le importunase, y donde resguardar á su caballo, y acabó por dejar recaer su elección en un palacio elevado que aparecía en medio de la ciudad, y lo flanqueaban torres alme-

nadas, y lo guardaban cuarenta esclavos negros vestidos con cotas de malla y armados con lanzas, alfanjes, arcos y flechas. Así es que se dijo el joven: «¡He ahí un lugar excelente!» Y apretando el tornillo que servía para bajar, guió hacia aquel lado á su caballo, que fué á posarse dulcemente, como un pájaro cansado, en la terraza del palacio. Entonces dijo el príncipe: «¡Loor á Alah!» Y se apeó de su caballo. Púsose luego á dar vueltas en torno al animal y á examinarle, diciendo: «¡Por Alah! ¡Quien con tal perfección te fabricó es un maestro como obrero y el más hábil de los artífices! ¡De modo que si el Altísimo prolonga el término de mi vida y me reune con mi padre y con los míos, no dejaré de colmar con mis bondades á ese sabio y de hacer que se beneficie con mi generosidad!»

Pero ya había caído la noche, y el príncipe permaneció en la terraza, esperando que en el palacio estuviese dormido todo el mundo. Después, como se sentía torturado por el hambre y la sed, ya que desde su partida no había comido ni bebido nada, se dijo: «¡En verdad que no debe carecer de víveres un palacio como este!» Dejó, pues, el caballo en la terraza, y resuelto á buscar algo con qué alimentarse, se encaminó á la escalera del palacio y descendió por sus peldaños hasta abajo. Y de pronto se encontró en un ancho patio con piso de mármol blanco y de alabastro transparente, en el que se reflejaba por la noche la luz de la luna. Y le

maravilló la belleza de aquel palacio y de su arquitectura; pero en vano miró á derecha y á izquierda, porque no vió alma viviente ni oyó el sonido de una voz humana; y se notó muy inquieto y muy perplejo, y no supo qué hacer. Se decidió, sin embargo, á salir de su estupor al fin, pensando: «¡Por el momento no puedo hacer nada mejor que volver á subir á la terraza de donde he bajado, y pasar la noche junto á mi caballo; y mañana, á los primeros resplandores del día, montaré de nuevo en mi caballo y me marcharé!» Y cuando ya iba á poner en práctica este proyecto, advirtió una claridad en el interior del palacio, y avanzó por aquel lado para saber de qué provenía. Y vió que aquella luz era la de una antorcha encendida delante de la puerta del harem, á la cabecera del lecho de un eunuco negro que dormía roncando de una manera muy ruidosa, y se asemejaba á algún efrit entre los efrits á las órdenes de Soleimán ó á algún genni de la tribu negra de los genn; estaba acostado en un colchón á lo ancho de la puerta, y la atrancaba mejor que lo hubiera hecho un tronco de árbol ó el banco de un portero; y á la luz de la antorcha resplandecía furiosamente el mango de su alfanje, mientras que por encima de su cabeza colgaba de una columna de granito su saco de provisiones.

Al ver á aquel negro espantable, el joven Kamaralakmar quedó aterrado, y murmuró: «¡Me refugio en Alah el Todopoderoso! ¡Oh Dueño único

del cielo y de la tierra! ¡Tú que ya me salvaste de una perdición segura, socórreme otra vez y sácame sano y salvo de la aventura que me espera en este palacio!» Dijo, y tendiendo la mano hacia el saco de provisiones del negro, lo cogió con presteza, salió de la habitación, lo abrió, y encontró dentro víveres de la mejor calidad. Se puso á comer, y acabó por dejar completamente vacío el saco; y después de haberse reanimado así, fué á la fuente del patio y aplacó su sed bebiendo del agua pura y dulce que manaba. Tras de lo cual volvió junto al eunuco, colgó el saco en su sitio, y sacando de la vaina el alfanje del esclavo, lo cogió, en tanto que el otro dormía y roncaba más que nunca, y salió sin saber aún lo que le deparaba su destino...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 419.ª NOCHE

Ella dijo:

...sin saber aún lo que le deparaba su destino.

Siguió, pues, avanzando por dentro del palacio y llegó á una segunda puerta, sobre la cual caía una cortina de terciopelo. Levantó aquella cortina,

y encontróse en una sala maravillosa, en la cual vió un amplio lecho del marfil más blanco, incrustado de perlas, rubíes, jacintos y otras pedrerías, y tendidas en el suelo cuatro jóvenes esclavas, que dormian. Se acercó entonces sigilosamente al lecho para saber quién podría estar acostado en él, ¡y vió á una joven que no tenía por toda camisa mas que su cabellera! ¡Y era tan hermosa, que se la hubiera tomado, no ya por la luna cuando sale en el horizonte oriental, sino por otra luna más maravillosa que surgiese de las manos del Creador! ¡Su frente era una rosa blanca, y sus mejillas dos anémonas de un rojo tenue, cuyo brillo se realzaba con un delicado grano de belleza á cada lado!

Al ver tal cúmulo de hermosura y de gracias, de encantos y de elegancia, Kamaralakmar creyó caerse de espaldas desvanecido, si no muerto. Y cuando pudo dominar un poco su emoción, se aproximó á la joven dormida, temblándole todos los músculos y todos los nervios, y estremeciéndose de placer y voluptuosidad la besó en la mejilla derecha.

Al contacto de aquel beso la joven se despertó sobresaltada, abrió mucho los ojos, y advirtiendo al joven príncipe que permanecía de pie á su cabecera, exclamó: «¿Quién eres y de dónde vienes?» Él contestó: «¡Soy tu esclavo y el enamorado de tus ojos!» Ella preguntó: «¿Y quién te condujo hasta aquí?» Él contestó: «¡Alah, mi destino y mi buena suerte!»

Al oir estas palabras, la princesa Schamsennahar (que tal era su nombre), sin mostrar demasiada sorpresa ni espanto, dijo al joven: «¿Acaso eres el hijo del rey de la India que me pidió ayer en matrimonio, y á quien mi padre el rey no aceptó como yerno á causa de su pretendida fealdad? Porque si eres tú, ¡por Alah! no tienes nada de feo, y tu belleza ya me ha subyugado, ¡oh mi señor!» Y como, efectivamente, era él tan radiante cual la brillante luna, le atrajo á sí y le abrazó, y la abrazó él, y embriagados ambos de su mutua hermosura y de su juventud, se hicieron mil caricias, acostados uno en brazos de otro, y se dijeron mil locuras, entregándose á mil juegos amables, y prodigáronse mil mimos dulces y ardientes.

Mientras ellos se divertían de tal manera, las servidoras despertáronse de pronto, y al advertir con su ama al príncipe, exclamaron: «¡Oh ama nuestra! ¿quién es ese joven que está contigo?» Ella contestó: «¡No lo sé! ¡Le encontré á mi lado al despertarme! ¡Sin embargo, supongo que es el que ayer me solicitó á mi padre en matrimonio!» Turbadas por la emoción, exclamaron ellas: «¡El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti, ¡oh señora nuestra! Ni por asomo es éste el que te pidió en matrimonio ayer; porque aquél era muy feo y muy repulsivo, y este joven es gentil y deliciosamente bello, y sin duda procede de ilustre estirpe. ¡En cuanto al otro, el feo de ayer, ni de ser tu esclavo es digno!» Tras de lo cual se levantaron las servi-

doras y fueron á despertar al eunuco de la puerta, y le pusieron la alarma en el corazón, diciéndole: «¿Cómo se explica que siendo guardián del palacio y del harem, dejes á los hombres penetrar en nuestro aposento mientras dormimos?»

Cuando oyó estas palabras el eunuco negro, saltó sobre ambos pies y quiso apoderarse de su alfanje; pero no encontró mas que la vaina. Aquello le sumió en un terror grande, y todo tembloroso levantó el tapiz y entró en la sala. Y vió con su ama en el lecho al hermoso joven, sintiéndose de tal modo deslumbrado, que hubo de decirle: «¡Oh mi señor! ¿eres un hombre ó un genni?» El príncipe contestó: «¿Cómo te atreves confundir á los hijos de los reyes Khosroes con genn demoniacos y efrits, tú, miserable esclavo y el más maléfico de los negros de betún?» Y así diciendo, furioso cual un león herido, empuñó el alfanje y gritó al eunuco: «¡Soy yerno del rey, que me ha casado con su hija y me mandó que penetrara en ella!»

Al oir estas palabras, contestó el eunuco: «¡Oh mi señor! ¡si verdaderamente eres un hombre de la especie de los hombres y no un genni, digna de tu belleza es nuestra joven ama, y te la mereces mejor que cualquier otro rey, hijo de rey ó de sultán!»

Después corrió el eunuco en busca del rey, lanzando gritos terribles, desgarrando sus vestidos y cubriéndose con polvo la cabeza. De modo que, al oir sus gritos de loco, le preguntó el rey: «¿Qué

calamidad te aqueja? ¡Habla pronto y sé breve, porque me estás estremeciendo el corazón!» El eunuco contestó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 420.ª NOCHE

Ella dijo:

...El eunuco contestó: «¡Oh rey! ¡date prisa á volar en socorro de tu hija, porque un genni entre los genn, con la apariencia de un hijo de rey, se ha posesionado de ella y ha hecho en ella su domicilio! ¡Eso es todo! ¡Corre! ¡Duro con él!»

Al oir estas palabras de su eunuco, el rey llegó al límite del furor, y á punto estuvo de matarle; pero le gritó: «¿Cómo te atreviste á ser negligente hasta el extremo de perder de vista á mi hija, cuando te tengo encargado de su custodia diurna y nocturna, y cómo dejaste que penetrara en su aposento y se posesionara de ella ese efrit demoniaco?» Y loco de emoción se abalanzó hacia las habitaciones de la princesa, donde se encontró con las servidoras, que á la puerta le esperaban pálidas y temblorosas, y les preguntó: «¿Qué le ha pasado á

mi hija?» Ellas contestaron: «¡Oh rey! no sabemos lo que ha sucedido mientras estábamos dormidas; pero cuando nos hemos despertado encontramos en el lecho de la princesa á un joven, que nos pareció la luna llena de tan hermoso como era, y que charlaba con tu hija de una manera deliciosa y sin dejar lugar á dudas. Y en verdad que nunca vimos á nadie más hermoso que ese joven. Sin embargo, le preguntamos quién era, y nos contestó: «¡Soy aquel á quien el rey concedió en matrimonio á su hija!» ¡Nada más que eso sabemos! Y no podemos decirte si se trata de un hombre ó un genni. ¡De todos modos, hemos de asegurarte que es amable, bien intencionado, modesto, cortés, é incapaz de cometer la menor fechoría ó de hacer cosa censurable! ¿Cómo, siendo tan bello, se puede hacer cosa censurable?»

Cuando el rey hubo oído estas palabras, se le enfrió la cólera y su inquietud se apaciguó; y muy suavemente y con mil precauciones, levantó un poco la cortina de la puerta y vió acostado junto á su hija en el lecho y charlando graciosamente á un príncipe de lo más encantador, cuyo rostro resplandecía como la luna llena.

En vez de tranquilizarle por completo, el resultado de aquello fué excitar hasta el último extremo su celo paternal y sus temores por el peligro que corría el honor de su hija. Así es que, precipitándose por la puerta, se abalanzó á ellos con la espada en la mano y furioso y feroz cual un ghul

monstruoso. Pero el príncipe, que desde lejos vióle llegar, preguntó á la joven: «¿Es ese tu padre?» Ella contestó: «¡Sí!» Al punto saltó sobre ambos pies el joven, y empuñando su alfanje lanzó á la vista del rey un grito tan terrible, que hubo de asustarle. Más amenazador que nunca, entonces Kamaralakmar se dispuso á arrojarse sobre el rey y á atravesarle; pero el rey, que se comprendió el más débil, se apresuró á envainar su espada y tomó una actitud conciliadora. De modo que cuando vió ir hacia él al joven, le dijo con el tono más cortés y más amable: «¡Oh jovenzuelo! ¿eres hombre ó genni?» El otro contestó: «¡Por Alah, que si no respetara tus derechos tanto como los míos, y si no me preocupase del honor de tu hija, ya hubiera vertido sangre tuya! ¿Cómo te atreves á confundirme con los genn y los demonios, cuando soy un príncipe real de la raza de los Khosroes, que si quisieran apoderarse de tu reino sería para ellos cosa de juego el hacerte saltar de tu trono como si sintieras un temblor de tierra, y frustrarte los honores, la gloria y el poderío?»

Cuando el rey hubo oído estas palabras le invadió un gran sentimiento de respeto, y temió mucho por su propia seguridad. Así es que se dió prisa á responder: «¿Cómo se explica entonces, si eres verdaderamente hijo de reyes, que te hayas atrevido á penetrar en mi palacio sin mi consentimiento, á destruir mi honor y hasta á posesionarte de mi hija, pretendiendo ser su esposo y proclamando

que yo te la había concedido en matrimonio, cuando hice matar á tantos reyes é hijos de reyes que querían obligarme á que se la diera por esposa?» Y excitado por sus propias palabras, continuó el rey: «¿Y quién podrá ahora salvarte de entre mis manos poderosas cuando yo ordene á mis esclavos que te condenen á la peor de las muertes, y obedezcan ellos en esta hora y en este instante?»

Cuando el príncipe Kamaralakmar oyó del rey estas palabras, contestó: «¡En verdad que estoy estupefacto de tu corta vista y del espesor de tu entendimiento! Dime, ¿podrás encontrar jamás mejor partido que yo para tu hija? ¿Y acaso viste nunca á un hombre más intrépito ó mejor formado, ó más rico en ejércitos, esclavos y posesiones que yo mismo?» El rey contestó: «¡No, por Alah! pero ¡oh jovenzuelo! yo hubiese querido ver que te convertías en marido de mi hija ante el kadí y los testigos. ¡Pero un matrimonio efectuado de esta manera secreta, sólo podrá destruir mi honor!» El príncipe contestó: «Bien hablas, ¡oh rey! ¿Pero es que no sabes que si verdaderamente tus esclavos y tus guardias vinieran á precipitarse sobre mí todos y me condenaran á muerte, según tus recientes amenazas, no harías mas que correr de un modo cierto á la perdición de tu honor y de tu reino, haciendo pública tu desgracia y obligando á tu mismo pueblo á revolverse contra ti? Créeme, pues, ¡oh rey! ¡Sólo te queda un partido que tomar, y consiste en escuchar lo que tengo que decirte y

en seguir mis consejos!» Y exigió el rey: «¡Habla, pues, y oiga yo algo de lo que tienes que decirme...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 421.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Habla, pues, y oiga yo algo de lo que tienes que decirme!» El otro contestó: «¡Helo aquí! Una de dos: ó te avienes á luchar conmigo en singular combate, y el que venza á su adversario será proclamado el más valiente y ostentará así un título serio que le dé opción al trono del reino, ó bien me dejas pasar aquí toda esta noche con tu hija, y mañana por la mañana mandas contra mí al ejército entero de tu caballería, y tu infantería, y tus esclavos, y... ¡pero dime antes á cuántos asciende su número!» El rey contestó: «¡Son cuatro mil jinetes, sin contar á mis esclavos y á los esclavos de mis esclavos, que son otros tantos!» Entonces dijo Kamaralakmar: «Está bien. Así, pues, á las primeras claridades del día, haz que vengan contra mí en orden de batalla y diles: «¡Ese hombre que ahí tenéis acaba de solicitar de mí en matrimonio á

mi hija, con la condición de luchar él solo contra todos vosotros juntos y venceros y derrotaros, sin que podáis salir con bien! ¡Y eso es lo que pretende!» ¡Luego me dejarás luchar yo solo contra todos ellos! Si me mataran, quedaría á salvo tu honor y mejor guardado que nunca tu secreto. ¡Si, por el contrario, triunfo yo de todos ellos y les derroto, habrás encontrado un yerno del que podrían enorgullecerse los reyes más ilustres!»

No dejó de compartir el rey esta última opinión y de aceptar tal proposición, si bien estaba estupefacto de la seguridad con que hablaba el joven y no sabía á qué atribuir una pretensión tan loca; porque en el fondo de su corazón se hallaba persuadido de que el príncipe perecería en aquella lucha insensata, y así quedaría á salvo su honor y mejor guardado su secreto. De modo que llamó al jefe eunuco y le dió orden de que sin dilación fuera en busca del visir y le mandara que congregase á todas las tropas y las tuviese preparadas con sus caballos y dispuestas con sus armas de guerra. Y el eunuco transmitió la orden al visir, que al punto reunió á los oficiales y á los principales notables del reino y les dispuso en orden de batalla á la cabeza de sus tropas revestidas con las armas de guerra. ¡Y he aquí lo que atañe á ellos!

En cuanto al rey, se quedó todavía por algún tiempo charlando con el joven príncipe, pues estaba encantado de sus palabras sesudas, de su buen criterio, de sus maneras distinguidas y de su belle-

za, además que no quería dejarle solo con su hija aquella noche. Pero apenas apuntó el día, se volvió á su palacio y se sentó en su trono y dió orden á sus esclavos de que tuvieran preparado para el príncipe el caballo más hermoso de las caballerizas reales, le ensillaran con magnificencia y le enjaezaran con gualdrapas suntuosas. Pero el príncipe dijo: «¡No quiero montar á caballo mientras no esté en presencia de las tropas!» El rey contestó: «¡Hágase conforme deseas!» Y salieron ambos al meidán, donde estaban las tropas alineadas en orden de batalla, y así pudo el príncipe juzgar su número y calidad. Tras de lo cual se encaró el rey con todos y exclamó: «¡Oid, guerreros! este joven que ahí tenéis ha venido en busca mía y me ha pedido á mi hija en matrimonio. Y á la verdad, jamás vi nada más bello ni caballero más intrépido que él. Pero he aquí que pretende que él solo puede triunfar de todos vosotros y derrotaros; y que aunque fueseis cien mil veces más numerosos, no os daría la menor importancia, y á pesar de todo, habría de venceros. ¡Así, pues, cuando arremeta contra vosotros, no dejéis de recibirle con la punta de vuestros alfanjes y de vuestras lanzas! ¡Eso le enseñará lo que cuesta meterse en empresas tan graves!» Luego el rey se encaró con el joven y le dijo: «¡Ánimo, hijo mío, y haznos ver tus proezas!» Pero el joven contestó: «¡Oh rey, no me tratas con justicia ni imparcialidad! Porque ¿cómo quieres que luche con todos, estando yo á pie y ellos á

caballo?» El rey le dijo: «¡Ya te ofrecí caballo para que montaras, y lo rehusaste! ¡Escoge ahora para cabalgadura el que te parezca mejor de todos mis caballos!» Pero contestó el príncipe: «¡No me gusta ninguno de tus caballos, y sólo montaré en el que me ha traído hasta tu ciudad!» El rey le preguntó: «¿Y dónde está tu caballo?» El príncipe dijo: «Está encima de tu palacio.» El rey preguntó: «¿Qué sitio es ese que está encima de mi palacio?» El príncipe contestó: «La terraza de tu palacio.»

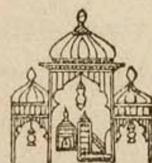
Al oir estas palabras, le miró con atención el rey y exclamó: «¡Qué extravagancia! ¡Esa es la mejor prueba de tu locura! ¿Cómo es posible que un caballo suba á una terraza? ¡Pero en seguida vamos á ver si mientes ó si dices verdad!» Luego se encaró con el jefe de sus tropas y le dijo: «¡Corre al palacio y vuelve á decirme lo que veas! ¡Y tráeme lo que haya en la terraza!»

Y el pueblo se maravillaba de las palabras del joven príncipe; y se preguntaba la gente: «¿Cómo va á poder bajar un caballo por la escalera desde la altura de la terraza? ¡Verdaderamente, es una cosa de la que nunca en nuestra vida oímos hablar!»

Entretanto, el mensajero del rey llegó al palacio, y cuando subió á la terraza encontró allí el caballo y le pareció que jamás había visto otro igual en belleza; pero no bien se acercó á él y le hubo examinado, vió que era de madera de ébano y de marfil. Entonces, al darse cuenta de la cosa,

se echaron á reir él y todos los que le acompañaban, y se decían unos á otros...

En este momento de su narración, Scharazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 422.ª NOCHE

Ella dijo:

...y se decían unos á otros: «¡Por Alah! he aquí el caballo de que hablaba ese jovenzuelo, al que no debemos mirar en adelante mas que como á un loco. Sin embargo, veamos lo que puede haber de verdad en todo eso. ¡Porque después de todo, podría suceder que se tratase de un asunto más importante de lo que parece, y que ese joven procediese realmente de alta estirpe y gozara de excelentes méritos!» Así diciendo, cargaron entre todos con el caballo de madera, y transportándolo á cuestas, lo pusieron delante del rey, mientras toda la gente se agrupaba á su alrededor para mirarlo, maravillándose de su hermosura, de sus proporciones, de la riqueza de su silla y de sus arneses. Y también el rey se admiró mucho y se maravilló hasta el límite de la maravilla; luego preguntó á Kamaralakmar: «¡Oh joven! ¿es ese tu caballo?» El príncipe contestó: «Sí, ¡oh rey! ¡Es mi caballo, y

no tardarás en ver las cosas maravillosas que va á mostrarte!» Y le dijo el rey: «¡Tómale y móntate en él entonces!» El príncipe contestó: «¡No lo enseñaré mientras no se alejen toda esa gente y esas tropas que se agrupan á su alrededor!»

Entonces el rey dió á todo el mundo orden de que se distanciaran de allí á un tiro de flecha. Y le dijo el joven príncipe: «Mírame bien, ¡oh rey! Voy á subir en mi caballo y á precipitarme á todo galope sobre tus tropas, dispersándolas á derecha y á izquierda, ¡é infundiré el espanto y el pavor en sus corazones!» Y contestó el rey: «Haz ahora lo que quieras, ¡y no tengas compasión de ellos, porque ellos no la tendrán de ti!»

Y Kamaralakmar apoyó ligeramente su mano en el cuello de su caballo, y de un salto se plantó en el lomo del bruto.

Por su parte, las tropas, ansiosas, habíanse alineado más lejos en filas apretadas y tumultuosas; y decíanse los guerreros unos á otros: «¡Cuando llegue á nuestras filas ese jovenzuelo, le clavaremos la punta de nuestras picas y le recibiremos con el filo de nuestras cimitarras!» Pero decían otros: «¡Por Alah! hay que ser muy insensato para creer que vamos á vencer fácilmente á ese joven! Cuando se ha metido él en semejante aventura, sin duda es porque tiene la seguridad de salir airoso. ¡Aunque así no fuese, lo que hace nos da ya prueba de su valor y de la intrepidez de su alma y de su corazón!»

En cuanto á Kamaralakmar, una vez que se afirmó bien sobre la silla, hizo jugar la clavija que servía para subir, en tanto que se volvían hacia él todos los ojos para ver qué iba á hacer. Y al punto empezó su caballo á agitarse, á piafar, á balancearse, á inclinarse, á avanzar y á retroceder, para comenzar luego, con una elasticidad maravillosa, á caracolear y á andar de lado de la manera más elegante que caracolearon nunca los caballos mejor guiados de reyes y sultanes. Y de pronto se estremecieron y se hincharon de viento sus flancos, ¡y más rápido que una flecha disparada al aire, emprendió con su jinete el vuelo en línea recta por el cielo!

Al ver aquello, creyó el rey volverse loco de sorpresa y de furor, y gritó á los oficiales de sus guardias: «¡La desgracia sobre vosotros! ¡cogedle! ¡cogedle! ¡Que se nos escapa!» Pero le contestaron sus visires y lugartenientes: «¡Oh rey! ¿puede el hombre alcanzar al pájaro que tiene alas? ¡Sin duda no se trata de un hombre como los demás, sino de un poderoso mago ó de algún efrit ó mared entre los efrits y mareds del aire! ¡Y Alah te ha librado de él, y á nosotrss contigo! ¡Demos, pues, gracias al Altísimo, que ha querido salvarte de entre sus manos, y contigo á tu ejército!»

Emocionado hasta el límite de la perplejidad, el rey regresó entonces á su palacio, y entrando en el aposento de su hija, la puso al corriente de lo que acababa de ocurrir en el meidán. Y al saber

la noticia de la desaparición del joven príncipe, la joven se quedó afligida y desesperada, y lloró y se lamentó de manera tan dolorosa, que cayó gravemente enferma, y la acostaron en su lecho, presa del calor de la fiebre y de la negrura de sus ideas. Y al verla en aquel estado, empezó su padre á abrazarla, á mecerla, á estrecharla contra su pecho y á besarla entre los ojos, repitiéndole lo que había visto en el meidán, y diciéndole: «¡Hija mía, da más bien gracias á Alah (¡exaltado sea!) y glorifícale por habernos librado de las manos de ese insigne mago, de ese embustero, de ese seductor, de ese ladrón, de ese cerdo!» Pero en vano le hablaba y la mimaba para consolarla, porque ella no oía, ni escuchaba, ni se consolaba, sino al contrario. Cada vez sollozaba más, y lloraba y gemía, suspirando: «¡Por Alah, ya no quiero comer ni beber hasta que Alah me reuna con mi enamorado encantador! ¡Y ya no quiero saber nada que no sea verter lágrimas y enterrarme en mi desesperación!» Entonces, al ver que no podía sacar á su hija de aquel estado de languidez y de aflicción, quedó el padre muy apenado, y se entristeció su corazón, y el mundo se ennegreció ante él. ¡Y esto en cuanto al rey y su hija la princesa Schamsennahar...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 423.ª NOCHE

Ella dijo:

...¡Y esto en cuanto al rey y su hija la princesa Schamsennahar!

¡Pero he aquí ahora lo relativo al príncipe Kamaralakmar! Cuando se elevó muy alto por los aires, hizo volver la cabeza á su caballo en dirección á su tierra natal, y puesto ya en el buen camino, se dedicó á soñar con la belleza de la princesa, con sus encantos y con los medios de que se valdría para volver á encontrarla. Y le parecía muy difícil la cosa, aunque tuvo cuidado de que ella le informara acerca del nombre de la ciudad de su padre. Así había sabido que aquella ciudad se llamaba Sana y era la capital del reino de Al-Yamán.

Mientras duró el viaje continuó él pensando en todo aquello, y merced á la gran rapidez de su caballo, acabó por llegar á la ciudad de su padre. Entonces hizo ejecutar á su caballo un circuito aéreo por encima de la ciudad, y fué á echar pie á tierra en la terraza del palacio. Dejó entonces á su caballo en la terraza y bajó al palacio, donde notó por todas partes un ambiente de duelo y vió regadas de ceniza todas las habitaciones, y creyen-

do que habría muerto alguien de su familia, penetró, como tenía por costumbre, en los aposentos privados, y encontró á su padre, á su madre y á sus hermanas vestidos con trajes de luto, y muy amarillos de cara, y enflaquecidos, y demudados, y tristes, y desolados. Y he aquí que, cuando entró él, su padre se levantó de pronto al advertirle, y cierto ya de que aquel era verdaderamente su hijo, lanzó un gran grito y cayó desmayado; luego recobró el sentido y se arrojó en los brazos de su hijo, y le abrazó y le estrechó contra su pecho con transportes de la más loca alegría y emocionado hasta el límite de la emoción; y su madre y su hermana, llorando y sollozando se le comían á besos á cuál más, y bailaban y saltaban en medio de su dicha.

Cuando se calmaron un poco le interrogaron acerca de lo que le había acaecido; y les contó él la cosa desde el principio hasta el fin; pero no hay para qué repetirla. Entonces exclamó su padre: «¡Loores á Alah por tu salvación, ¡oh frescura de mis ojos y núcleo de mi corazón!» É hizo celebrar grandes fiestas populares y grandes regocijos durante siete días enteros, y repartió dádivas al son de pífanos y címbalos, é hizo adornar todas las calles y proclamar un indulto general para todos los presos, haciendo abrir de par en par las puertas de cárceles y calabozos. Luego, acompañado de su hijo, recorrió á caballo los diversos barrios de la ciudad para dar á su pueblo la alegría de volver

á ver al joven príncipe, á quien se creyó perdido para siempre.

Pero una vez terminadas las fiestas, Kamaralakmar dijo á su padre: «¡Oh padre mío! ¿qué ha sido del persa que te dió el caballo?» Y contestó el rey: «¡Confunda Alah á ese sabio y retire su bendición para él y para la hora en que mis ojos le vieron por vez primera, pues él fué causa de que te separaras de nosotros, ¡oh hijo mío! ¡En este momento está encerrado en un calabozo, y es el único á quien no perdoné!» Pero como se lo suplicó su hijo, el rey le hizo salir de la prisión, y ordenándole que fuera á su presencia, le volvió á la gracia, le dió un ropón de honor y le trató con gran liberalidad, concediéndole toda clase de honores y riquezas; pero no le mencionó siquiera á su hija ni pensó dársela en matrimonio. Así es que el sabio rabió hasta el límite de la rabia, y se arrepintió mucho de la imprudencia que había cometido dejando montar en el caballo al joven príncipe, ¡pues comprendió que se había descubierto el secreto del caballo, como también su manejo!

En cuanto al rey, que no estaba muy tranquilo todavía con respecto al caballo, dijo á su hijo: «¡Soy de opinión, hijo mío, de que no debes acercarte en adelante á ese caballo de mal agüero, y sobre todo de que nunca más le montes, ya que estás lejos de conocer las cosas misteriosas que puede contener aún, y no te hallas sobre él seguro!»

Por su parte, Kamaralakmar contó á su padre

su aventura con el rey de Sana y su hija, y cómo había escapado á la furia de este rey; y contestó su padre: «¡Si debiera matarte el rey de Sana, hijo mío, te hubiera matado; pero el Destino no había fijado todavía tu hora!»

Durante este tiempo, á pesar de los regocijos y festines que su padre continuaba dando con motivo de su regreso, Kamaralakmar estaba lejos de olvidar á la princesa Schamsennahar, y lo mismo cuando comía que cuando bebía, pensaba siempre en ella. Y he aquí que un día, el rey, que tenía esclavas muy expertas en el arte del canto y en el de tocar el laúd, les ordenó que hicieran resonar las cuerdas de los instrumentos y cantaran algunos versos hermosos. Y tomó una de ellas su laúd, y apoyándoselo en las rodillas cual podría una madre colocar en su regazo á su hijo, cantó, acompañándose, estos versos entre otros versos:

¡Tu recuerdo ¡oh bienamado! no se borrará de mi corazón ni con la ausencia ni con la distancia!

¡Pueden pasar los días y morir el tiempo; pero jamás podrá morir en mi corazón tu amor!

¡Con este amor quiero morir yo misma, y con este amor resucitar!

Cuando hubo oído el príncipe estos versos, en su corazón chispeó el fuego del deseo, redoblaron su calor las llamas de la pasión, las tristezas le llenaron de duelo el espíritu y el amor le trastornó

las entrañas. Así es que, sin poder ya resistir á los sentimientos que le animaban con respecto á la princesa de Sana, se levantó en aquella hora y aquel instante, subió á la terraza del palacio, y á pesar del consejo de su padre, saltó á lomos del caballo de ébano y dió una vuelta á la clavija que servía para subir. Al punto se elevó por los aires como un pájaro el caballo con él, remontando su vuelo hacia las altas regiones del cielo.

Y he aquí que al día siguiente por la mañana le buscó por el palacio su padre el rey, y como no le encontró, subió á la terraza y quedó consternado al notar la desaparición del caballo; y se mordió los dedos, arrepentido de no haber hecho trizas aquel caballo, y se dijo: «¡Por Alah, que si vuelve á regresar mi hijo, destruiré ese caballo para que pueda estar tranquilo mi corazón y no se alarme mi espíritu!» Y bajó de nuevo á su palacio, donde estalló en llantos, sollozos y lamentaciones. ¡Y esto por lo que atañe á él!

En cuanto á Kamaralakmar, prosiguió su rápido viaje aéreo, y llegó á la ciudad de Sana. Echó pie á tierra en la terraza del palacio, bajó por la escalera sin hacer ruido y se dirigió hacia el aposento de la princesa. Allí encontróse al eunuco dormido, como de costumbre, delante de la puerta; pasó por encima de él, y cuando hubo penetrado en el interior de la estancia, llegó á la segunda puerta. Se acercó entonces muy sigilosamente á la cortina, y antes de levantarla escuchó con aten-

ción. Y he aquí que oyó á su bienamada sollozar amargamente y recitar versos quejumbrosos, mientras trataban de consolarla sus mujeres, y la decían: «¡Oh ama nuestra!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 424.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Oh ama nuestra! ¿por qué lloras á quien seguramente no te llora á ti?» Ella contestó: «¿Qué decís, ¡oh faltas de juicio!? ¿Acaso creéis que el encantador á quien amo y por quien lloro es de los que olvidan ó de aquellos á quienes se puede olvidar?» Y redobló en sus llantos y gemidos, y lo hizo tan fuerte y durante tanto tiempo, que la dió un desmayo. Entonces el príncipe sintió que se le partía á causa de ella el corazón y que la vejiga de la hiel le estallaba en el hígado. Así es que levantó la cortina sin tardanza y penetró en la habitación. Y vió á la joven acostada en su lecho, con su cabellera por toda camisa y con su abanico de plumas blancas por toda sábana. Y como parecía amodorrada, se acercó á ella y le hizo una

caricia muy dulcemente. Al punto abrió ella los ojos y le vió de pie á su lado, inclinado con una actitud interrogante de ansiedad, y murmurando: «¿A qué vienen esas lágrimas y esos gemidos?» Al ver aquello, reanimada con una vida nueva, se irguió de pronto la joven, y arrojándose á él, le rodeó el cuello con sus brazos y empezó á cubrirle de besos el rostro, diciéndole: «¡Todo era por causa de tu amor y de tu ausencia, ¡oh luz de mis ojos!» Él contestó: «¡Oh dueña mía! ¡pues si supieras en qué desolación estuve yo sumido por causa tuya durante todo este tiempo!» Ella añadió: «¡Pues y yo! ¡qué desolada por tu ausencia estuve también! ¡Si hubieras tardado algo más en volver, sin duda me habrías encontrado muerta!» Él dijo: «¡Oh dueña mía! ¿qué te parece lo que me ocurrió con tu padre y la manera que tuvo de tratarme? ¡Por Alah, que si no hubiera sido por tu amor, ¡oh seductora de la Tierra, del Sol y de la Luna, y tentadora de los habitantes del Cielo, de la Tierra y del Infierno! le hubiera degollado seguramente, dando así ejemplo y enseñanza á todos los observadores! ¡Pero, como te amo, le amo á él también ahora!» Ella prosiguió: «¿Qué te decidió á abandonarme? ¿Crees que la vida podría parecerme dulce sin ti?» Él dijo: «Ya que me amas, ¿quieres escucharme y seguir mis consejos?» Ella contestó: «¡No tienes mas que hablar, y te obedeceré y escucharé tus consejos y me conformaré con todas tus opiniones!» Él dijo: «¡Empieza, entonces, por traerme de

comer y de beber, porque tengo hambre y sed! ¡Y después hablaremos!»

Entonces dió orden la joven á sus servidoras de que llevaran manjares y bebidas; y se pusieron ambos á comer y á beber y á charlar hasta que casi hubo transcurrido toda la noche. Entonces, como comenzaba á apuntar el día, Kamaralakmar se levantó para despedirse de la joven y marcharse antes de que se despertara el eunuco; pero le preguntó Schamsennahar: «¿Y adónde vas á ir así?» Él contestó: «¡A casa de mi padre! ¡Pero me comprometo bajo juramento á volver á verte una vez á la semana!» Al oir estas palabras, ella rompió en sollozos y exclamó: «¡Oh! ¡te conjuro por Alah el Todopoderoso á que me cojas y me lleves contigo adonde quieras, antes que hacerme saborear de nuevo la amargura de la coloquíntida de la separación!» Y exclamó él, entusiasmado: «¿Quieres verdaderamente venir conmigo?» Ella contestó: «¡Sí!» Él dijo: «¡Entonces levántate y partamos!» De modo que se levantó ella, abrió un cofre lleno de vestidos suntuosos y de objetos de valor, y se arregló y se puso encima todo lo más rico y precioso que había entre las cosas hermosas de su pertenencia, sin olvidar collares, sortijas, brazaletes y diversas joyas engastadas con las más bellas pedrerías; luego salió en compañía de su bienamado, sin que ni por pienso lo impidieran sus servidoras.

Entonces la condujo Kamaralakmar, y tras de hacerla subir á la terraza del palacio, saltó á lomos

de su caballo, la sentó á ella en la grupa, la recomendó que se sujetara con fuerza y la ató á él con cuerdas sólidas. Tras de lo cual dió vuelta á la clavija que servía para subir, y remontó el vuelo el caballo y se elevó con ellos por los aires.

Al ver aquello, empezaron á gritar tan alto las servidoras, que el rey y la reina acudieron á la terraza á medio vestir, mal despiertos aún, y sólo tuvieron tiempo para ver al caballo mágico emprender su vuelo aéreo con el príncipe y la princesa. Y el rey, emocionado y consternado hasta el límite de la consternación, tuvo alientos, no obstante, para gritar al joven, que cada vez se elevaba más: »¡Oh hijo de rey! ¡te conjuro á que tengas compasión de mí y de mi esposa, que es esta anciana que aquí ves, y no nos prives de nuestra hija!» Pero no le contestó el príncipe. Sin embargo, por si acaso la joven sentía pena al dejar así á su padre y á su madre, le preguntó: «Dime, ¡oh esplendor! ¡oh entusiasmo de tu siglo y de mis ojos! ¿quieres volver con tu padre y con tu madre?...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 425.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡oh esplendor! ¡oh entusiasmo de tu siglo y de mis ojos! ¿quieres volver con tu padre y con tu madre?» Ella contestó: «¡Por Alah, ¡oh mi dueño! que no es ese mi deseo! Lo único que anhelo es estar contigo donde estés tú, ¡porque el amor que por ti siento me hace despreciarlo todo y olvidarlo todo, incluso á mi padre y á mi madre!»

Al oir estas palabras, el príncipe se alegró hasta el límite de la alegría, é hizo volar á su caballo con la mayor rapidez posible, sin que inquietara semejante cosa á la joven; y no tardaron de aquel modo en llegar á la mitad del camino, á un paraje en que se extendía una magnífica pradera regada por aguas corrientes, en la que echaron pie á tierra por un instante. Comieron, bebieron y descansaron algo, para volver inmediatamente después á montar en su caballo mágico y partir á toda velocidad con dirección á la capital del rey Sabur, á la vista de la cual llegaron una mañana. Y el príncipe se regocijó mucho por haber arribado sin accidentes, ¡y de antemano sintió un gran placer al pensar que por fin iba á poder mostrar á la princesa las propiedades y territorios que poseía en su mano, y

hacerle observar el poderío y la gloria de su padre el rey Sabur, probándole con ello cuánto más rico y más ilustre que el rey de Sana, padre de la joven, era el rey Sabur! Empezó, pues, por aterrizar en medio de un hermoso jardín, situado fuera de la ciudad, donde su padre, el rey, tenía costumbre de ir para distraerse y respirar el aire libre; condujo á la joven al pabellón de verano, coronado por una cúpula que el rey había hecho construir y acondicionar para él mismo, y le dijo: «Voy á dejarte aquí un momento para ir á prevenir á mi padre de nuestra llegada. Mientras esperas, ten cuidado del caballo de ébano, que dejo á la puerta, y no le pierdas de vista. ¡Y en seguida te enviaré á un mensajero para que te saque de aquí y te conduzca al palacio especial que voy á hacer que preparen para ti sola!» Y la joven quedó en extremo encantada con estas palabras, y comprendió que, efectivamente, no debía entrar en la ciudad mas que entre los honores y homenajes propios de su rango. Luego se despidió de ella el príncipe, y encaminóse al palacio de su padre el rey.

Cuando el rey Sabur vió llegar á su hijo, creyó morirse de alegría y de emoción, y después de los abrazos y bienvenidas, le reprochó, llorando, su marcha, que les puso en las puertas de la tumba á todos. Tras de lo cual le dijo Kamaralakmar: «¿A que no adivinas á quién traje de allá conmigo?» El rey contestó: «¡Por Alah, no lo adivino!» El joven dijo: «¡A la propia hija del rey de Sana, á la joven

más perfecta de Persia y de Arabia! ¡La he dejado, por el pronto, fuera de la ciudad, en nuestro jardín, y vengo á avisarte para que hagas que dispongan al punto el cortejo que ha de ir á buscarla, y que deberá ser lo más espléndido posible, para darle de antemano un alta idea de tu poderío, de tu grandeza y de tus riquezas!» Y contestó el rey: «¡Con alegría y generosidad, por darte gusto!» É inmediatamente dió orden de que adornaran la ciudad y la embellecieran con el decorado más hermoso y los más hermosos ornamentos; y después de organizar un cortejo extraordinario, él mismo se puso á la cabeza de sus jinetes vestidos de gala, y á banderas desplegadas salió al encuentro de la princesa Schamsennahar, cruzando por todos los barrios de la ciudad entre la aglomeración de los habitantes, que se alineaban en varias filas, precedido por tañedores de pífanos, clarinetes, timbales y tambores, y seguido por la multitud inmensa de guardias, soldados, gente del pueblo, mujeres y niños.

Por su parte, el príncipe Kamaralakmar abrió sus cofres, sus arquillas y sus tesoros, y sacó de ellos lo más hermoso que había, como joyas, alhajas y otras cosas maravillosas con que se atavían los hijos de los reyes para hacer ostentación de su fausto, sus riquezas y su esplendor; é hizo preparar para la joven un inmenso palio de brocados rojos, verdes y amarillos, debajo del cual se alzaba un trono de oro resplandeciente de pedrerías; y en las

gradas del inmenso trono coronado por un pabellón de sedas doradas, hizo que se alinearan esclavas indias, griegas y abisinias, sentadas unas y de pie otras, mientras que á los cuatro lados del trono se mantenían cuatro esclavas blancas que hacían aire con grandes abanicos de plumas de aves de especie extraordinaria. Y dos negros desnudos hasta la cintura llevaron á hombros el estrado aquel en pos del cortejo, rodeados por una muchedumbre más densa aún que la anterior, y entre los gritos jubilosos de todo un pueblo y los lú-lú-lúes estridentes que salían de las gargantas de las mujeres sentadas al pie del trono y de todas las que se aglomeraban á su alrededor, emprendieron el camino de los jardines.

En cuanto á Kamaralakmar, no tuvo paciencia para acompañar el cortejo al paso, y lanzando su caballo á la carrera, tomó por el atajo más corto y en algunos instantes llegó al pabellón donde había dejado á la princesa hija del rey de Sana. Y la buscó por todas partes; pero ni encontró á la princesa ni al caballo de ébano.

Entonces, en el límite de la desesperación, Kamaralakmar se abofeteó con ira el rostro, rompió sus vestidos y echó á correr y á vagar como un loco por el jardín, gritando mucho y llamando con toda la fuerza de su garganta. ¡Pero fué en vano!

Al cabo de cierto tiempo, hubo de calmarse un poco y volver á la razón, y se dijo: «¿Cómo ha podido dar con el secreto para el manejo del caballo de

ébano, si no la revelé nada que con ello se relacionase? ¡Como no sea que el sabio constructor del caballo haya caído sobre ella de improviso y se la haya llevado para vengarse del tratamiento que le infligió mi padre!» Y al punto corrió en busca de los guardas del jardín, y les preguntó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 426.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y al punto corrió en busca de los guardas del jardín, y les preguntó: «¿Habéis visto pasar por aquí ó cruzar el jardín á alguien? ¡Decidme la verdad, ó haré saltar vuestras cabezas al instante!» Aterrados con sus amenazas quedaron los guardas, y contestaron como una sola voz: «¡Por Alah, que á nadie vimos entrar en el jardín, á no ser el sabio persa, que vino aquí para coger hierbas curativas, y á quien no vimos salir aún!» Al oir estas palabras, el príncipe tuvo ya certeza de que era el sabio persa quien le arrebató á la joven, y llegó al límite de la consternación y de la perplejidad; y muy conmovido y desconcertado salió al paso del

cortejo, y encarándose con su padre, le contó lo que había sucedido, y le dijo: «Vuélvete á tu palacio con tus tropas; en cuanto á mí, ¡no volveré hasta que no haya aclarado este asunto negro!» Al oir estas palabras y enterarse de la determinación tomada por su hijo, el rey empezó á llorar, á lamentarse y á golpearse el pecho, y le dijo: «Por favor, ¡oh hijo mío! calma tu cólera, reprime tu pena y vuélvete á casa con nosotros. ¡Y escogerás entonces á la hija de rey ó de sultán que quieras, y te la daré en matrimonio!» Pero Kamaralakmar no se avino á prestar la menor atención á las palabras de su padre ni á escuchar sus ruegos, le dijo algunas frases de despedida y se marchó montado en su caballo, mientras el rey, en el límite de la desesperación, regresaba á la ciudad con llantos y gemidos. Y así fué como su alegría se tornó en tristeza, en sobresaltos y en tormentos. ¡Y esto en cuanto á ellos!

¡Pero he aquí ahora lo que aconteció al mago y á la princesa!

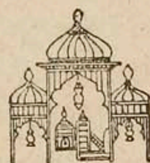
Como lo había decretado de antemano el Destino, el mago persa fué aquel día al jardín para coger, efectivamente, hierbas curativas y simples y plantas aromáticas, y sintió un olor delicioso de almizcle y otros perfumes admirables; así es que, venteando con la nariz, se encaminó hacia el lado por donde llegaba hasta él aquel olor extraordinario. Y aquel olor era precisamente el que despedía la princesa, embalsamando con él todo el jardín.

De modo que, guiado por su olfato perspicaz, no tardó el mago, tras algunos tanteos, en llegar al propio pabellón en que se encontraba la princesa. ¡Y cuál no seria su alegría al ver desde el umbral, de pie sobre las cuatro patas, al caballo mágico, obra de sus manos! ¡Y cuáles no serían los estremecimientos de su corazón al ver aquel objeto cuya pérdida le había quitado la gana de comer y de beber y el reposo y el sueño! Se puso entonces á examinarlo por todas partes, y lo encontró intacto y en buen estado. Luego, cuando se disponía á saltar encima y hacerle volar, dijo para sí: «¡Antes conviene que vea qué ha podido traer en el caballo y dejar aquí el príncipe!» Y penetró en el pabellón. Entonces vió perezosamente tendida en el diván á la princesa, á quien tomó primero por el sol cuando sale en un cielo tranquilo. Y ni por un instante dudó ya de que tenía ante sus ojos á alguna dama de ilustre nacimiento y de que el príncipe la había llevado en el caballo y la dejó en aquel pabellón para ir á la ciudad él mismo á preparar un cortejo espléndido. Así es que, por su parte, se adelantó el sabio, se prosternó delante de ella y besó la tierra entre sus manos, á tiempo que la joven levantaba á él los ojos, y encontrándole extraordinariamente horrible y repulsivo, se apresuró á volver á cerrarlos para no verle, y le preguntó: «¿Quién eres?» El sabio contestó: «¡Oh mi dueña! soy el mensajero que te envía el príncipe Kamaralakmar para que te conduzca á otro pabellón más

hermoso que éste y más próximo á la ciudad; porque hoy está un poco indispuesta mi ama la reina, madre del príncipe, y como no quiere, sin embargo, que se la adelante nadie á verte, pues tu llegada ha producido mucho júbilo, ha dispuesto este pequeño cambio que la ahorrará una caminata prolongada.» La joven preguntó: «¿Pero dónde está el príncipe?» El persa contestó: «¡Está en la ciudad con el rey, y pronto vendrá á tu encuentro con gran aparato y en medio de un cortejo espléndido!» Ella dijo. «Pero dime, ¿es que no ha podido el príncipe encontrar otro mensajero un poco menos repulsivo que tú para enviármele?» Al oir estas palabras, aunque le mortificaban mucho, el mago se echó á reir con el mandil arrugado de su cara amarilla, y contestó: «¡Ciertamente, ¡por Alah, oh mi dueña! que no hay en el palacio otro mameluco tan repulsivo como yo! ¡Pero acaso la mala apariencia de mi fisonomía y la abominable fealdad de mi cara te induzcan á error con respecto á mi valer! ¡Y ojalá puedas un día comprobar mi capacidad y aprovecharte, como el príncipe, del don precioso que poseo! ¡Y al saber entonces cómo soy, me alabarás! ¡En cuanto al príncipe, si me escogió para que viniera á tu lado, lo ha hecho precisamente á causa de mi fealdad y de mi odiosa fisonomía, y con el fin de que sus celos no tengan nada que temer por tus encantos y tu belleza! ¡Y no son mamelucos, ni esclavos jóvenes, ni hermosos negros, ni eunucos, ni servidores, lo que faltan en palacio!

¡Gracias á Alah, su número es incalculable, y son todos á cuál más seductores...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 427.ª NOCHE

Ella dijo:

»...y son todos á cuál más seductores!» Y he aquí que estas palabras del mago tuvieron el poder de persuadir á la joven, que se levantó al punto, puso su mano en la mano del viejo sabio, y le dijo: «¡Oh padre mío! ¿qué cabalgadura me trajiste contigo para que la monte?» El persa contestó: «¡Oh mi dueña, montarás en el caballo en que viniste!» Ella dijo: «¡Pero si yo no sé montar ahí sola!» Entonces sonrió él y comprendió que la tendría á merced suya en adelante, y contestó: «¡Yo mismo montaré contigo!» Y saltó á su caballo, y sentó en la grupa á la joven, sujetándola contra él y atándola sólidamente con cuerdas, en tanto que la princesa estaba muy ajena de lo que con ella iba á hacer. Dió vuelta entonces él á la clavija que servía para subir, y súbito el caballo llenó de viento su vientre, se movió y se agitó saltando como las olas del mar; remontó luego el vuelo, eleván-

dose por los aires cual un pájaro, y en un instante dejó detrás de sí, en la lejanía, la ciudad y los jardines.

Al ver aquello, exclamó la joven, muy sorprendida: «¡Oye! ¿adónde vas sin ejecutar las órdenes de tu amo?» El sabio contestó: «¡Mi amo! ¿Y quién es mi amo?» Ella dijo: «¡El hijo del rey!» El sabio preguntó: «¿Qué rey?» Ella dijo: «¡No sé cuál!» Al oir estas palabras se echó á reir el mago, y dijo: «Si te refieres al joven Kamaralakmar, ¡confunda Alah á ese bribón estúpido, que en suma no es mas que un pobre muchacho!» Ella exclamó: «¡La desgracia sobre ti, ¡oh barba de mal agüero! ¿Cómo te atreves á hablar así de tu amo y á desobedecerle?» El mago contestó: «¡Te repito que ese jovenzuelo no es mi amo! ¿Sabes quién soy?» La princesa dijo: «¡No sé de ti mas que lo que tú mismo me has contado!» El sabio sonrió y dijo: «¡Lo que te conté sólo era una estratagema ideada por mí en contra tuya y del hijo del rey! Porque has de saber que ese canalla logró robarme este caballo en que estás ahora, y que es obra de mis manos; y me quemó durante mucho tiempo el corazón haciéndome llorar tal pérdida. ¡Pero he aquí que de nuevo soy dueño de lo mío, y á mi vez quemo el corazón á ese ladrón y hago que sus ojos lloren por haberte perdido! Reanima, pues, tu alma y seca y refresca tus ojos, porque seré para ti yo más provechoso que ese joven alocado. Además, soy generoso y poderoso y rico; mis servidores y

mis esclavos te obedecerán como á su ama; te vestiré con los más hermosos vestidos y te engalanaré con las galas más hermosas, ¡y realizaré el menor de tus deseos antes de que me lo formules!»

Al oir estas palabras, la joven se golpeó el rostro y empezó á sollozar; luego dijo: «¡Ah, qué desgracia la mía! ¡Ay! ¡Acabo de perder á mi bienamado, y antes perdí á mi padre y á mi madre!» Y siguió vertiendo lágrimas muy amargas y muy abundantes por lo que le sucedía, en tanto que el mago guiaba el vuelo de su caballo hacia el país de los rums, y después de un largo aunque veloz viaje, aterrizó sobre una verde pradera rica en árboles y en aguas corrientes.

Pero aquella pradera estaba situada cerca de una ciudad donde reinaba un rey muy poderoso. Y precisamente aquel día salió de la ciudad el rey para tomar el aire, y encaminó su paseo por el lado de la pradera. Y divisó al sabio junto al caballo y la joven. Y antes de que el mago tuviese tiempo de evadirse, los esclavos del rey habíanse precipitado sobre él, la joven y el caballo, y los habían llevado entre las manos del rey.

Cuando vió el rey la horrible fealdad del viejo y su horrible fisonomía, y la belleza de la joven y sus encantos arrebatadores, dijo: «¡Oh mi dueña! ¿qué parentesco te une á este viejo tan horroroso?» Pero el persa se apresuró á responder: «¡Es mi esposa y la hija de mi tío!» Entonces, á su vez, se apresuró la joven á contestar, desmintiendo al

viejo: «¡Oh rey! ¡por Alah, que no conozco á este adefesio! ¡Qué á de ser mi esposo! ¡No es sino un pérfido hechicero que me ha raptado á la fuerza y con astucias!»

Al oir estas palabras de la joven, el rey de los rums dió orden á sus esclavos de que apalearan al mago; y tan á conciencia lo hicieron, que estuvo á punto de expirar bajo los golpes. Tras de lo cual mandó el rey que se lo llevaran á la ciudad y le arrojaran en un calabozo, mientras él mismo conducía á la joven y hacía transportar el caballo mágico, cuyas virtudes y manejo secreto estaba muy lejos de suponer. ¡Y he aquí lo referente al mago y á la princesa!

En cuanto al príncipe Kamaralakmar, se vistió de viaje, tomó consigo los víveres y el dinero de que tenía necesidad, y emprendió el camino, con el corazón muy triste y el espíritu en muy mal estado. Y se puso en busca de la princesa, viajando de país en país y de ciudad en ciudad; y en todas partes pedía noticias del caballo de ébano, y aquellos á quienes interrogaba se asombraban en extremo de su lenguaje y encontraban sus preguntas de lo más extrañas y extravagantes...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 428.ª NOCHE

Ella dijo:

...y encontraban sus preguntas de lo más extrañas y extravagantes. Y así continuó durante mucho tiempo, haciendo pesquisas más activas cada vez y pidiendo cada vez más datos, sin llegar á saber ninguna noticia que le orientase. Tras de lo cual acabó por llegar á la ciudad de Sana, donde reinaba el padre de Schamsennahar, y pidió informes al llegar; pero nadie había oído nada relacionado con la joven, ni pudieron decirle lo que fué de ella desde su rapto; y le enteraron del estado de aniquilamiento y desesperación en que se hallaba sumido el viejo rey. Entonces continuó su ruta y se encaminó al país de los rums, inquiriendo siempre nuevas de la princesa y del caballo de ébano en todos los sitios por donde pasaba y en todas las etapas del viaje.

Y he aquí que durante su caminata se detuvo cierto día en un khan donde vió á un grupo de mercaderes sentados en corro y charlando entre sí; y se sentó á su lado y oyó que decía uno de ellos: «¡Oh amigos míos! ¡acaba de sucederme muy recientemente la cosa más prodigiosa entre las cosas prodigiosas!» Y todos le preguntaron: «¿De qué se tra-

ta?» El mercader aquel dijo: «Había ido yo con mis mercancías á la ciudad *tal* (y dijo el nombre de la ciudad donde se hallaba la princesa), en la provincia de *cual,* y oí que los habitantes se contaban unos á otros una cosa muy extraña que acababa de suceder. ¡Decían que, habiendo salido un día de cacería con su séquito el rey de la ciudad, se había encontrado á un viejo muy repulsivo que estaba de pie junto á una joven de belleza incomparable y junto á un caballo de ébano y marfil!» Y el mercader contó á sus compañeros, que se maravillaron extremadamente, la historia consabida, que no tiene ninguna utilidad repetir ahora.

Cuando Kamaralakmar hubo oído esta historia, no dudó ni por un instante de que se trataba de su bienamada y del caballo mágico. Así es que, tras de informarse bien del nombre y situación de la ciudad, se puso en camino en seguida, dirigiéndose hacia aquel lado, y viajó sin dilación hasta que llegó allá. Pero cuando quiso franquear las puertas de la ciudad aquella, los guardias se apoderaron de él para conducirle á presencia de su rey, según los usos en vigor dentro de aquel país, á fin de interrogarle por su condición, por la causa de su ida al país y por su oficio. Y he aquí que ya era muy tarde el día en que llegó el príncipe; y como sabían que el rey estaba muy ocupado, los guardias dejaron para el día siguiente la presentación del joven y le llevaron á la cárcel para que pasase allí la noche. Pero cuando los carceleros vieron

la belleza y gentileza del joven, no pudieron determinarse á encerrarle, y le rogaron que se sentara con ellos y les hiciese compañía; y le invitaron á compartir con ellos su comida. Luego, cuando hubieron comido, se pusieron á charlar y preguntaron al príncipe: «¡Oh jovenzuelo! ¿de qué país eres?» El príncipe contestó: «¡Del país de Persia, tierra de los Khosroes!» Al oir estas palabras, se echaron á reir los carceleros, y uno de ellos dijo al joven: «¡Oh natural del país de los Khosroes! ¿acaso eres un embustero tan prodigioso como ese compatriota tuyo que está encerrado en nuestros calabozos?» Y dijo otro: «¡En verdad que conocí gentes y escuché sus discursos é historias, y observé su manera de ser; pero nunca tropecé con nadie tan extravagante como ese viejo loco que tenemos encerrado!» Y añadió otro: «¡Y jamás ¡por Alah! vi yo nada tan repulsivo como su cara ni tan feo y odioso como su fisonomía!» El príncipe preguntó: «¿Y qué sabéis de sus mentiras?» Le contestaron: «¡Dice que es un sabio é ilustre médico! El rey se encontró con él durante una partida de caza, y el viejo iba en compañía de una joven y de un caballo maravilloso de ébano y marfil. Y prendóse el rey en extremo de la belleza de la joven, y quiso casarse con ella; ¡pero ella se volvió loca de pronto! Así, pues, si ese viejo sabio fuera un ilustre médico, como pretende, hubiera hallado modo de curarla; porque el rey ha hecho todo lo posible para descubrir un remedio que cure la enfermedad

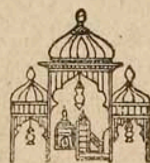
de esa joven, y ya hace un año que á tal fin derrocha inmensas riquezas en pagar á médicos y astrólogos, ¡aunque sin resultado! En cuanto al caballo de ébano, está guardado con los tesoros del rey; y el viejo asqueroso está encarcelado aquí; y en toda la noche no deja de gemir y lamentarse, ¡hasta el punto de que nos impide conciliar el sueño!»

Al oir estas palabras, se dijo Kamaralakmar: «Heme aquí, por fin, sobre la pista tan deseada. ¡Ahora necesito un medio de conseguir mis propósitos!» Pero al ver que se acercaba la hora de dormir, no tardaron los carceleros en conducirle al interior de la prisión y cerrar tras él la puerta. Entonces oyó el joven al sabio, que lloraba y gemía y deploraba en lengua persa su desdicha, diciendo: «¡Ay! ¡en qué calamidad caí, por no haber sabido combinar mejor mi plan, perdiéndome yo mismo sin haber realizado mis anhelos ni satisfecho mi deseo en esa joven! ¡Todo esto me sucede por culpa de mi poco juicio y por ambicionar lo que no estaba destinado para mí!» Entonces Kamaralakmar se dirigió á él en persa, y le dijo: «¿Hasta cuándo van á durar esos llantos y esas lamentaciones? ¿Acaso crees ser el único que ha sufrido desventuras?» Y animado por estas palabras, el sabio se puso en conversación con él, ¡y empezó á quejársele de sus penas é infortunios, sin conocerle! Y así pasaron la noche, hablando como dos amigos.

Al día siguiente por la mañana, los carceleros fueron á sacar de la prisión á Kamaralakmar, y le

llevaron á presencia del rey, diciendo: «¡Este joven...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 429.ª NOCHE

Ella dijo:

...y le llevaron á presencia del rey, diciendo: «¡Este joven llegó ayer por la noche muy tarde, y no pudimos traerle á tu presencia antes, ¡oh rey! para que sea sometido á interrogatorio!» Entonces le preguntó el rey: «¿De dónde vienes? ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu profesión? ¿Y á qué obedece tu venida á nuestra ciudad?» El príncipe contestó: «¡Respecto á mi nombre, me llamo en persa Harjah! ¡En cuanto á mi país, es Persia! Y por lo que afecta á mi oficio, soy un sabio entre los sabios, especialmente versado en la medicina y en el arte de curar á locos y alienados. Y con tal objeto recorro comarcas y ciudades para ejercer mi arte y adquirir nuevos conocimientos que añadir á los que poseo ya! Y hago todo esto sin ataviarme como por lo general lo hacen los astrólogos y los sabios: no ensancho mi turbante ni aumento el número de sus vueltas, no me alargo las mangas, no llevo bajo el

brazo un gran paquete de libros, no me ennegrezco los párpados con kohl negro, no me cuelgo al cuello un inmenso rosario con millares de cuentas grandes, y curo á mis enfermos sin musitar palabras en un lenguaje misterioso, sin soplarles en la cara y sin morderles el lóbulo de la oreja. ¡Y tal es ¡oh rey! mi profesión!»

Cuando el rey hubo oído estas palabras, se regocijó con una alegría considerable, y le dijo: «¡Oh excelentísimo médico, llegas á nosotros en el momento en que más necesidad tenemos de tus servicios!» Y le contó el caso de la joven, y añadió: «¡Si quieres ponerla en tratamiento y la curas de la locura en que la sumieron gentes perversas, no tienes mas que pedir lo que desees y te será concedido!» El príncipe contestó: «¡Conceda Alah sus gracias y favores á nuestro amo el rey! ¡Pero ante todo es preciso que me cuentes detalladamente cuanto hayas notado en su locura, y me digas los días que hace que se encuentra en tal estado, sin olvidarte de contarme cómo la trataste á ella, al viejo persa y al caballo de ébano!» Y el rey le contó toda la historia desde el principio hasta el fin, y añadió: «¡En cuanto al viejo, está en un calabozo!» El príncipe preguntó: «¿Y el caballo?» El rey contestó: «¡Le tengo cuidadosamente guardado en uno de los pabellones de mi morada!» Y Kamaralakmar dijo para sí: «Antes que nada, me conviene ver al caballo y asegurarme por mis propios ojos del estado en que se halla. Si está intacto y en buen estado,

todo irá bien y conseguiré mi propósito; pero si se ha deteriorado su mecanismo, tendré que pensar en libertar de otra manera á mi bienamada.» Entonces se encaró con el rey y le dijo: «¡Oh rey! primeramente es necesario que vea yo al caballo, pues quizá examinándole encuentre algo que me sirva para curar á la joven.» El rey contestó: «¡Con mucho gusto y de buena gana!» Y le cogió de la mano y le condujo al recinto donde se hallaba el caballo de ébano. Y el príncipe empezó á dar vueltas alrededor del caballo, le examinó atentamente, y encontrándolo intacto y en buen estado, se alegró mucho, y dijo al rey: «¡Alah favorezca y exalte al rey! ¡Heme aquí dispuesto á ir en busca de la joven para ver lo que tiene! ¡Y espero llegar á curarla con la ayuda de Alah y valiéndome de este caballo de madera!» Y mandó á los guardias que vigilasen bien al caballo, y se dirigió con el rey al aposento de la princesa.

En cuanto penetró en la estancia donde estaba ella, la vió que se retorcía las manos, y se golpeaba el pecho, y se arrojaba al suelo revolcándose, y hacía jirones sus vestidos, como tenía por costumbre. Y comprendió que no se trataba mas que de una locura simulada, sin que ni genn ni hombres la hubiesen trastornado la razón, sino al contrario. ¡Y advirtió que no hacía todo aquello mas que con el fin de impedir cualquier asechanza!

Al darse cuenta, Kamaralakmar se adelantó hacia ella, y le dijo: «¡Oh encantadora de los Tres

Mundos, lejos de ti penas y tormentos!» Y cuando le hubo mirado, reconocióle ella en seguida, y llegó á una alegría tan enorme, que lanzó un gran grito y cayó sin conocimiento. Y el rey no dudó de que aquella crisis era efecto del temor que le inspiraba el médico. Pero Kamaralakmar se inclinó sobre ella, y tras de reanimarla, le dijo en voz baja: «¡Oh Schamsennahar! ¡oh pupila de mis ojos, núcleo de mi corazón! cuida de tu vida y de mi vida y ten valor y un poco de paciencia aún; porque nuestra situación reclama gran prudencia y precauciones infinitas, si queremos evadirnos de las manos de ese rey tiránico. Por lo pronto, voy á afirmarle en su idea con respecto á ti, diciéndole que estabas poseída por los genn, y que á eso obedecía tu locura; pero le aseguraré que acabo de curarte en el instante por medio de medicinas misteriosas que poseo. ¡Tú no tienes mas que hablarle con calma y amenidad para probarle así tu curación con mi ciencia! ¡Y de ese modo lograremos nuestro deseo y podremos realizar nuestro plan!» Y contestó la joven: «¡Escucho y obedezco!»

Entonces Kamaralakmar se acercó al rey, que se mantenía en un extremo de la estancia, y con un semblante de buen augurio le dijo: «¡Oh rey afortunado! merced á tu buena suerte, he podido conocer la enfermedad y dar con el remedio de la dolencia. ¡Y la he curado! Puedes, pues, acercarte á ella y hablarle dulcemente y con bondad, y prometerle lo que tienes que prometerle, ¡y se

cumplirá cuanto desees de ella!» Y en el límite de la maravilla, acercóse el rey á la joven, que se levantó al punto y besó la tierra entre sus manos, dándole luego la bienvenida, y le dijo: «¡Tu servidora está confundida por el honor que le haces visitándola hoy!» Y al oir y ver todo aquello, el rey estuvo á punto de volverse loco de alegría...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 430.ª NOCHE

Ella dijo:

...estuvo á punto de volverse loco de alegría, y dió orden á las servidoras, á las esclavas y á los eunucos para que se pusieran al servicio de la joven, la condujeran al hammam y la prepararan trajes y atavíos. Y entraron las mujeres y las esclavas, y le hicieron zalemas; y les devolvió ella las zalemas de la manera más amable y con el más dulce tono de voz. Entonces la vistieron con vestiduras rojas, le rodearon el cuello con un collar de pedrerías y la condujeron al hammam, donde la bañaron y la arreglaron para llevarla á su aposento luego, igual que la luna en su décimocuarto día. ¡Eso fué todo!

De modo que el rey, con el pecho dilatado en extremo y satisfecha el alma, dijo al joven príncipe: «¡Oh prudente! ¡oh sabio médico! ¡oh tú el dotado de filosofía! ¡Toda esta dicha que nos llega ahora se la debemos á tus méritos y á tu bendición! ¡Aumente Alah en nosotros los beneficios de tu soplo curativo!» El joven contestó: «¡Oh rey! para dar cima á la curación, es preciso que con todo tu séquito, tus guardias y tus tropas vayas al paraje donde encontraste á la joven, llevándola contigo y haciendo transportar allá el caballo de ébano que estaba al lado suyo y que no es otra cosa que un genni demoniaco; y él es precisamente el que la poseía y la había vuelto loca. Y allí haré entonces los exorcismos necesarios, sin lo cual tornaría ese genni á poseerla á primeros de cada mes, y no habríamos conseguido nada; ¡mientras que ahora, en cuanto me haya adueñado de él, le acorralaré y le mataré!» Y exclamó el rey de los rums: «¡De todo corazón y como homenaje debido!» Y acompañado por el príncipe y la joven y seguido de todas sus tropas, el rey emprendió inmediatamente el camino de la pradera consabida.

Cuando llegaron allá, Kamaralakmar dió orden de que montaran á la joven en el caballo de ébano y se mantuvieran todos á bastante distancia, con objeto de que ni el rey ni sus tropas pudiesen fijarse bien en sus manejos. Y se ejecutó la orden al instante. Entonces dijo él al rey de los rums: «¡Ahora, con tu permiso y tu venia, voy á proceder á las

fumigaciones y á los conjuros, apoderándome de ese enemigo del género humano para que no pueda ser dañoso en adelante! Tras de lo cual también yo me montaré en ese caballo de madera que parece de ébano, y pondré detrás de mí á la joven. Y verás entonces cómo se agita el caballo en todos sentidos, vacilando hasta decidirse á echar á correr para detenerse entre tus manos. Y de este modo te convencerás de que le tenemos por completo á nuestro albedrío. ¡Después podrás ya hacer con la joven cuanto quieras!»

Cuando el rey de los rums oyó estas palabras, se regocijó hasta el límite del regocijo, en tanto que Kamaralakmar subía al caballo y sujetaba fuertemente detrás de sí á la joven. Y mientras todos los ojos estaban fijos en él y le miraban maniobrar, dió vuelta á la clavija que servía para subir; y el caballo, emprendiendo el vuelo, se elevó con ellos en línea recta, desapareciendo por los aires en la altura.

El rey de los rums, que estaba lejos de sospechar la verdad, continuó en la pradera con sus tropas, esperando durante medio día á que regresaran. Pero como no les veía volver, acabó por decidirse á esperarles en su palacio. Y su espera fué igualmente vana. Entonces pensó en el horrible viejo que estaba encerrado en el calabozo, y haciéndole ir á su presencia, le dijo: «¡Oh viejo traidor! ¡oh posaderas de mono! ¿cómo te atreviste á ocultarme el misterio de ese caballo hechizado y

poseído por los genn demoniacos? He aquí que acaba de llevarse por los aires ahora al médico que ha curado de su locura á la joven, y hasta á la propia joven. ¡Y quién sabe lo que les ocurrirá! ¡Además, te hago responsable por la pérdida de todas las alhajas y cosas preciosas con que hice que la ataviaran á ella al salir del hammam, y que valen un tesoro! ¡Así, pues, al instante va á saltar de tu cuerpo tu cabeza!» Y á una señal del rey, se adelantó el portaalfanje, ¡y de un solo tajo hizo del persa dos persas! ¡Y he aquí lo concerniente á todos estos!

Pero en cuanto al príncipe Kamaralakmar y la princesa Schamsennahar, prosiguieron tranquilamente su veloz viaje aéreo, y llegaron con toda seguridad á la capital del rey Sabur. Aquella vez no aterrizaron ya en el pabellón del jardín, sino en la misma terraza del palacio. Y el príncipe se apresuró á dejar en sitio seguro á su bienamada, para ir cuanto antes á avisar á su padre y á su madre de su llegada. Entró, pues, en el aposento donde se hallaban el rey, la reina y sus hermanas las tres princesas, sumidos en lágrimas y desesperación, y les deseó la paz y les abrazó, mientras ellos, al verle, sentían que se les llenaba de felicidad el alma y se les aligeraba el corazón del peso de aflicciones y tormentos.

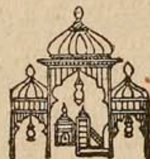
Entonces, para conmemorar aquel regreso y la llegada de la princesa hija del rey de Sana, el rey Sabur dió á los habitantes de la ciudad grandes

festines y festejos, que duraron un mes entero. Y Kamaralakmar entró en la cámara nupcial y se refociló con la joven en el transcurso de largas noches benditas.

Tras de lo cual, para estar en lo sucesivo con el espíritu tranquilo, el rey Sabur mandó hacer añicos el caballo de ébano y él mismo destruyó su mecanismo.

Por su parte, Kamaralakmar escribió al rey de Sana, padre de su esposa, una carta...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 432.ª NOCHE

Ella dijo:

...Por su parte, Kamaralakmar escribió al rey de Sana, padre de su esposa, una carta, en la que le ponía al corriente de toda su historia, anunciándole su matrimonio y la completa dicha en que vivían ambos. Y envió esta carta con un mensajero acompañado por criados que llevaban presentes magníficos y cosas raras de gran valor. Y llegó el mensajero á Sana, en el Yamán, y entregó la carta y los regalos al padre de la princesa, que cuando leyó la carta se alegró hasta el límite de la alegría

y aceptó los obsequios. Tras de lo cual preparó á su vez presentes muy ricos para su yerno, el hijo del rey Sabur, y se los envió con el mensajero.

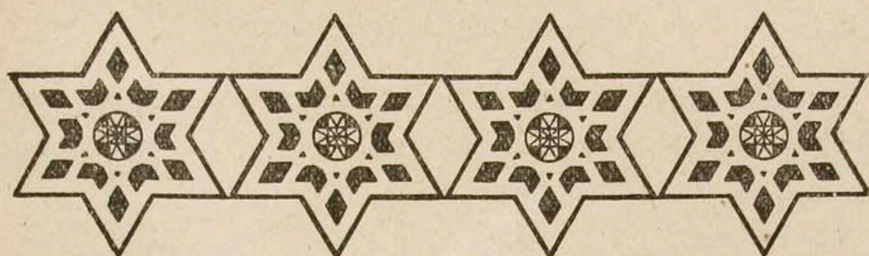
Al recibir los presentes del padre de su esposa, el hermoso príncipe Kamaralakmar se regocijó extremadamente, porque le era penoso saber que el viejo rey de Sana estaba descontento de la conducta de ambos. Y hasta tomó la costumbre de mandarle cada año una nueva carta y nuevos presentes. Y continuó obrando así hasta la muerte del rey de Sana. Luego, cuando su propio padre el rey Sabur murió á su vez, le sucedió en el trono del reino, y comenzó su reinado casando á su hermana más joven, á la que tanto quería, con el rey del Yamán. Después de lo cual gobernó á su reino con sabiduría y á sus súbditos con equidad; y de tal manera adquirió en todas las comarcas supremacía y la fidelidad de corazón de todos los habitantes. Y continuaron su esposa y él viviendo la vida más deliciosa, la más dulce, la más serena y la más tranquila, ¡hasta que fué á verles la Destructora de delicias, la Separadora de sociedades y de amigos, la Saqueadora de palacios y cabañas, la Constructora de tumbas y la Proveedora de los cementerios!

Y ahora, ¡gloria al Unico Viviente que no muere nunca y tiene en Sus manos la dominación de los Mundos y el imperio de lo Visible y de lo Invisible!

Y cuando hubo terminado así esta historia, se calló Schahrazada, la hija del visir. Entonces le dijo el rey Schahriar: «¡Prodigiosa es esa historia, Schahrazada! ¡Y en verdad que quisiera saber el mecanismo extraordinario de aquel caballo de ébano!» Schahrazada dijo: «¡Ay, se destruyó!» Y dijo Schahriar: «¡Por Alah, que he torturado mucho mi espíritu tratando de averiguarlo!» Schahrazada contestó: «Entonces, ¡oh rey afortunado! para que descanse tu espíritu estoy dispuesta, si tú me lo permites, á contarte la historia más dilatadora que conozco, aquella que trata de Dalila la Taimada y de su hija Zeinab la Embustera!» Y el rey Schahriar exclamó: «¡Por Alah, puedes hablar! ¡Porque no conozco esa historia! ¡Después ya pensaré lo que debo hacer con tu cabeza!»

Entonces dijo Schahrazada:





Historia de los artificios de Dalila la Taimada y de su hija Zeinab la Embustera con Ahmad-la-Tiña, Hassán-la-Peste y Alí Azogue.



Cuentan ¡oh rey afortunado! que en tiempo del califa Harún Al-Rachid había en Bagdad un hombre llamado Ahmad-la-Tiña y otro hombre llamado Hassán-la-Peste, y estaban reputados ambos por su maestría en estratagemas y latrocinios. Sus hazañas á este respecto eran completamente prodigiosas, por lo cual, el califa, que sabía sacar partido de los talentos de cualquier clase que fueran, les llamó y les nombró jefes de policía. A tal fin les invistió con su cargo, dándole á cada uno un ropón de honor, mil dinares de oro mensuales como emolumentos, y una guardia de cuarenta jinetes sólidos. Ahmad-la-Tiña quedó encargado de la seguridad de la ciudad en su parte terrestre, y Hassán-la-

Peste del lado del río. Y en las grandes ceremonias marchaban ambos á los lados del califa, uno á su derecha y otro á su izquierda.

Y he aquí que el día de su nombramiento para este empleo salieron con el walí de Bagdad, el emir Khaled, acompañados por sus cuarenta bizarros guardias de á caballo y precedidos de un heraldo que pregonaba el decreto del califa, y decía: «¡Oh vosotros todos, habitantes de Bagdad! ¡Por orden del califa sabed que el jefe de policía de la Mano Derecha no será en adelante otro que Ahmad-la-Tiña, y el jefe de policía de la Mano Izquierda no será otro que Hassán-la-Peste! ¡Y en toda ocasión les deberéis obediencia y respeto!»

Por aquel entonces vivía en Bagdad una vieja temible, llamada Dalila, y además conocida con el nombre de Dalila la Taimada, que tenía dos hijas: una estaba casada y era madre de un bribonzuelo al que llamaban Mahmud el Aborto, y la otra estaba soltera y se la conocía por el nombre de Zeinab la Embustera. El marido de la vieja Dalila fué en otra época un gran personaje, el director de las palomas que servían para llevar por todo el Imperio mensajes y cartas, y cuya vida era para el califa, á causa de los servicios que hacían, más cara y preciosa que la de sus propios hijos. Así es que el esposo de Dalila tenía honores y prerrogativas, y emolumentos de mil dinares mensuales. ¡Pero murió y se le olvidó, y había dejado á aquella vieja con aquellas dos hijas. Y en verdad que

la tal Dalila era una vieja experta en astucias, artificios, latrocinios, trapisondas y recursos de toda especie, una bruja capaz de engañar á la serpiente, atrayéndola fuera de su guarida, y de dar al mismo Eblis lecciones de astucia y de embaucamientos.

Así, pues, el día de la investidura de Ahmad-la-Tiña y de Hassán-la-Peste en las funciones de jefes de policía, la joven Zeinab oyó que el pregonero anunciaba la cosa á la población, y dijo á su madre: «¡Mira ¡oh madre! á ese miserable de Ahmad-la-Tiña! Vino á Bagdad antaño fugitivo, expulsado de Egipto, y no hay trapacería y hazaña importante que no haya cometido aqui desde que llegó. ¡Y de esta manera se ha hecho tan famoso, que el califa acaba de investirle con el cargo de jefe de policía de su Mano Derecha, mientras que á su compadre Hassán-la-Peste, ese sarnoso de cráneo calvo como una calabaza, le ha investido con el cargo de jefe de policía de su Mano Izquierda! Y cada uno de ellos tiene el mantel puesto de día y de noche en el palacio del califa, y una guardia, y mil dinares de emolumentos mensuales, y honores y todo género de prerrogativas. ¡Y nosotras, en tanto, ¡ay! permanecemos dentro de nuestra casa, sin empleo y olvidadas, sin honores ni privilegios, y sin que nadie se preocupe por nuestra suerte!» Y la vieja Dalila meneó la cabeza, y dijo: «¡Así es, ¡por Alah! hija mía!» Entonces le dijo Zeinab: «¡Levántate, pues, ¡oh madre! y á ver si encon-

tramos un recurso capaz de darnos renombre ó realizamos una trastada que nos haga famosas y notorias en Bagdad hasta el punto de que llegue la voz de ello á oídos del califa y nos devuelva éste los gajes y prerrogativas de que nuestro padre disfrutaba!»

Cuando Zeinab la Embustera dijo estas palabras á su madre, le contestó Dalila la Taimada: «¡Por la vida de tu cabeza, ¡oh hija mía!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 433.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Por la vida de tu cabeza, ¡oh hija mía! te prometo hacer en Bagdad algunas jugarretas de primera calidad, que superarán con mucho á las hechas por Ahmad-la-Tiña y Hassán-la-Peste!» Y se irguió en aquella hora y aquel instante, se tapó la cara con el litham, se vistió como un pobre sufí poniéndose un gran hábito de mangas tan prodigiosas que la bajaban hasta los talones, y se ciñó el talle con un ancho cinturón de lana; luego cogió una jarra, que llenó de agua hasta el cuello, y metió tres dinares en la abertura, que obstruyó con un

tapón hecho de fibras de palmera; luego se rodeó los hombros y el cuello con varias sartas de rosarios grandes de cuentas tan pesadas como una carga de leña, y tomó en la mano una bandera semejante á la que llevan los sufis pordioseros, hecha con jirones de trapo encarnado, amarillo y verde; y ataviada de este modo, salió de su casa, diciendo en alta voz: «¡Alah! ¡Alah!» Orando así con la lengua, mientras su corazón corría por el hipódromo de los demonios y su pensamiento se obstinaba en buscar estratagemas perversas y temibles.

De esta manera recorrió los diversos barrios de la ciudad, pasando de una calle á otra calle, hasta que llegó á un callejón sin salida, pavimentado de mármol y barrido y regado, en el fondo del cual vió una puerta grande rematada por una magnífica cornisa de alabastro, y en el umbral estaba sentado el portero, un moghrabín vestido con mucha limpieza. Y aquella puerta era de madera de sándalo, guarnecida con sólidas anillas de bronce y con un candado de plata. Y he aquí que aquella casa pertenecía al jefe de los guardias del califa, que era un hombre muy considerado y propietario de grandes bienes, muebles é inmuebles, á quien se habían señalado importantes emolumentos para subvenir á las funciones propias de su cargo; pero al mismo tiempo era un hombre muy violento y de malos modales; y por eso se le llamaba Mustafá Azote-de-las-Calles, porque hacía preceder siempre los golpes á la palabra. Estaba casado con una jo-

ven encantadora, á la que amaba mucho, y á quien había jurado, desde la noche de su penetración primera, qne nunca tomaría segunda mujer mientras ella viviese, ni dormiría nunca fuera de su casa ninguna noche. Y así ocurrió, hasta que un día en que Mustafá Azote-de-las-Calles vió en el diván que cada emir tenía consigo un hijo ó dos. Y precisamente aquel día fué al hammam luego, y mirándose en un espejo, vió que los pelos blancos de su barba eran más numerosos que los pelos negros, á los que cubrían completamente, y dijo para sí: «¿Acaso Él que se llevó á tu padre no va á gratificarte al fin con un hijo?» Y fué en busca de su esposa, y se sentó de muy mal humor en el diván, sin mirarla ni dirigirle la palabra. Entonces se acercó ella á él y le dijo: «¡Buenas noches!» Él contestó: «¡Quítate de mi vista! ¡Desde el día en que te conocí no me ha sucedido nada bueno!» Ella preguntó: «¿A qué viene eso?» Él dijo: «La noche de mi penetración en ti me hiciste prestar juramento de que jamás tomaría otra mujer. ¡Y te escuché! Y he aquí que hoy, en el diván, vi á cada emir con un hijo y hasta con dos hijos, y entonces me vino el pensamiento de la muerte, ¡y me afectó en extremo porque no fuí gratificado con un hijo, ni siquiera con una hija! ¡Y no ignoro que quien no deja posteridad no deja memoria de sí! Y tal es el motivo de mi mal humor, ¡oh estéril, que hiciste caer mi semilla en una tierra de rocas y guijarros!» A estas palabras replicó la ruborosa joven: «¡Y eres tú

quien así habla! ¡El nombre de Alah sobre mí y alrededor de mí! ¡No está en mí el retraso! Y la cosa no es por culpa mía. ¡Me he medicinado de tal modo, que acabé por estropear y agujerear los morteros á fuerza de machacar en ellos especias, pulverizar cuerpos simples y triturar raíces preconizadas contra la esterilidad! ¡Pero el retraso está en ti! ¡No eres mas que un mulo impotente, de nariz chata, y tus compañones son transparentes, con semilla sin consistencia y grano que no fecunda!» Él contestó: «¡Está bien! ¡En cuanto regrese de un viaje que voy á emprender, tomaré una segunda mujer!» Ella contestó: «¡Mi destino y mi suerte están con Alah!» Entonces salió él de su casa; pero al llegar á la calle se arrepintió de lo que había pasado; y su esposa, la joven, se arrepintió también de las palabras un poco vivas que dirigió á su dueño. ¡Y esto es lo referente al propietario de la casa situada en el callejón sin salida pavimentado de mármol!

¡Pero he aquí ahora lo que atañe á Dalila la Taimada! Cuando llegó al pie de los muros de la casa, vió de pronto á la joven esposa del emir acodada á su ventana, como una recién casada, ¡tan bella y tan brillante cual un verdadero tesoro, con todas las joyas que la adornaban, y luminosa cual una cúpula de cristal con las blancas ropas de nieve que la vestían!

Al ver aquello, la vieja alcahueta de mal augurio dijo para sí: «¡Oh Dalila, he aquí que te

llegó el momento de abrir el saco de tus trapacerías! ¡Veremos si consigues atraer á esta joven fuera de la casa de su dueño, y despojarla de sus alhajas y desnudarla de sus hermosos vestidos, para apoderarte de todo ello!» Entonces se paró debajo de la ventana del emir, y se puso á invocar en alta voz el nombre de Alah, diciendo: «¡Alah! ¡Alah! ¡Y vosotros todos, los amigos de Alah, los walies bienhechores, iluminadme!»

Al oir estas invocaciones, y al ver á aquella santa vieja vestida como los sufis pordioseros, todas las mujeres del barrio acudieron á besarla la orla de su hábito y á pedirle su bendición; y pensó la joven esposa del emir Azote-de-las-Calles: «¡Alah nos concederá sus gracias por intercesión de esa santa vieja!» Y con los ojos húmedos de emoción, la joven llamó á su servidora, y le dijo: «Ve á buscar á nuestro portero el jeique Abu-Alí, bésale la mano, y dile: «¡Mi ama Khatún te ruega que dejes entrar en nuestra casa á esa santa vieja, con el fin de que obtenga para nosotros los favores de Alah!» Y la servidora bajó en busca del portero y le besó la mano, y le dijo: «¡Oh jeique Abu-Alí! mi ama Khatún te dice: «¡Deja entrar en nuestra casa á esa santa vieja, con el fin de que obtenga para nosotros los favores de Alah! ¡Y quizá su bendición se extienda sobre todos nosotros!» Entonces se acercó el portero á la vieja y quiso primeramente besarle la mano; pero ella retrocedió con viveza y se lo impidió, diciendo: «¡Aléjate de mí! ¡Tú que re-

zas tus plegarias sin abluciones, como todos los criados, me mancharías con tu contacto impuro y harías nula y vana mi ablución! Alah te libre de tu servidumbre, ¡oh portero Abu-Alí! porque te distinguen los santos de Alah y los walies.» Y he aquí que tal deseo conmovió en extremo al portero Abu-Alí, porque precisamente el terrible emir Azote-de-las-Calles le debía el salario de tres meses, y tenía él una gran ansiedad con tal motivo y no sabía qué medio emplear para recobrarlo. Así es que dijo á la vieja: «¡Oh madre mía, dame á beber un poco de agua de tu jarra, para que con ello pueda ganar tu bendición!» Entonces ella cogió la jarra que llevaba al hombro y la volteó en el aire varias veces, de modo que el tapón de fibras de palmera se escapó del cuello del cacharro y los tres dinares rodaron por el piso como si cayesen del cielo. Y el portero se apresuró á recogerlos, y dijo para su ánima: «¡Gloria á Alah! ¡Esta vieja pordiosera es una santa entre los santos que tienen á su disposición tesoros ocultos! Y acaba de revelársela que soy un pobre portero que no ha cobrado su salario y tiene mucha necesidad de dinero para atender á los gastos más indispensables, y ha hecho conjuros á fin de obtener para mí tres dinares, atrayéndolos del espacio.» Luego ofreció los tres dinares á la vieja, y le dijo: «¡Toma, tía mía, los tres dinares que creo se han caído de tu jarra!» Ella contestó: «¡Aléjate de mí con ese dinero! ¡No, nunca fuí de los que se ocupan de las co-

sas mundanas! ¡Puedes guardarte ese dinero y mejorarte con él un poco la existencia, resarciéndote de los salarios que te debe el emir!» Entonces el portero alzó los brazos, y exclamó: «¡Loores á Alah por su ayuda! ¡He ahí una revelación!»

Entretanto, ya se había acercado á la vieja la servidora, y después de besarle la mano, se apresuraba á conducirla á presencia de su señora.

Cuando la vieja estuvo ante la joven, quedó estupefacta de su hermosura; porque la esposa del emir era verdaderamente cual un tesoro descubierto, cuyos sellos talismánicos se hubiesen roto para mostrarlo así en su gloria...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 434.ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando la vieja estuvo ante la joven, quedó estupefacta de su hermosura; porque la esposa del emir era verdaderamente cual un tesoro descubierto, cuyos sellos talismánicos se hubiesen roto para mostrarlo así en su gloria. Y por su parte, la bella Khatún se apresuró á arrojarse á los pies de la vieja y á besarle las manos; y la vieja le

dijo: «¡Oh hija mía! ¡no vengo mas que porque he adivinado, con la inspiración de Alah, que tienes necesidad de mis consejos!» Y Khatún comenzó primeramente por servirle de comer, según costumbre establecida con los santos pordioseros; pero la vieja no consintió en tocar los manjares, y dijo: «¡Ya no quiero comer mas que manjares del Paraíso, y ayuno siempre, excepto cinco días al año! ¡Pero te veo afligida ¡oh hija mía! y deseo que me cuentes la causa de tu tristeza!» La joven contestó: «¡Oh madre mía! el día de la penetración hice jurar á mi esposo que nunca tomaría después de mí una segunda mujer; pero ve él á los hijos de los demás, y anhela tener hijos también, y me dice: «¡Eres estéril!» Y le contesto: «¡Y tú eres un mulo que no fecundas á la hembra!» Entonces sale él encolerizado, y me dice: «¡A la vuelta de un viaje que voy á emprender, volveré á casarme!» Y yo ¡oh madre mía! tengo ahora miedo de que se realice su amenaza y tome una segunda mujer que le dé hijos! Y es rico, pues posee tierras, casas, emolumentos y poblados enteros; y si de la segunda mujer tuviera hijos, ¡me quedaría yo privada de todos esos bienes!» La vieja contestó: «¡Bien se ve, hija mía, cuán ignorante estás de las virtudes de mi señor el jeique Padre-de-los-Asaltos, el poderoso Maestro-de-las-Cargas, el Multiplicador-de-los-Embarazos! ¿Acaso no sabes que una sola visita á ese santo hace de un pobre deudor un rico acreedor y de una mujer estéril un granero de fecundidad?»

La bella Khatún contestó: «¡Oh madre mía! ¡desde el día de mi matrimonio no he salido una sola vez de casa, y ni siquiera he podido hacer visitas de felicitación ó pésame!» La vieja dijo: «¡Oh hija mía! quiero conducirte á casa de mi señor el jeique Padre-de-los-Asaltos y Multiplicador-de-los-Embarazos. Y no temas confiarle la pesadumbre que te oprime, y hazle una promesa. Y puedes estar segura entonces de que á su regreso del viaje tu esposo se acostará contigo, uniéndose á ti por la copulación; y por obra suya quedarás encinta de una niña ó de un niño. ¡Pero sea tu hijo varón ó hembra, has de hacer la promesa de consagrarle como derviche al servicio de mi señor el Padre-de-los-Asaltos!»

Al oir estas palablas, la bella Khatún se vistió con sus trajes más hermosos y se adornó con sus más hermosas alhajas; luego dijo á su servidora: «¡Cuida bien de la casa!» Y la servidora contestó: «¡Escucho y obedezco, ¡oh mi ama!» Entonces Khatún salió con Dalila, y á la puerta encontró al viejo portero moghrabín Abu-Alí, que le preguntó: «¿Adónde vas, ¡oh mi ama!?» Ella contestó: «¡Voy á visitar al jeique Multiplicador-de-los-Embarazos!» El portero dijo: «¡Qué bendición de Alah es esta santa vieja, ¡oh mi ama! ¡A su disposición tiene tesoros enteros! Me ha dado tres dinares de oro rojo; y adivinó lo que me ocurre y conoció mi situación sin hacerme ninguna pregunta, ¡y ha sabido que estaba yo apurado de dinero! ¡Ojalá caiga sobre

mi cabeza el beneficio de su ayuno de todo el año!»

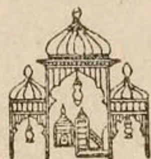
Después se alejaron Dalila y la joven Khatún, y por el camino dijo la vieja taimada á la esposa del emir Azote-de-las-Calles: «¡Inschala! ¡oh mi ama! cuando hayas visitado al jeique Padre-de-los-Asaltos, ¡ojalá pueda darte, no solamente la calma del alma y la satisfacción de tus deseos y la vuelta de la afección en tu esposo, sino también la seguridad de que nunca en el porvenir habrá entre vosotros dos motivo de descontento ó de hastío ni os diréis palabras ásperas!» Y contestó Khatún: «¡Oh madre mía, cuánto deseo ya estar en casa de ese santo jeique!»

Mientras tanto, Dalila la Taimada se decía á sí misma: «¿Cómo voy á arreglarme para quitarle sus alhajas y dejarla desnuda en medio de la muchedumbre de transeuntes que van y vienen?» Luego dijo de pronto: «¡Oh hija mía! echa á andar detrás de mi y á distancia, aunque sin perderme de vista; porque yo, tu madre, soy una vieja á la que cargan con fardos cuyo peso no pueden soportar los demás; y á todo lo largo del camino hay gente que viene á entregarme ofrendas piadosas consagradas á mi señor el jeique, y me ruegan que se las lleve. ¡Así, pues, es mejor que vaya yo sola por el momento!» Y la joven echó á andar detrás de la vieja taimada, hasta que llegaron ambas al zoco principal de los mercaderes. ¡Y desde lejos se oía resonar en el zoco abovedado, al paso de la joven, el ruido de los cascabeles de oro de sus pies delicados y el

tintineo de los cequíes de su cabellera, tan melodioso y cadencioso, que se diría una música de cítaras y timbales sonoros!

Ya en el zoco, pasaron por delante de la tienda de un mercader joven que se llamaba Sidi-Mohsen, y era un muchacho muy lindo, con un bozo naciente en las mejillas. Y notó la belleza de la joven y se puso á lanzarle de soslayo ojeadas, que no tardó mucho en adivinar la vieja. Así es que se volvió hacia la joven, y le dijo: «¡Vas á sentarte un momento separada de mí para que descanses, hija mía, mientras yo hablo de un asunto con ese mercader joven que está allá!» Y obedeció Khatún y se sentó cerca de la tienda del hermoso mozo, que así pudo mirarla mejor, y creyó volverse loco á la primera mirada que le dirigió ella. Cuando le pareció que estaba él en punto, se le aproximó la vieja alcahueta y le dijo, después de las zalemas: «¿No eres Sidi-Mohsen el mercader?» Él contestó: «¡Sí, por cierto! ¿Quién ha podido decirte mi nombre?...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 435.ª NOCHE

Ella dijo:

«...¡Sí, por cierto! ¿Quién ha podido decirte mi nombre?» Ella dijo: «Es gente de bien quien me ha enviado á ti. Y vengo, hijo mío, á enterarte de que esa joven que ves ahi es hija mía; y su padre, que era un gran mercader, murió, dejándola riquezas considerables. Sale hoy de casa por primera vez, porque hace poco tiempo que es púber, y sé que ha entrado en la edad de casarse, porque he visto en ella señales que no dejan lugar á duda. Y he aquí que me apresuré á hacer que salga, pues dicen los prudentes: «¡Ofrece en matrimonio tu hija, pero no ofrezcas tu hijo!» Y ahí tienes cómo, advertida por una inspiración divina y por un presentimiento secreto, me he decidido á venir para ofrecértela en matrimonio. Y no te preocupes por lo demás: si eres pobre, te daré todo su capital, y en vez de una tienda, te abriré dos tiendas. ¡Y de esta manera no solamente serás gratificado por Alah con una joven encantadora, sino con tres cosas deseables que empiezan con C, y son, á saber: capital, comodidad y culo!»

Al oir estas palabras, el joven mercader Sidi-Mohsen contestó á la vieja: «¡Oh madre mía! Todo

eso es excelente, y jamás pude anhelar tanto. Así es que te doy las gracias, y no dudo de tus palabras en lo que concierne á las dos primeras C. Pero en cuanto á la tercera C, te confieso que no estaré tranquilo mientras no lo haya visto y comprobado por mis propios ojos; porque antes de morir me lo recomendó mucho mi madre, y me dijo: «¡Cuánto hubiera deseado casarte, hijo mío, con una joven á la que pudiera juzgar con mis propios ojos!» ¡Y la juré que no dejaría de hacerlo yo por ella! ¡Y se murió tranquila ya!» Entonces contestó la vieja: «¡En ese caso, levántate y sígueme! Yo me encargo de mostrártela completamente desnuda. Pero has de tener cuidado de ir á distancia de ella, aunque sin perderla de vista. ¡Y yo iré á la cabeza para enseñarte el camino!»

Entonces se levantó el joven mercader y llevó consigo una bolsa con mil dinares, diciéndose: «No se sabe lo que ha de ocurrir, y así podré depositar en el momento el importe de los gastos del contrato.» Y siguió de lejos á la vieja zorra, que abría la marcha y se decía á sí misma: «¿Cómo vas á arreglarte ahora ¡oh Dalila llena de sagacidad! para desvalijar á ese ternero joven?»

Caminando de tal suerte, seguida por la joven, á la que á su vez seguía el lindo mercader, llegó á la tienda de un tintorero que se llamaba Hagg-Mohammad y era hombre conocido en todo el zoco por la duplicidad de sus gustos. En efecto, era como el cuchillo del vendedor de colocasias, que á

la vez perfora las partes masculinas y femeninas del tubérculo; y le gustaba lo mismo el sabor dulce del higo y el sabor ácido de la granada. Y he aquí que al oir el tintineo de cequíes y cascabeles, Hagg-Mohammad levantó la cabeza y divisó al lindo mozo y á la hermosa joven. ¡Y sintió lo que sintió! Pero ya Dalila se había acercado á él, y tras de las zalemas, le había dicho, sentándose: «¿Eres Hagg-Mohammad el tintorero?» Él contestó: «¡Sí, soy Hagg-Mohammad! ¿Qué deseas?» Ella contestó: «¡Me ha hablado de ti gente de bien! ¡Mira á esa jovenzuela encantadora, que es mi hija, y á ese gracioso jovenzuelo imberbe, que es mi hijo! ¡Les he educado á ambos, y su educación me costó bastantes dispendios! Y ahora has de saber que nuestra vivienda es un vasto y viejo edificio ruinoso, que últimamente me he visto obligada á reparar con vigas de madera y puntales grandes; pero me ha dicho el maestro arquitecto: «¡Harás bien en irte á vivir á otra casa, porque corres mucho riesgo de que se desmorone ésta encima de ti! Y cuando la hayas hecho reparar, podrás volver á habitarla, ¡pero no antes!» Entonces salí en busca de una casa donde vivir transitoriamente con esos dos hijos; y me ha encaminado á ti gente de bien. ¡Desearía, por tanto, alojarme en tu casa con esos dos hijos que ves ahí! ¡Y no dudes de mi generosidad!»

Al oir estas palabras de la vieja, el tintorero sintió bailarle el corazón en medio de las entrañas, y dijo para sí: «¡Ya Hagg-Mohammad! ¡he aquí que

se te pone al alcance de los dientes un pedazo de manteca encima de un pastel!» Luego dijo á Dalila: «Cierto es que tengo una casa con una habitación grande en el piso superior; pero no puedo disponer de ningún cuarto, porque yo vivo en la planta baja, y la habitación de arriba me sirve para recibir á mis invitados los aldeanos que me traen índigo.» Ella contestó: «Hijo mío, la reparación de mi casa sólo exigirá un mes ó dos á lo más, y conocemos á poca gente aquí. Te ruego, pues, que dividas en dos la habitación grande de arriba y nos des la mitad para nosotros tres. Y ¡por tu vida, ¡oh hijo mio! si quieres que tus invitados los cultivadores de índigo sean invitados nuestros, bien venidos sean! ¡Estamos dispuestos á comer con ellos y á dormir con ellos!» Entonces el tintorero se apresuró á entregarle las llaves de su casa; eran tres: una grande, una pequeña y una torcida. Y le dijo: «La llave grande es de la puerta de la casa, la llave pequeña es la del vestíbulo, y la llave torcida es la de la habitación de arriba. ¡De todo puedes disponer, mi buena madre!» Entonces cogió las llaves Dalila y se alejó seguida por la joven, á la que seguía el joven mercader, y de tal suerte llegó á la callejuela donde se encontraba la casa del tintorero, cuya puerta se apresuró ella á abrir con la llave grande...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 436.ª NOCHE

Ella dijo:

...cuya puerta se apresuró ella á abrir con la llave grande.

Ante todo empezó por entrar la primera é hizo entrar á la joven, diciendo al mercader que esperase. Y llevó á la bella Khatún á la habitación de arriba, diciéndole: «Hija mía, en el piso bajo vive el venerable jeique Padre-de-los-Asaltos. Tú espérame aquí, y por lo pronto, quítate ese velo tan grande. ¡No tardaré en volver á buscarte!» Y en seguida bajó á abrir la puerta al joven mercader, y le introdujo en el vestíbulo, diciéndole: «¡Siéntate aquí y espérame á que vuelva á buscarte con mi hija, para que compruebes lo que quieres comprobar con tus propios ojos!» Luego subió de nuevo á ver á la bella Khatún, y le dijo: «¡Ahora vamos á visitar al Padre-de-los-Asaltos!» Y exclamó la jovenzuela: «¡Qué alegría, oh madre mía!» La vieja añadió: «¡Pero me atemoriza por ti una cosa!» La joven preguntó: «¿Y cuál es, ¡oh madre mía!?» La vieja contestó: «Abajo está un hijo mío idiota, que es representante y ayudante del jeique Padre-de-los-Asaltos. ¡No sabe diferenciar el frío del calor, y continuamente va desnudo! Pero cuando entra en

casa del jeique una visitante noble como tú, la vista de las galas y sedas con que está vestida le pone furioso, y se precipita sobre ella y le rompe los vestidos y le tira de sus arracadas, desgarrándole las orejas, y la despoja de todas sus alhajas. Por consiguiente, harás bien en empezar por quitarte aquí tus alhajas y desnudarte de todos tus vestidos y camisas; y te lo guardaré yo todo hasta que regreses de tu visita al jeique Padre-de-los-Asaltos.» Entonces se quitó la joven todas sus alhajas, se desnudó de todos sus vestidos, sin quedarse mas que con la camisa interior de seda, y lo entregó todo á Dalila, que le dijo: «¡En honor tuyo, voy á colocar esto debajo de la ropa del Padre-de-los-Asaltos, para que con su contacto vaya á ti la bendición!» Y bajó con todo hecho un lío, y por el momento lo escondió en el hueco de la escalera; luego fué á ver al joven mercader y le encontró esperando á la jovenzuela. Y le preguntó él: «¿Dónde está tu hija, para que yo pueda examinarla?» Pero de improviso comenzó la vieja á golpearse el rostro y el pecho en silencio. Y le preguntó el joven mercader: «¿Qué te pasa?» Ella contestó: «¡Ah! ¡Ojalá se murieran las vecinas malintencionadas y envidiosas y calumniadoras! Acaban de verte entrar conmigo, y me han preguntado quién eres; y les dije que te había escogido para esposo futuro de mi hija. Pero probablemente, por envidia y celosas de mi suerte para contigo, han ido en busca de mi hija y le han dicho: «¿Tan cansada está de man-

tenerte tu madre, que quiere casarte con un individuo atacado de sarna y de lepra?» ¡Entonces le he jurado yo, como tú mismo lo hiciste á tu madre, que no se uniría á ti sin haberte visto completamente desnudo!» Al oir estas palabras, exclamó el joven mercader: «¡Recurro á Alah contra los envidiosos y malintencionados!» Y así diciendo, se quitó toda su ropa, y surgió desnudo é intacto y blanco como la plata virgen. Y le dijo la vieja: «¡En verdad que con lo hermoso y puro que eres no tienes nada que temer!» Y exclamó él: «¡Que venga á verme ahora!» Y amontonó á un lado su magnífico capote de marta, su cinturón, su puñal de plata y oro y el resto de su ropa, ocultando en los pliegues la bolsa con los mil dinares. Y le dijo la vieja: «No conviene dejar en el vestíbulo todas estas cosas tentadoras. ¡Voy á ponerlas en lugar seguro!» É hizo un lío con todo aquello, como había hecho con la ropa de la jovencita, y abandonando al joven mercader, lo encerró con llave, cogió de debajo de la escalera el primer lío y salió sin ruido de la casa, llevándoselo todo.

Una vez en la calle, empezó por poner, efectivamente, en lugar seguro los dos líos, depositándolos en casa de un mercader de especias conocido suyo, y volvió á casa del tintorero libidinoso, que la esperaba con impaciencia, y hubo de preguntarle en cuanto la divisó: «¿Qué hay, tía mía? ¡Inschalah! creo que te habrá convenido mi casa.» Ella contestó: «¡Tu casa es una casa bendita! Estoy sa-

tisfecha hasta el límite de la satisfacción. ¡Ahora voy á buscar á un cargador para que transporte nuestros muebles y nuestros efectos! Pero como estoy tan ocupada y mis hijos no han comido nada desde esta mañana, aquí tienes un dinar, que te ruego admitas, para comprarles con él una empanada rellena y cubierta con picadillo de carne, y ve á la casa para almorzar con ellos y hacerles compañía.» El tintorero contestó: «Pero ¿quién tendrá, mientras, cuidado de mi tienda y de los efectos de mis clientes?» Ella dijo: «¡Por Alah! ¡tu dependiente!» Él contestó: «¡Sea!» Y cogió un plato y una fuente y se marchó para comprar y llevar la consabida empanada rellena. ¡Y he aquí lo referente al tintorero, al que, por cierto, volveremos á encontrar!

Pero en cuanto á Dalila la Taimada, corrió en seguida á recoger los dos líos que había dejado en casa del tendero de especias, y regresó inmediatamente á la tintorería para decir al mozo del tintorero: «¡Tu amo me manda á decirte que vayas á reunirte con él en casa del fabricante de empanadas! Yo cuidaré de la tienda hasta tu regreso. ¡No tardes!» El mozo contestó: «¡Escucho y obedezco!» Y salió de la tienda, en tanto que la vieja se dedicaba á meter mano en los efectos de los clientes y en cuanto pudo coger de la tienda. Mientras estaba ella ocupada en aquello, acertó á pasar por allí con su burro un arriero que desde hacía una semana no encontraba trabajo y que era un terrible

tragador de haschisch. Y la vieja zorra le llamó, gritando: «¡Eh, arriero, ven!» Y el arriero se paró á la puerta con su burro, y la vieja le preguntó: «¿Conoces á mi hijo el tintorero?» El otro contestó: «¡Ya Alah! ¿quién le conocerá mejor que yo, ¡oh mi ama!?» Ella le dijo: «Entonces has de saber ¡oh arriero de bendición! que el pobre mozo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 437.ª NOCHE

Ella dijo:

«...Entonces has de saber ¡oh arriero de bendición! que el pobre mozo es insolvente, y siempre que le han metido en la cárcel conseguí sacarle de ella. Pero hoy, para acabar de una vez, quiero que se declare en quiebra al fin. Y en este momento estaba dedicándome á recoger los efectos de los clientes para llevárselos á sus propietarios. Deseo, pues, que me prestes tu borrico para cargarle con todas estas ropas, y aquí tienes un dinar por el alquiler del asno. Mientras yo vuelvo, dedícate tú aquí á desbaratarlo todo, rompiendo las cubas de tinte y destruyendo las tinas, con objeto de que cuando venga la gente enviada por el kadí para

comprobar la quiebra no encuentre en la tienda nada que llevarse.» El arriero contestó: «¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos, ¡oh mi ama! Porque tu hijo, el maestro tintorero, me colmó de mercedes, y como le estoy agradecido, quiero hacerle de balde este servicio y romper y destruir todo lo de la tienda, ¡por Alah!» Entonces le dejó la vieja, y después de cargar todo encima del burro, se encaminó á su casa, llevando del ronzal al asno.

Con la ayuda y protección del Protector, llegó sin incidentes á su casa y entró á ver á su hija Zeinab, que estaba en ascuas esperándola, y que le dijo: «¡Contigo estuvo mi corazón, ¡oh madre mía! ¿Cuántos chascos has dado?» Dalila contestó: «¡En este primer día he jugado cuatro malas pasadas á cuatro personas: un mercader joven, la esposa de un capitán terrible, un tintorero libidinoso y un arriero. ¡Y te traigo todas sus ropas y efectos en el asno del arriero!» Y exclamó Zeinab: «¡Oh madre mía! ¡en lo sucesivo no vas á poder circular por Bagdad á causa del capitán á cuya esposa has desvalijado, del mercader joven á quien dejaste desnudo, del tintorero á quien arrebataste los efectos de sus clientes, y del arriero amo del burro!» Dalila contestó: «¡Bah! ¡todos me tienen sin cuidado, menos el arriero, que me conoce!» Y he aquí lo que por el momento concierne á Dalila.

En cuanto al maestro tintorero, una vez que hubo comprado las consabidas empanadas rellenas, se las dió á su mozo y tomó con él el camino de su

casa, pasando de nuevo por delante de su tintorería. ¡Y he aquí lo que pasó! Vió al arriero en la tienda dedicado á demolerlo todo y romper las cubas grandes y las tinas; y ya no era la tienda mas que un montón de escombros y de barro azul que corría por todas partes. Y exclamó al ver aquello: «¡Detente, ¡oh arriero!» Y el arriero interrumpió su tarea, y dijo al tintorero: «¡Loores á Alah por tu salida de la cárcel, ¡oh maestro tintorero! ¡Contigo estaba mi corazón verdaderamente!» El otro preguntó: «¿Qué dices, ¡oh arriero! y qué significa todo esto?» El arriero dijo: «¡Durante tu ausencia se ha declarado tu quiebra!» Con el gaznate apretado y los labios temblorosos y los ojos desorbitados, preguntó el tintorero: «¿Quién te lo ha dicho?» El arriero replicó: «¡Me lo ha dicho tu propia madre, y por interés tuyo me ha ordenado que lo destruyera todo y lo rompiera todo aquí, para que los enviados del kadí no puedan llevarse nada!» En el límite de la estupefacción, contestó el tintorero: «¡Alah confunda al Lejano-Maligno! ¡Hace ya mucho tiempo que está muerta mi madre!» Y se dió en el pecho fuertes golpes, gritando con toda su alma: «¡Ay! ¡he perdido lo mío y lo de mis clientes!» Y el arriero, por su parte, empezó á llorar y á gritar: «¡Ay! ¡he perdido mi borrico!» Luego dijo al tintorero: «¡Oh tintorero de mi trasero, devuélveme mi borrico, que me lo ha robado tu madre!» Y el tintorero se arrojó sobre el arriero, lo cogió por la nuca y empezó á molerle á puñetazos, exclamando:

¿Dónde está tu zorra vieja?» Pero el arriero se puso á gritar desde el fondo de sus entrañas: «¡Mi borrico! ¿dónde está mi borrico? ¡Devuélveme mi borrico!» Y vinieron á las manos ambos, mordiéndose, insultándose, administrándose golpes á cuál más y cabezazos en el estómago, y tratando cada uno de agarrar por los compañones al adversario para espachurrárselos entre los dedos. Entretanto, se aglomeraba alrededor de ellos una multitud que iba engrosando más cada vez; y por fin lograron separarlos, aunque no ilesos, y preguntó al tintorero uno de los circunstantes: «¡Ya Hagg-Mohammad! ¿qué ha pasado entre vosotros?» Pero el arriero se apresuró á contestar contando á voces su historia, y terminó así: «¡Yo todo lo hice por servir al tintorero!» Entonces preguntaron al tintorero: «¡Ya Hagg-Mohammad! ¡tú sin duda conocerás á esa vieja para confiarla de ese modo la custodia de tu tienda!» El interpelado contestó: «¡Hasta hoy no la conocí! ¡Pero ha ido á habitar en mi casa con su hijo y su hija!» Entonces opinó uno de los circunstantes: «Yo creo en conciencia que el tintorero debe responder por el asno del arriero; porque si el arriero no advirtiese que el tintorero había confiado la custodia de su tienda á la vieja, no hubiera él á su vez confiado á la tal vieja su burro!» Y añadió un tercero: «¡Ya Hagg-Mohammad! ¡desde el momento en que alojaste á esa vieja en tu casa, debes devolver al arriero el borrico ó pagarle una indemnización!» Luego, con los dos adversarios,

se encaminaron todos á casa del tintorero. ¡Eso fué todo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 438.ª NOCHE

Ella dijo:

...¡Eso fué todo!

¡Pero he aquí ahora lo que respecta á la jovenzuela y al joven mercader!

Mientras el joven mercader esperaba en el vestíbulo la llegada de la jovenzuela para examinarla, ésta, por su parte, esperaba en la habitación de arriba á que la vieja santa regresase con el permiso del idiota representante del Padre-de-los-Asaltos, á fin de visitar al Padre-de-los-Asaltos ella. Pero como la vieja tardaba en volver, la bella Khatún salió de la habitación y bajó la escalera, vestida solamente con su sencilla camisa fina. Entonces oyó en el vestíbulo al joven mercader, quien al reconocer el tintineo de los cascabeles que no pudo ella quitarse de los tobillos, le decía: «¡Date prisa y ven aquí con tu madre, que te trajo para casarte conmigo!» Pero la joven contestó: «¡Mi madre ha muerto! Eres el idiota, ¿verdad? ¿Y no eres

también el representante del Padre-de-los-Asaltos?» El contestó inmediatamente: «No, ¡por Alah! ¡oh ojos míos! no estoy todavía idiota del todo. ¡En cuanto á lo de ser Padre-de-los-Asaltos, estoy reputado como tal!» Al oir estas palabras no supo cómo comportarse la ruborizada jovenzuela, y á pesar de las objeciones del joven mercader, á quien seguía tomando ella por el idiota representante del Multiplicador-de-los-Embarazos, resolvió esperar en la escalera á que se presentase la santa vieja.

Mientras tanto, llegó la gente que acompañaba al tintorero y al arriero; y llamaron á la puerta y estuvieron mucho tiempo esperando que les abriesen desde dentro. Pero como no contestaba nadie, echaron la puerta abajo y se precipitaron primeramente al vestíbulo, donde vieron al joven mercader completamente desnudo y tratando de ocultar y abarcar con las dos manos su mercancía al aire. Y le dijo el tintorero: «¡Ah, hijo de zorra! ¿dónde está tu calamitosa madre?» El otro contestó: «¡Hace ya mucho tiempo que murió mi madre! La vieja que vive en esta casa sólo es mi futura suegra.» Y contó al tintorero y al arriero y á toda la muchedumbre su historia con todo género de detalles. Y añadió: «¡En cuanto á la joven que yo debía contemplar, está ahí detrás de esa puerta!» Al oir estas palabras derribaron la puerta y encontraron detrás á la asustada jovenzuela, que con sólo la camisa procuraba cubrir hasta lo más abajo posible sus muslos de gloria. Y el tintorero le pregun-

tó: «¡Ah hija adulterina! ¿dónde está tu madre, la alcahueta?» Ella contestó, muy avergonzada: «Mi madre murió hace ya mucho tiempo. ¡Pero la vieja que me condujo aquí es una santa al servicio de mi señor el jeique Multiplicador!»

Al oir estas palabras, todos los circunstantes, incluso el tintorero, á pesar de su tienda destruída, y el arriero, á pesar de su borrico robado, y el joven mercader, á pesar de la pérdida de su bolsa y sus trajes, ¡se echaron á reir de tal manera, que se cayeron de trasero!

Después, comprendiendo que la vieja se había burlado de ellos, los tres chasqueados por ella decidieron vengarse; y empezaron por dar ropa á la asustada jovenzuela, que se vistió y apresuróse á regresar á su casa, donde volveremos á encontrarla al retorno del viaje de su esposo.

En cuanto al tintorero Hagg-Mohammad y al arriero, se reconciliaron, pidiéndose perdones mutuamente, y en compañía del joven mercader fueron en busca del walí de la ciudad, el emir Khaled, á quien contaron su aventura, demandando de él venganza contra la vieja calamitosa. Y les contestó el walí: «¡Oh qué historia tan prodigiosa me contáis, buena gente!» Ellos contestaron: «¡Oh amo nuestro! ¡por Alah, y por la vida de la cabeza del Emir de los Creyentes, que no te decimos mas que la verdad!» Y les dijo el walí: «¡Oh buena gente! ¿cómo queréis que encuentre á una vieja determinada entre todas las viejas de Bagdad? ¡Ya sabéis

que no podemos mandar que nuestros hombres recorran los harems levantando el velo á las mujeres!» Ellos exclamaron: «¡Qué calamidad! ¡ay de mi tienda! ¡ay de mi burro! ¡ay de mi bolsa con mil dinares!» Entonces, compadecido de su suerte, les dijo el wali: «¡Oh buena gente! ¡recorred toda la ciudad y procurad encontrar á esa vieja y capturarla! ¡Y si lo conseguís, os prometo que la someteré á tortura en honor vuestro y la obligaré á que declare!» Y las tres víctimas de Dalila la Taimada se dispersaron en diferentes direcciones, á la busca y captura de la maldita vieja. ¡Y los dejaremos por el momento, pues ya volveremos á encontrarlos!

En cuanto á la vieja Dalila la Taimada, dijo á su hija Zeinab: «¡Oh hija mía, todo esto no es nada! ¡Voy á hacer algo mejor!» Y le dijo Zeinab: «¡Oh madre mía, tengo miedo por ti ahora!» La vieja contestó: «No temas nada por mí suerte. ¡Soy como el haba en su vaina, invulnerable por el fuego y por el agua...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.





INDICE